

MARIANA SÁNDEZ



Falso nocturno





MARIANA SÁNDEZ
FALSO NOCTURNO

IMPEDIMENTA

*A Enrique Vila-Matas
y Manuel Antin*

¿Si partí? No te juraría que partí. Me encontré en otros lugares, vi otros puertos, pasé por ciudades que no eran aquella que no había dejado, aun cuando ni aquella ni estas fuesen ciudades. Jurarte que fui yo quien partió y no el paisaje, que fui yo quien visitó otras tierras y no ellas las que me visitaron —es algo que no podría hacer. Yo, que no sabiendo qué es la vida, tampoco sé si soy yo quien la vive o ella la que me vive (sea cual fuere el sentido que este verbo hueco, «vivir», pueda tener), por cierto nada te juraría.

Viajé. Me parece inútil explicarte que no estuve viajando meses ni días, ni cantidad alguna de ninguna especie de medida de tiempo. Viajé por el tiempo, es cierto, pero no de este lado del tiempo, donde contamos las horas, los días, los meses; fue del otro lado del tiempo por donde viajé y estuve, donde el tiempo no se cifra en medidas. Transcurre, pero sin que sea posible medirlo. Es como más veloz que el tiempo que nos vemos vivir. Me preguntas, claro está, qué sentido tienen estas frases; no te equivoques. Despídete del error infantil de preguntar por el sentido de las cosas y las palabras.

Nada tiene sentido.

FERNANDO PESSOA, «Viaje nunca realizado», *El libro del desasosiego*

La noche es silenciosa.
La melancolía es enorme.
El fuego fatuo perturba el paisaje apacible.
¡Qué fastidio! Es un viejo fuego fatuo.
No tenía más remedio que venir.
Volvamos a nuestro ensueño, por favor.

ERIK SATIE, «Falso nocturno»

Estoy soñando, pero me parece que todo es real
y tengo que encontrarme con unas personas
que solo existen en mi recuerdo.

ANTONIO TABUCCHI, *Réquiem*

¿Qué me pasa con los hoteles?
Nada tan cierto como que, al entrar en
una nueva habitación de hotel, todo para mí
empieza maravillosamente de nuevo.
Michelle Perrot definió los hoteles
como teatros de lo imaginario,
donde acontecen todas las cosas posibles.
Voy a los hoteles igual que empiezo novelas,
para tratar de cambiar de vida, para ser otro.

ENRIQUE VILA-MATAS, *Marienbad eléctrico*

Último vuelo a París, alguien pudo.

A esa altura, la protesta colectiva se había vuelto un calambre del aire. La gente se acercaba a los mostradores con preguntas, una nube imprecisa de reclamos, repetía palabras puntuales: avería técnica, fuerza mayor, imposibilidad climática. Aunque yo intentaba leer, solo avanzaba y retrocedía sobre el comienzo de un mismo párrafo de *En el castillo de Argol*, de Julien Gracq. De pronto, una voz se destacó a mis espaldas, habló más alto, comentó el caso de alguien que había podido volar por cambiarse de aerolínea: tomó el último vuelo a París, justo después las fronteras se cerraron. Retuve la señal como quien captura en la mano una luciérnaga encendida y la observa titilar en la oscuridad del puño hasta que compone un mensaje. Cuando levanté la frente y volví a mirar el mundo aturdido del aeropuerto, algo adentro mío se había desplazado.

Intervine en la conversación ajena, pregunté a la voz anónima:

—Disculpe, señor, no pude evitar oír, ¿a qué hora fue, en qué avión?

Mientras mi propia voz me condenaba: Estás loca, Charo. Ni se te ocurra.

No sobraba tiempo, los altavoces se pronunciaron. Instintiva, naturalmente, pude haberme ido con los que se dispersaron en taxis o en autos personales a las casas de sus parientes; lo lógico habría sido llamar enseguida a P, a J, a R, habrían venido corriendo a buscarme. Habrías hecho lo adecuado. Sin embargo, yo no, en

absoluto convencida me uní a las otras soledades cabizbajas en la fila del *vuelo 787 cancelado a París con destino al hotel en Retiro, si son tan amables, por favor, por acá.*

Sonámbula, abordé el transfer y pasé el viaje de vuelta a la capital obstinada en perfeccionar ese plan absurdo. Los contornos de la ruta que había recorrido en dirección contraria a la mañana se desdibujaban azules hasta enterrarse grises en el campo, mientras los focos del alumbrado entraban y salían como fogonazos por las ventanas, rebotando en las caras de los pasajeros cansados. La mayoría iba en silencio, se oía apenas la conversación apagada del conductor con su acompañante, y de fondo las crepitaciones de un tango viejo en la radio. Los nombres del camino también retrocedían: Ezeiza, Ricchieri, Dellepiane, 25 de Mayo. No pude evitar la sensación de que viajábamos a la inversa. Cuando nos desviamos de la autopista y tomamos el Bajo, con una maniobra un tanto brusca, me contuve una vez más por no cambiar de propósito. En la penumbra del segundo asiento, inspiré y escribí, borré y reescribí, volví a borrar una parte y medité, luego dejé salir:

Air France no voló a París por una tormenta en Francia. Pude embarcar en el último a Barcelona, desde ahí sigo en tren. Aviso cuando llegue a casa.

Mandé el mismo mensaje a Juan y al grupo que comparto con papá y mis hermanos. Fue un acierto haber impedido que me llevaran temprano al aeropuerto; tuve que insistir, como todas las veces previas, tomar un taxi. Son tercos pero los convencí: una cosa es la alegría de que te vayan a recibir cuando aterrizás después de meses sin vernos y otra muy diferente es que te expatrién en la puerta de salidas, cada uno encapsulado en su propia tristeza, procurando no llorar y sin saber qué decir.

Las respuestas se agolparon en el chat:

Te hubieras quedado, esperabas acá...

Pasanos el número de vuelo, los horarios, si hacés escala...

Eso ya no contesté. Con un alfiler de gancho y destreza quirúrgica, saqué el chip argentino del teléfono que me puso mi hermano para llamadas locales apenas desembarqué hace menos de un mes. Dejé solamente la línea francesa y lo apagué por unas trece horas, las que duraría el viaje y las que pretendía descansar.

Cuando la combi estacionó, a pesar de estar sentada adelante, fui la última en salir. En procesión bajaron, bajé, tomé la valija, agradecí distraída, inaudible, avancé unos pasos como si alguien me empujara sutil, con el peso embolsado de la humedad sobre los hombros. Había en el aire ese perfume a verano: restos de sol tardío, leña, carbón, jardín regado y, desde algún sitio lejano, aquel olor inconfundible a pasto quemado. Me detuve a incorporarlo: era infancia, le hablaba al cuerpo.

Como cualquier habitante de la capital, había estado en esa zona del centro, o pasado de camino a otro lado, incontables veces; sin embargo, cuando levanté la vista ante el hotel, me sentí perdida. Quizás porque había hecho todo el trayecto convencida de que nos alojarían en el Sheraton, una torre espejada imponente, súper neutra, de veintitantos pisos, o también porque no tenía el menor registro de este otro edificio llamativo y sensiblemente más bajo, ubicado ahí, en un lateral trasero de la misma plaza. En realidad, para su arquitectura modernista era bastante alto, sin por eso dejar de ser ancho, tipo palacete. Tendría, calculé a simple vista, unos ocho niveles más una especie de terraza o mirador con cúpula, con lo que resultaba apenas más alto y menos ancho que la Casa Milà de Gaudí, por comparar con algo.

El estilo Art Nouveau estaba claro por la fachada de piedra color òcre? (la mezcla de luces artificiales y sombras proyectadas sobre el

frente me impedían definirlo), en una estructura repleta de curvas y movimiento que hacía pensar en una gran cara deforme, como si hubiera sido moldeada a mano. Las ventanas —unas ocho por piso—, todas extravagantes, variaban los diseños. Las dos principales del centro estaban enmarcadas en miradores muy protagónicos, con vidrio emplomado y vitrales en la parte superior; del resto, había algunas triangulares junto a otras rectangulares, arqueadas arriba y contenidas por marcos moldurados en la propia piedra, repletos de volutas, sinuosidades y figuras vegetales enruladas sobre sí o disparadas en todas direcciones. En los dos últimos pisos se destacaban algunos balcones con rejas de hierro forjado negro, y a esa altura final, en medio del edificio, un espectacular vitral de colores; justo encima cobraba forma una torre compacta que culminaba en una cúpula sugerente pero no voluminosa. Encendidas por dentro, las luces del edificio lo hacían resplandecer como una especie de heliodoro sobrenatural. Entre los dos miradores, una máscara sellaba y presidía la obra, y a cada costado, dos águilas con las alas extendidas parecían custodiarlo. No alcanzaba a distinguir de qué personaje se trataba —sería el típico dios mitológico—, ni tampoco lograba descifrar qué ponía la inscripción justo debajo, grabada en el mismo material.

Cuatro escalones semicirculares conducían al interior a través de la puerta doble, alrededor de la cual la misma mampostería se enroscaba en un sinfín de torsiones botánicas, mientras que sobre el vidrio crecían unos ramos de espigas frontales en bronce. HOTEL DE EUROPA, decía en letras doradas sobre el vidrio de la izquierda, con tipografía de época, encima de un dibujo de tres estrellas un tanto despintadas. Desde fuera, en medio del hall se veía una araña de cristal con luz débil (como si no le funcionaran todas las bombitas), colgando encima de una mesa circular de madera sobre la que

reinaba un arreglo floral desproporcionadamente grande. Enseguida noté que las columnas a ambos lados de la entrada reflejaban zonas descascaradas y había signos de una vieja humedad.

Retirado de la línea de calle, el edificio estaba antecedido por una rampa para vehículos, y había otra al costado para carritos de bebé o sillas de ruedas. Hacia ambos lados se extendía una franja ajardinada con parches de césped, algunos bancos y faroles centenarios. Los focos enterrados en la grava naranja contribuían a producir un juego de sombras chinas contra los muros, amplificando y desfigurando los modelos reales. Entremezclado con los árboles, me pareció ver uno de los carteles azules que suelen llevar el nombre de la calle o la plaza, pero no tuve ganas de caminar esos metros para ver qué decía.

La construcción debía, sí o sí, ser reciente. Sin embargo, era tan perfectamente antigua, estaba tan bien conseguido el efecto modernista original... ¿O había estado siempre ahí y yo nunca lo había visto? Quizás se trataba de un edificio viejo, abandonado, derruido, que había sido reconvertido en este último tiempo. Estuve unos minutos absorta: ¿qué había antes ahí? Hasta donde recordaba, una serie de puestitos descuajeringados, armados precariamente con paredes de lata y letreros de Coca-Cola, que oficiaban de venta de bebidas y tortas fritas o choripanes asados sobre unas parrillas rodeadas de mucho humo, además de kioscos de baratijas. De pronto no estaba segura. Lo que fuera había sido barrido por este hotel con aires de castillo francés o catalán, explayado a lo alto y a lo ancho, como si lo hubieran colocado con una grúa de efectos especiales durante la tarde, en aquella vereda posterior, de espaldas al río.

Cuando, después de haber guiado a los pasajeros hasta la recepción, el conductor pasó al lado mío para volver a la combi, le

pregunté: ¿El hotel es nuevo? O creí preguntarle, porque no me respondió, siguió de largo silbando, subió, arrancó el motor y partió. Cierto es que esa cuadra —que conecta por detrás el extremo final del Sheraton con la estación de trenes— resulta invisible desde la avenida del Libertador, por donde circula el tráfico intenso; la Torre de los Ingleses, monumento principal de la plaza, rodeada por árboles añosos, la tapa por completo. Habría pasado por ahí mil veces sin registrarlo, algo que se hace a menudo con la ciudad que es de uno: andamos como dándolo todo por sentado y descartando la necesidad de explorarla.

El contraste entre el calor de afuera y el clima frío del hotel se hizo notar apenas crucé la puerta. Una bocanada de esencia de vainilla, esquirlas plateadas y extracto de *piano-lounge* me recibió como una ola aterciopelada, sentí el efecto del bautismo: ahí adentro nada se parecía a nada, del otro lado quedaba la apariencia de lo real. Jugar a eso, sumergirse en el Leteo vidriado, unos días. Ahí sería nadie, un artificio. Podía comportarme como un yo vacío, un yo memoria de agua, alguien distinta: encarnaría una suerte de trampantojo de mí misma, igual que cuando interpreto en teatro.

Hecho el trámite con el pasaporte extranjero, la cadera siguió a la valija conducida por la mano, las rodillas obedecieron y los pies enfilaron hasta el ascensor como si no me pertenecieran. Botón 5, dejé que me engullera la isla ficticia. Mientras en la fantasía de los que me adoran había salido despedida hacia ese continente indefinido que es el cielo, yo entraba de incógnito en esta mansión anacrónica a escasos kilómetros de ellos. Había pasado de una altura a otra sin tocar el suelo, acababa de volverme inalcanzable, cenital. Forastera en mi propia tierra.

Vos mentirosa. Mentirosa no, intrigante.

Despejada la zona de otros edificios inmediatos, la mirada se hunde y se abisma en el pozo de la noche. Desde el quinto piso, a esta hora, las luces de Buenos Aires se ven como un montón de perlas de gel flotando en un cuenco negro. Podría quedarme días observando ese parpadeo leve y errático sobre una imagen que parece una foto. Enseguida el cara a cara con mi ciudad tan ajena me sensibiliza, siento que no voy a resistirlo, estoy a nada de hacer un bollo con la farsa, tirarla a la basura, correr a casa; sin embargo, continúo plantada ahí, frente al observatorio donde la Torre de los Ingleses es la protagonista. En perspectiva, hacia arriba, su gran ojo —el reloj ciclópeo, solemne, resaltado por una iluminación violeta y amarilla muy extraña— se alza como un vecino inesperado, terriblemente próximo, produce la ilusión de poder tocarlo, hablar con él. Ofrece la sociedad de sus cifras a mi condición aislada. Una corte de árboles insomnes alrededor lo vigila y le rinde pleitesía. Siendo mi familia materna de origen angloargentino, es curioso que me haya tocado este recordatorio. Interpreto como un gesto irónico —¿o una señal? — que me hayan adjudicado, con este cuarto, ese centinela: las agujas avanzan en su ritmo onírico mientras nos vemos obligados a esperar en esta atalaya irreal. El tictac de las venas subrayando la ausencia de mamá, diez años sin ella, penoso antianiversario.

Decidí apuntar todo mientras dure el retiro: detallaré la crónica de mi desaparición. Tras una ducha veloz, me siento a escribir en el escritorio octogonal, junto a la ventana. Dos por tres me distrae la negrura porteña, hago el ejercicio de recordarme que esta es mi ciudad, ¿es mi ciudad? La idea se me desdobra: es y no es al mismo tiempo. Mirar a través de los marcos de esta ventana con bordes oscilantes, sumida en esta decoración fabulesca, tampoco ayuda. Es y podría no ser, según cómo le dé el reflejo interior. *Esynoes*, en cualquier caso, debería incorporarse como tercer estamento de lo

real.

Qué luces tendrá encendidas en su departamento papá, un montón de plazas y edificios más allá, varios barrios de por medio; puedo visualizarlo anclado en su sofá, enfrascado en la lectura metódica de algún libro de historia o del diario, quizás el tercero que explora buscando cargar de sucesos sus días pasivos, pacientes, apaisados.

El hambre se deja oír con persistencia. Podría salir a comprar algo en un kiosco de la calle, cruzar a la estación o dar el paso indeseado de sentarme en el comedor del entrepiso donde indicaron que servirán desayunos, almuerzos, cenas —también la de la llegada—, pensión completa costada por la aerolínea debido a la suspensión del vuelo. Como estoy agotada y prefiero pasar desapercibida a mis compañeros de no-viaje, resuelvo contentarme con una barrita de cereales que tiré en el bolsillo de la valija para emergencias, una manzana hibernada en el fondo de la mochila y un té con los implementos del minibar.

Cuaderno en mano, fuerzo el cuerpo entre las sábanas tías de tan limpias; muevo las piernas en forma de hélices hasta casi agotar los rincones frescos de la cama. La luz opaca de la lámpara en el espejo antiguo hace que el pelo rojo, oscurecido por el agua, se vea como manojos de algas moradas estampados sobre la almohada. Cabeza de medusa, vos peligrosa. Vos que ya no fumás pero tenés la mente arbitrada por hilanderas de humo.

Estos días en el hotel —no se sabe cuántos, hay que estar a la espera de una nota que llegará por debajo de la puerta comunicando un nuevo momento de salida— tendrán que servir como un paréntesis, una inmersión vertical dentro de mí misma, para dejar aclaradas las preguntas que me vienen fatigando la existencia y la relación con Juan. Cuando ese papel membretado se

deslice sobre mi lado de la alfombra y la valija cruce al otro lado del umbral, sí o sí deberías haber elegido. No se sabe cuántos, medito: en un no lugar como este, el tiempo es definitivamente distinto. Como en la música.

Nacer, ese acto tan involuntario,
vuelve doblemente involuntario
el dónde haya ocurrido.

DÍA UNO

Al salir de la cama, avanzo semidesnuda hasta el ventanal, atraída por el resplandor que se expande y lo cubre todo de cierta espuma blancuzca. Las huellas de mis manos ayer en el vidrio, como si hubiera recibido una visita nocturna. Permito que el sol se deposite enroscado en mi ombligo, ya se percibe afuera la intensidad del calor. El árbol, que anoche en lo oscuro parecía el vestido de una mujer decapitada, hoy sigue viéndose igual. Por alguna razón, fue lo primero que vine a comprobar, aparte de la alucinante cercanía del reloj: da la impresión de haber crecido o dado un paso adelante, recortada su consistencia de ladrillo contra lo inmaterial del cielo. Los demás árboles, que en la sombra semejaban titanes fantasmales, en este momento tienen el aspecto de esclavos que el mundo humano decidió plantar ahí y luego olvidó. Me hacen pensar en ancianos o en sabios. La chica del vestido sin cabeza no, ella se ve firme, idéntica, aun asediada por una luz absoluta.

Buen día. Escala en Barcelona, desde acá sigo en tren, escribo un mensaje después de hacer cálculos con los dedos. Las doce horas y pico del vuelo, algo más entre esperas y traslados, considerando la diferencia horaria, ensayo una especie de redondeo no muy exacto mientras improviso un desayuno con un paquete de frutos secos y

un jugo de cartón que encontré en la heladerita del minibar.

Qué suerte, un alivio, avisanos apenas estés en tu casa, porque en las noticias dicen... No tardan en responder ni disimulan la ansiedad para la que me preparé; por alguna razón mi paciencia no funciona, la pongo en marcha y se ahoga. Será porque tener que mentir así agobia mucho más.

Un conjunto de pájaros atraviesa el cielo en un triángulo impecable, marcando una punta de lanza perfectamente simétrica, una >. Sin saber en qué ocuparme, con ganas de nada, deambulo por el cuarto acomodando lo que no precisa orden. Pude haber tomado otro vuelo a Ginebra, Ámsterdam o Barcelona, desde ahí haber llegado a París en tren, pero en el aeropuerto circulaba una serie de advertencias: la región se encuentra en situación de alarma, tampoco había seguridad de acceder por tierra; una nevada histórica, como no ocurría desde hacía décadas en Francia, lo estaba bloqueando todo. Habría quedado varada no sé dónde y ahí la espera hubiera corrido por mi cuenta, sin ningún gasto cubierto. Te quiero ver pagando un hotel y comidas en Suiza durante tres, cuatro días o más. Bueno, o Barcelona, carísima también. Igual, tendrías que haber tratado, me reprocho para abonar la huerta de *hubieras* que germinaron en la espesura de mi materia gris la abuela y mamá. Ahí crecen la culpa, los arrepentimientos, la inflexibilidad con los errores, los autorreproches, las penalidades, aunque la mayor parte de las veces sean injustas. Ahí se aduanizan y se *abonan*, en su doble acepción, las deudas internas. Lo que desde luego podía era volver estos días a la casa de familiares. Y si no, mínimamente avisarles: sigo en la zona, en un hotel del centro, vengan a visitarme, tomamos un café, oportunidad de oro para abrazarse otra vez. Es lo que cualquiera querría, prolongar un viaje al hogar, extender todo lo posible el privilegio; si bien hubiera sido repetir las

despedidas, adioses tortuosos, ¿para qué? Bastante tuve con los lloros habidos. Aparte, lo esperable en vos es siempre algo inesperado, lo tendrás claro.

Tirada en la cama, me pierdo, igual que Albert, el protagonista de Gracq en el castillo de Argol, en *el friso complicado que recorre el techo, con sus ramajes y guirnaldas, como hojas muertas*, luego en el empapelado color salvia suave con óvalos concatenados en dorado y púrpura, repetidos hasta un punto que hipnotiza; en algunos extremos, contra los zócalos, se está abriendo o despegando. Los muebles de nogal veteado me rodean como un bestiario mudo, las patas torneadas se aferran al piso alfombrado con sus garras o pezuñas. Sobre el aparador, el espejo tríptico antiguo, con bordes desgastados y manchas de óxido en diferentes ángulos, fragmenta mi cuerpo en tres versiones de una misma insolencia. Alicia persiguiendo alguna especie de conejo ¿blanco? A un costado, la televisión reposa cual intruso administrativo, totalmente anacrónico. El respaldo de madera de la cama se trepa hasta la mitad de la pared dibujando un pavo real con toda la cola desplegada, como un tejido vivo, lleno de orificios, ranuras y curvas, donde se intercalan cada tanto algunas piedras de colores transparentes semejando una multitud de ojos que devuelven la mirada con una fijeza mineral. Algunas se han desprendido, dejaron la huella del pegamento. El durmiente ha de ser custodiado por cien pupilas de vidrio, imposible hacerle justicia al nivel de detalle ornamental. A cada lado, desde las mesas de luz, las dos lámparas Tiffany proyectan sobre las paredes un caleidoscopio febril: los parches de vidrio desarman el aire en triángulos de colores, donde las líneas rectas se descomponen y se retuercen. A diferencia de lo demás, el baño tiene un estilo híbrido, moderno, en tonos de beige y blanco, como en cualquier hotel actual.

Reviso correos, varios periódicos argentinos online y *Le Monde*, mensajes pendientes en el teléfono. Hacia la hora del almuerzo, el hambre ya no escucha ofertas líquidas. Con unos anteojos de sol un poco vistosos y una gorra de visera, bajo por fin a buscar un almuerzo razonable. Alguien podría identificarme, cualquier conocido de la familia, un amigo de Juan, o gente que pudo haberme visto en alguna obra de teatro. Ningún periodista debe saber que sigo en territorio, suficientes entrevistas concedí por el lanzamiento de la novela. Me impongo instrucciones: si alguien te interroga, estarás dispuesta a todo para negar tu identidad, lo que sea. Falsearás la voz, hablarás francés, cualquier supuesto de semejanza no será otra cosa que una ligera confusión.

Tardo un rato en encontrar el ascensor que ayer, en la llegada, me resultó tan próximo al cuarto; ahora, una circulación indefinida me conduce hacia un lado y hacia otro, corredor tras corredor, donde los números de las puertas no parecen guardar ninguna lógica. Hay algo de continuidad, de repetición con modificaciones, entre paredes, puertas y cerámicos lisérgicos, todo idéntico aunque distinto. *Corredores siempre sinuosos, cortados por escaleras y rápidos declives, llenos de vueltas y recovecos, que parecían recorrer como venas la inmensa nave del castillo de Argol.* Por fin lo descubro ahí, un prodigio en su cabina de madera tallada, la botonera de bronce y las puertas de rejas tramadas que se abren y se cierran con ese resorte de tijeras. Pronto comprenderé que hay tres, uno de ellos es un montacargas moderno para los bultos pesados y las maletas. La celda baja a un ritmo lentísimo, causando un sonido de deglución metálica, como si tragara ingentes bocanadas de aire condensado y estuviera a punto de vencerse.

En el salón comedor que nos destinaron a los segregados del vuelo, una decena de mesas redondas con mantel blanco de tela ha

sido dispuesta para que la gente se acomode donde quiera a medida que llega; enseguida comprendo el costo que tendrá compartir espacio con desconocidos muchas veces. Baldosones de cerámico gris, ni una ventana, réplicas del Gustave Moreau más esotérico y retorcido, plafones viejos de vidrio con luces lánguidas, económicas, atmósfera de hotel balneario o sindical tirando a austera, contrasta con la suntuosidad vetusta del edificio. Posiblemente nos hayan dado el salón de emergencias. De frac negro, camisa y guantes blancos, en pose de marfil, tres mozos aguardan detrás de unos tablones largos, organizados en forma de ele, sobre los que se exhiben las distintas opciones del bufet. Sirven, impertérritos, los platos calientes de las grandes fuentes combadas como ostras. El resto es autoservicio: ensaladas, fiambres, pan, postres, bebidas. Los que atienden son hombres, las chicas recogen las mesas una vez que la gente se fue: quitan las migas, reemplazan las servilletas, cambian el mantel si está sucio.

Hablo lo justo y finjo que soy francesa incluso para dirigirme al personal: buenas noches, *merci*, es gentil, *graciás*, *muy amablé*. Apenas responden con una bajada de pestañas, un reflejo cortés, como adiestrados en la *feroz inmovilidad* de Argol. Frente a semejante despliegue, me pregunto si los empleados sentirán hambre, si habrán comido, si podrán luego llevar lo sobrante a sus casas. De algún modo lo intento:

—Qué increíble, cuánta comida, ¿y qué es que se hace con lo que *quedá*? —consulto a un hombre de mediana edad cuando me sirve pollo con papas.

—Se entrega a las personas que vienen a pedir a la cocina — responde lo estricto.

—Y ustedes podrán llevarse también, ¿no? —Intrusiva, ya sé.

—¿Desea algo más la señorita?

—No, estoy bien, *gracias*.

A pesar de tanto recaudo, a la primera de cambio meto la pata. A un señor que me aborda, le respondo sin querer en español correcto. Pregunta, susurra: ¿Le importa? Digo no, ¿qué iba a decir: ni se le ocurra, tenemos la mesa de un metro veinte de diámetro libre pero ni sueñe con sentarse justo acá, váyase a otra? Casi sin mirarlo contesto: Para nada, por favor, y hago un gesto de invitación. Compruebo que a mi alrededor muchas de las mesas se han ocupado, al menos parcialmente, y que otros pasajeros aguardan en fila a ser servidos. Mi fastidio muta en susto apenas unos segundos después, cuando un tironazo arrebató mi plato hacia el centro de la mesa; levanto la vista alarmada y veo al sujeto, al otro lado del círculo, haciendo malabares para apoyar la bandeja. Pide disculpas, por descuido pisó un extremo del mantel, me explica en una media voz que no entiendo del todo. Le ofrezco ayuda, la rechaza con sequedad, puedo percibir el orgullo ofuscado del «no soy tan viejo ni un inútil».

Lo primero que me impacta al mirarlo es que lleva sombrero: uno estilo Homburg clásico, de fieltro marrón con cinta. Eso me lleva a registrar el resto: traje marrón y moño azul en el cuello, a juego con un pañuelo sedoso que asoma del bolsillo de su saco cerrado. Parece salido de una foto daguerrotípica, ¿quién se viste así tan de sepia estos días? Un *freak*. Enseguida pienso en mi propio disfraz: la gorra playera y los anteojos vedetescos para moverse dentro de un hotel, otra que salida de una película yanqui de los años ochenta... No hay mucho por criticar.

La secuencia distrae mi propósito de pasar desapercibida. Le respondí en español, entré en la conversación y es tarde para volver atrás en ese aspecto al menos; enseguida me reorganizo y me mantengo fiel al guion, eso por suerte sí, como estaba previsto. Se

desploma en la silla, se quita el sombrero, lo deja a un costado de la mesa y busca los cubiertos que quedaron sepultados entre el plato y la servilleta, sus dedos algo torpes tienen que rasquetear un rato la bandeja, en vano, hasta que los afianza. Se lo nota frustrado por el esfuerzo.

—Espero que mi compañía no le moleste demasiado —dice después de carraspear, tras un rato de silencio.

—No se preocupe —contesto sin entusiasmo, abstraída en mi onanismo de cristal.

Hasta ese momento no me había fijado en su cara, distraída en observar sus movimientos riesgosos y el atuendo; al hablarle lo miro mejor, lo encuentro igual a alguien, no me doy cuenta a quién. Disimuladamente vuelvo a observarlo varias veces, escudada en los anteojos; en una de esas, gira hacia mí con una expresión que me resulta cuestionadora. Interpretará que necesito conversar y no me animo, entonces decreta un intercambio: se pone a contarme que es argentino y que lleva décadas viviendo en Lyon; su familia en cambio está acá, en Buenos Aires. Da la sensación de que habla a través de la añoranza de su mirada y no desde el sonido de una voz, o como si la voz y la mirada estuvieran tan simbiotizadas que no es posible especificar la procedencia de sus palabras. ¿Sale de la línea vencida de sus ojos o de la línea apenada de sus labios? ¿Cuál de las comisuras es el origen? Se me ocurre la tontería de que esos ojos elásticos, con las pupilas tan dilatadas y anémicas, típicos de la vejez, son como los relojes derretidos de Dalí, o como esa gente que se pone unos aros grandes dentro de la piel de la oreja y les queda una arandela estilo ula-ula. Supongo que él no se da cuenta de mi pericia porque me encubren las lentes, aunque de pronto me pregunta por qué las llevo dentro del hotel, le contesto lo primero que se me ocurre: son lentes con aumento (verdad) porque me

olvidé los otros, los de miope, en casa (falso), sin ellos no veo nada (semicierto). Lo agradece, no sé si me cree o si padece ese síndrome de la gente mayor que hace preguntas pero carece de motivación para oír las respuestas. Cuando indaga por mis parientes, le digo que soy uruguayo, de Montevideo, y mi familia vive allá, una mentira detrás de otra, llamativamente prolífica, incluso a mí me asombra con cuánta facilidad.

—Conozco bien Montevideo, ¿de qué barrio son?

Ahí me atrapa, dudo más de lo normal, termino de masticar y me limpio la boca con la servilleta para ganar tiempo.

—De Pocitos —suelto por fin. Tengo que forzar al máximo la memoria para hacer aparecer ese barrio en mi vago registro: no sé si es una zona linda o fea, dónde queda, si cerca o lejos de la playa y del centro, solo me suena el nombre.

Temo que se ponga a hablar de las calles o mencione gente; por suerte, se disipa. Está comentando las bondades culturales y políticas del país vecino sin que le preste mucha atención: sigo taquigrafiándole los gestos para deducir ese parecido que me tiene intrigadísima. Hasta que caigo, sí, sí: es igualito, madre mía, a Fernando Pessoa, el poeta portugués, solo que más viejo. Como Pessoa si hubiera tenido oportunidad de envejecer, ya que murió demasiado joven. O quizás le veo un algo a Antonio Tabucchi en la época en que tenía un aire a Pessoa, con ese bigote triangular, aunque el del portugués era más compacto, y el del italiano se arrastraba hacia los lados con amplitud de escoba. Además de un dejo, sí, por lo lánguido y filoso, a James Joyce. También tienen en común (los tres, los cuatro con mi compañero de mesa) la frente despejada, el pelo fino, raleado (este señor, totalmente canoso), la cara alargada, los anteojos pequeños de armazón transparente. La mirada triste, muy triste, y reflexiva, bondadosa. Una tristeza propia

de Onetti, pienso, y pienso pobre hombre, cuántas equivalencias le acumulé en dos minutos, ya seguro no sabe quién es.

En paralelo, empiezo a sospechar de mi salud mental: ¿y si me lo estoy imaginando? Cualquier mosca que pasa tiene alguna resonancia literaria inmediata en lo subterráneo de mi psiquis, a un punto que no consigo controlar (*Cuando uno escribe, todo en la casa escribe, hasta las moscas escriben*, M. Duras), legado que debo a la descontrolada razia libresca de mamá. Así como a la plaga culturosa que emprendió con sus hijos papá. Hace no tanto comprendí que en mi corteza prefrontal funciona un arquetipo que todo lo compara, lo coteja y lo distorsiona con alguna referencia artística, nunca se sale de ahí sin una cita verbal o visual oportuna.

Pero, en serio, ¿y si este señor no es más que uno de mis interlocutores ficticios y yo, imbécil, loca hepática, convencida de su espesura real?

¿El extranjero es siempre, por fuerza, un fingidor?
Alguien que simula adaptarse al lugar donde vive.
Que adopta, que adquiere, que acepta.
Naturalizado, se dice.
Qué palabra más plástica, una prótesis.
Algún tipo de implante.
Un extranjero es un implante.
La extranjería, una forma admitida de la máscara.

Me atraen las manos en general, desde chica me fijo enseguida: las del señor estaban inmaculadas, las uñas parejitas, blancas, lisas, como tratadas por una manicura; la piel revelaba décadas de maltrato solar; normal, la edad se asentó en ellas con una orografía de irregularidades y manchas, cada falange lucía como el tronco de un árbol caído, lleno de nudos y canales. Me entró una inquietud: ¿cómo tenía las manos Pessoa? ¿Las había visto alguna vez?

Al subir al cuarto las busco en la web, pero resulta frustrante: aparece gente dándose la mano frente a una estatua del escritor, su poema «No tengas nada en las manos», y no es de los que más me gustan, aparte de otros fragmentos suyos que incluyen la palabra *mano*, artículos del tipo «Un paseo por Lisboa de la mano de Pessoa», fotos de manos de otras personas, y solo alguna ilustración o retrato despixelado del poeta donde apenas se adivinan sus dedos largos y finitos como relámpagos, varitas mágicas.

Por las dudas, estudio el mapa de Montevideo y repaso unas cuantas fotos de Pocitos. Con Google Street elijo una casa que me gusta, anoto los nombres de las calles para ver si alguno se me queda, así como los barrios lindantes, hago unas capturas de pantalla y las guardo. Luego apunto una escuela, una cadena de supermercados, un centro comercial. Solo por prevención, ya que, puesto a rodar el hilo, habrá que seguir la urdimbre por ahí.

Compro el ebook del *Libro del desasosiego* que tengo en casa en papel, lástima que de tan grueso resulta intransportable; si no, lo

llevaría a todas partes como un *stent* en mi cuerpo. La similitud de ese hombre del comedor con Pessoa me reabrió el antojo de un libro que he leído hasta el cansancio, aunque no termino de recordar de dónde me llegó, quién me lo acercó la primera vez. Algo me dice que no fueron mamá o papá, posiblemente Arturo, los primeros años en la escuela de teatro. Fue él, sí, seguro.

Un rato largo después, cuando alzo la vista de la computadora, me veo de golpe en el espejo y tengo un impacto, me confundo con mamá, es un microlapsus, me provoca electricidad en los brazos, un reguero de energía que se demora. La semejanza se habrá acentuado al verme cansada. Soy consciente de que me voy a ir acercando en el parecido; avanzaré en la línea del tiempo que para ella, a los cincuenta y cinco, quedó inconclusa. Con suerte, envejeceré, verbo de conjugación interrumpida para Leila o Pessoa. ¿Le habrías mentido? ¿A mamá? Sí. ¿Segura?, ¿te habrías escondido de ella como estás haciendo con los demás? Quizás, si bien no habría podido aguantar demasiado el vodevil. Podido o querido. Habría arrancado con las falacias y los rodeos hasta que, en algún punto, el discurso se habría sancochado, ella lo habría detectado y yo habría terminado confesando. Le habría explicado, le habría rogado que por favor mantuviera el secreto, incluso con papá. Leila odiaba esconderle cosas a Fernando, aunque por mí, por esta situación particular, habría accedido. Me habría cuestionado, habría tomado la actitud que corresponde a una madre, se habría enojado, habría intentado convencerme de que me rectificara, que fuera honesta con él, con mis hermanos, especialmente con Juan, con Juan sí o sí, es imperdonable hacerle eso a una pareja, a la persona con quien se comparte la vida cotidiana, lo más íntimo.

El caso más extraño de delincuencia marital del que haya noticia, seguro habría citado el cuento de «Wakefield», su favorito. Sé la

cara que habría puesto en esa parte, los ojos estirados como cuando hacía ejercicios para combatir la caída de los párpados. Sonríó, copio el gesto en ese reflejo de yo-ella. Habríamos enfrentado posiciones, tozudez contra tozudez, las dos con idéntico arsenal de argumentos. Al final Leila habría terminado cediendo, no por derrotada sino por su condición de madre: las madres son las del natural ceder ante los hijos. Habría sido la única cómplice y habría venido a visitarme, tan de incógnito como yo; una vez metida en el papel, le habría divertido esta situación.

Me alejo del escritorio, me recuesto en diagonal en la cama deshecha, fría por la ausencia del cuerpo y por el aire acondicionado encendido. Nos habríamos tirado ahí a comer chocolates o caramelos masticables, una más infantil que la otra, compitiendo por ver quién tenía más cantidad, contándolos, exigiendo paridad de sabores; nos habríamos reído con las patas descalzas, enredadas unas con otras, las cuatro tan parecidas, pies de anfibio, dedos separados y retráctiles, harían sombras animalescas en la pared, a tono con la decoración. Mis pies, sucios por andar todo el tiempo descalza o en ojotas, juntando mugre, habrían desprendido pelusas sobre la cama y Leila se habría esmerado por limpiar cada vez, hasta que le soltara una vieja frase de su amiga Gloria: «Basta, luna en Virgo. No seas obsesiva, ¿no ves que igual se va a volver a ensuciar?» Habríamos competido globo contra globo de chicle y una carcajada repentina habría concluido con al menos una de las dos bocas toda engomada.

Nunca dejes de ser niña, mi nena, tenés que prometérmelo, imploró al final en su larga carta de despedida.

Te lo prometo, Miss Leila, te lo prometo.

Mientras charlábamos, ella me habría pedido que le acariciara las uñas de la mano, esa manía tan curiosa; no me habría resistido, me

habría puesto a pasarle la yema del dedo gordo sobre su esmalte resbaladizo. Como para no tener un temita con las manos, pienso ahora. A cambio, le habría pedido que me masajeara la cabeza, el cuero cabelludo, el crecimiento del pelo, que hundiera las yemas en la mollera. Rituales. En algún momento habría salido a buscarme un buen café.

—Uno en serio —diría—, no esas porquerías de saquito con gusto a lluvia de alcantarilla y feromonas de rata que te preparás ahí.

—Qué exagerada, este es un buen hotel, tan malo no puede ser el café.

—Lluvia estancada, con las toneladas de azúcar que le ponés, si entendieras lo nocivo que es para el cuerpo —habría repetido ella sin detenerse en su raid por el cuarto, dando sobradas muestras de que en su vida anterior, como decía papá, Leila fue tiburón: los tiburones sufren el síndrome del hiperactivo, no se detienen nunca, ni siquiera para dormir, duermen en actividad. Ella era así; de hecho, los últimos años había empeorado y se le había dado por usar mucho la frase «los espero en movimiento», incapaz de frenar, de hacer cualquier cosa que no se encaminara a sembrar productividad, que no conllevara invertir tiempo en su gran hucha de acciones que dan sentido a la historia de la humanidad. Detenerse no era parte de un proyecto, excepto ante los libros, ahí sí, Leila, eternamente detenida, mamá. Al final se vio forzada a descansar cuando enfermó, sin duda su espíritu se lo reclamaba.

Me habría acomodado la ropa en la valija y me habría retado por seguir siendo tan desordenada, por guardar prendas sucias, con olor, arrugado, hecho una bola.

—¿A vos te parece?, ¿cómo es posible?, el calzado roñoso mezclado con lo demás. A esta edad todavía, Charola, hija, en serio.

Como si oyera tu voz, mamá, de verdad, acá conmigo, en este cuarto, como si viera tus rasgos de distintas épocas todos entreverados; por lo general fluyen primero los de la última etapa, la madurez que no llegó a ser vieja. ¿Cómo voy a tener hijos si vos no estás? ¿A quién se le ocurre? En aquel encuentro inexistente diría:

—¿No era que me autorizabas a ser niña siempre?

—Una cosa es ser niña y otra dejada. O desarreglada.

—Entonces sos contradictoria.

—Si no fuera contradictoria, no sería persona.

—Pero, Lei, son vacaciones, para tanto emperifolle tengo el resto del año.

—Una jamás se toma vacaciones de sí misma ni del propio aspecto.

—Sí, cuando hago teatro y soy otras que no te tienen de madre.

Se habría llevado algunas cosas para lavar prometiendo traerlas al otro día, habría conseguido bolsas de quién sabe dónde para meter los zapatos; habría rearmado entera la valija, habría quedado impecable. Para justificar sus salidas ante papá, habría conseguido formular alguna historia creíble. El don de la buena mentira también se hereda. Por eso las dos escribimos: escribir no es otra cosa que mentir con soltura y con sutura, hay que ser hábil encadenando una mentira con otra, decía ella. Habría comprado comida en el formato justo para que cupiera en la heladerita del cuarto; habríamos charlado, bromeado, seguramente llorado cuando por fin empezara a explicarle por qué prefería volverme paréntesis estos días en el hotel.

—¿Paréntesis o corchete?

—¡Mamá!

—Es diferente, eso podría aclararme algo. ¿Por qué entre el *allá* del París helado y el *ahí* de la ciudad de la furia elegiste el hotel, ese

neutro *acá?*, contame.

—Cualquier adjetivo se me ocurre para este hotel excepto el de neutro.

Habría terminado refugiando la cara en el hueco de su estómago, justo en el valle entre los dos huesos de su cadera —había que ser malabarista para calzar la cabeza sin clavártelos en el pómulo—, ella habría trazado un inventario de culpas-silicio:

—Es culpa mía, por haberte incitado a jugar a los detectives desde tan temprano.

—Por haberme hecho creer que la vida es una larga y desenfrenada historia de detectives adictos al opio y al apio —habría sumado yo.

—A la cebolla y al ajo, a los pies hechos un asco. —Leila.

Así podríamos haber pasado el día, construyendo museos arqueológicos de símiles.

Una década y sigue siendo absurda la vida sin Leila, muy en especial cuando viajo a Buenos Aires. Es poner un pie en el territorio familiar para empezar a sentir cómo sube por dentro la grieta, una rajadura que me recorre de pies a cabeza, por donde vuelve a fluir y resonar una vez tras otra el sismo de la pérdida. Entonces comprendo que tengo el cuerpo repleto de sombras escurridizas, se mueven dentro de mí como en una pecera. No solo los personajes que encarno cuando actúo van dejando su radiación, mamá también se despliega con insistencia.

En la cama lloro, me hago un ovillo, un ser uteral. Por un instante temo que, al recibir la humedad de las lágrimas, la madera de nogal empiece a exhalar un olor a bosque antiguo o a resina, como si el mueble despertara. Los colores Tiffany bailan líquidos, entremezclados. La luna en Virgo de mamá querría ordenarlos cromáticamente.

—Sos así de sensible por tu ascendente en Cáncer —habría dicho —, gastás demasiada energía llorando, no sirve para nada, no sirve.

—Leila, vos no entendés porque tuviste de madre a Margaret Thatcher y te hiciste fuerte como un caramelo masticable dejado dos días en el freezer.

—Ya sé, hija, ya sé, somos tan distintas. Vos, un dátil cerca del fuego.

Frente a esa imagen de repente me río, me abrazo las rodillas y lloro riéndome, hamacándome, hasta que me voy desarmando en la cama fría con los ojos calientes, mientras de fondo alcanzo a interceptar algo que parecen gritos pero no logro reunir la fuerza como para incorporarme o pensar. En el último átomo deslizado hacia el otro universo del sueño, mamá pregunta más fuerte por qué, Charo, hija, por qué estás acá, en este hotel, de quién huís, qué tenés... ¡Charo, decime!, su voz cada vez más irregular y anónima, mientras sigo cayendo en el hondo pozo de las maravillas.

Migrar es vivir radiografiando la pérdida.
Ese cuerpo, un escáner insomne.

Abro los ojos con un sobresalto y noto que me dormí, el sol está blanco como si lo ahorcaran e hiciera intentos inútiles por aullar. Será porque en mi sueño alguien gritaba, si bien al mismo tiempo esos alaridos parecían traer rastros de la realidad. Tardo en acomodarme, en reaccionar, siento que dormí unos veinte minutos, pero el reloj me desmiente: pasó más de una hora.

Medio maltrecha, con dolor de cintura por la mala posición en que quedé acostada, bajo de la cama, rengueando me asomo al pasillo. Una empleada y el botones bregan por convencer a alguien de algo unas puertas más allá de la mía; les responde una voz que no alcanzo a ver, masculina, gruesa, que me hace pensar en el vodka, en el puerto y la pipa, en dientes carcomidos por el tabaco, en alguien capaz de zurrar a su mujer y sus hijos para luego emborracharse otra vez. Ellos tampoco me ven, excepto en un momento en que la empleada sí, se vuelve hacia mí, inclina la cabeza hacia atrás con la cola tirante de pelo lacio, lustroso castaño, y me impresiona el parecido con *La joven de la perla*, de Vermeer. Retrocedo por instinto y cierro.

Desde adentro sigo escuchando —hábito temprano que mucho aportó a mi dislocada y díscola personalidad—, se oyen las rejas-tijera del ascensor, llega más gente, pasos que taconeán delicada y firmemente, suenan a marcha lúgubre, a redada policial, se acumulan voces bajas, luego más intensas, la masculina de antes destaca enardecida, dice algo de que lo dejen en paz, denunciar al

hotel, juicio, recuperar lo perdido por el vuelo cancelado, millonaria, ineptos; diálogo de tonos desparejos y que concluye con un golpe de puerta colérica, punto final. Se me cruzan Meursault y lo rabioso del sol hoy acá: ciertos soles justifican la enajenación. Las voces de los pasos profesionales —moderados, contenidos— y las ropas seseantes desandan el camino, vuelven al ascensor, se asienta el silencio enturbiado, como queda el río cuando pasa un barco, partido en varias lenguas de agua marrones con olor a nafta y una cola de humo dando vueltas.

En mi escritorio caracol, tomo nota, llevo una bitácora precisa del hotel y de mí. Debería haber mandado noticias. Leo en el celular:

¿Por dónde andás? Papá no demoró en abrir el fuego.

Acabo de entrar en casa, escribo a todos.

¿Llegaste? ¿Estás en París? ¿Mucho frío? Allanamiento verbal.

Perfectamente, mirando a través de las ventanas congeladas, un frío de muerte, adentro se soporta. El canal es una pista de hielo, irreconocible. Una odisea el viaje y llegar al depto, agotador. Ahora oscuro, mañana mando fotos.

Entre mensaje y mensaje, observo la estación de trenes de Retiro, estallada y poco nítida por el brillo que tiñe la ciudad de un tono caléndula. Detrás, oculta, demarcada por la autopista e inaccesible desde este lado, estará la villa en su dureza de cartones y colores mal apilados, publicidades arrancadas a medias, caminos de tierra resquebrajada, bicicletas que levantan polvo y ensucian la ropa lavada a mano, tendida en colgajos, coches que uno se pregunta cómo siguen andando, antenas desproporcionadas, adivinable olor a fritura aumentado por el calor demencial que desde temprano lleva todo a punto de hervor. Justo en el hemisferio contrario, como en oxímoron, en grotesco espejo, pueden verse los edificios color plata de los vecinos potentados habitando las calles

que llevan los apellidos de sus linajes, alternando con los museos, las galerías de arte a la sombra de robles añejos, los palacetes centenarios que utiliza el Gobierno para asuntos administrativos o culturales. Y nuestro carácter portuario explícito en la abrumadora línea de coloridos *containers* MAERSK/EVERGREEN: esa frontera de hojalata demarca la geografía cotidiana entre ambas realidades. El emblema de la inmigrancia.

Juan contesta al instante:

Estoy llevando a mamá en taxi al chequeo médico en Flores, después te llamo y hablamos. Decime ¿pudiste encender la calefacción? ¿Tenés agua caliente?

Pienso si con él y la madre irá Ximena en ese taxi y estará enterándose de nuestra conversación.

Sí, tengo, hoy ya es tarde y estoy reventada, me voy a dormir pronto. ¿Vos en Buenos Aires qué tal? ¿Tu mamá mejor?

Ahí va, regular. Veremos qué dice el médico.

Al subir el mentón, me sorprende el reflejo de mis ojos parciales en el vidrio, fantasmas de sí mismos retraídos por el exceso de luz. Asteriscos negros quedan atrapados dentro de los párpados, que bajo otra vez para escribir:

Ver tus paisajes cotidianos y no reconocerlos es como mirarte mucho tiempo al espejo hasta dejar de encontrarte. Un extrañamiento muy raro.

¿Lo decís por algo en particular? ¿Por nosotros lejos?

Por la nieve, lo modifica todo.

Enciendo las noticias en la televisión, no las escucho. ¿Si Juan en algún momento no consigue comunicarse conmigo y le consulta a algún otro vecino de París por mí? Olvidate, no hay posibilidad, en cualquier caso tantearía con vos primero. Mi pecho, que en todas las edades lucirá adolescente —una bendición inmarcitable (según

Juan); más hueso que carne, pálido y esterillado como un jabón federal consumido a la mitad (pienso yo); signo de mala alimentación en la infancia debido a la fuga psíquica de una madre hippy (en opinión de mi abuela)—, se vaciará aliviado del aire que por un instante lo llenó mientras contuve el oxígeno ante la suposición de que Juan... Pero no, Juan no, si soy yo, insisto, la que mantiene el diálogo con la comunidad y con la gente del barrio, la sociable de los dos. Además, ¿por qué iba a sospechar él? Con la excusa de la fractura expuesta de cadera, su madre no solo le rogó que se quedara un tiempo más largo de lo previsto en Buenos Aires, sino que lo absorbe —doblemente recién operada— hasta consumirle todo atisbo de voluntad. Y mientras le responda sus mensajes o llamadas, no tiene por qué contactar a otros para encontrarme. Sabrás llegar antes, anticiparte, estar alerta, vos, la de los reflejos ligeros.

¿Qué nos hace turistas y qué nos vuelve no-turistas en una ciudad? Todos podemos ser y no ser turistas en cualquier parte. Como observadora distante, desde este cascarón estético, termino de borrar los límites entre una condición y la otra, soy ambas. Solo depende de la posición que se quiera tomar. Confirmando que se me antoja verla como algo nuevo, ya que nunca antes estuve colocada así, acá. Nunca fui una visitante confinada en mi hogar.

Tras la rutina de meditación, me entrego a algunos ejercicios básicos de gimnasia sobre la alfombra, luego estiramiento, ducha, lectura dispersa de mis propias notas, un rato de escritura infructuosa y algunas comunicaciones con los actores de mi próxima obra en París: la primera que dirigirás pero no se encapsulará en tu cuerpo, la interpretarán otros, ese vértigo virginal. No ser tu propia obra, a ver cómo saldrá.

Un bus turístico rojo pasa frente al Sheraton, decenas de cabecitas erectas como fósforos se advierten sobre la segunda planta donde no hay techo. Me recuerdan a los palitos de plástico azules o rosas que se clavaban en los autos en miniatura para avanzar por la cinta transportadora en *El juego de la vida*: estudiar y recibirse o agarrar el atajo de salir directo a trabajar (no tan bien visto), casarse sí o sí, sacar una hipoteca, competir por la casa más espectacular por más que te arruines de deudas, y pasarse la vida evitando o apagando incendios, tener hijos, más hijos, sumar mellizos, trabajo, seguros contra accidentes, seguro laboral, seguro contra terceros, ahorro, jubilación, menos ahorro, muerte, gastos de sepultura, entierro del fajo de seguros nunca utilizados.

Quieta, en medio del cortinado denso color maíz, me siento como retenida dentro de un cuadro. Destrobo los vidrios para dejar pasar un poquito de aire. Por el filo entreabierto llegan, disueltos en uno, los zumbidos de la calle: el andar del tráfico, los frenos de los colectivos, las bocinas, alguna moto ronca, la sirena de una

ambulancia o una patrulla, un murmullo sin paz que termina sonando como un concierto. Si me aislaran en la sala de un museo y me hicieran oír grabaciones de diversas ciudades, ¿sería capaz de reconocer la voz de la mía? ¿Cuál es la mía? ¿Se me confundirían?

Harta del encierro, vuelvo a colocarme el disfraz para conseguir alguna merienda estimulante, aunque esa comida no corre por cuenta de la aerolínea. Me propongo la osada aventura de bajar por la escalera. Lo hago muy despacio, me detengo a contemplar, a tratar de entender esta gran puesta en abismo del hotel, esta suerte de quimera que da la impresión de cambiar tras cada parpadeo, como un órgano activo. Me animo a dejar de pensar, a solo absorber los detalles: apliques de cobre con lámparas de vidrio trabajado que, en las paredes, engendran formas retorcidas, geniales, el cielorraso sembrado de plafones llamativos como ojos de ballena que todo lo escrutan desde arriba, los festones en yeso repulgándose en ramas asimétricas y caprichosas, se percibe algo sinuoso de tramoya y trampa, en cada extremo del pasillo una apolínea estatua defensiva interrumpe abruptamente el camino, la salida es por acá no por allá, los dibujos geométricos morados y azules en los suelos de mosaicos producen un leve levísimo vahído, no hay ventanas, en los pasillos no hay ventanas, la luz pasa indirecta, filtrada, por los paneles de vidrio coloreado que tienen arriba las puertas, todas las puertas blancas con paneles de vidrio y números dorados, se suceden idénticas, como decorados de un teatro que nadie se atreve a desmontar. Intercaladas entre una y otra, grandes jarrones con plantas, las sombras de las hojas magnificadas en la pared, *tabiques inmateriales y móviles, charcos de luz, estrías horizontales, anormal disposición del edificio*, los pasos resuenan en los cerámicos como si todo estuviera vacío. Las escaleras sí tienen moquetas azules estampadas en morado, pero bajar cinco pisos de esa manera, un

vahído apenas, una encerrona, tramoya y trampa, repetición, es pura repetición hasta perder la conciencia. Para evitarlo me aferro a la baranda de madera, cuyos laterales están formados por figuras retorcidas doradas, tuvo que ser una finura en su tiempo. Detecto, al final del pasamanos, en la planta baja, un objeto minúsculo y extraño introducido en una cavidad, donde la madera hace un bucle, una vuelta de caracol. Me agacho e incluso trato de extraer lo que parece una pelusa negra, deshilachada, ¿una pluma quizás? Rasco con el índice y comprendo que es algo más: no es suciedad, es un engarce, con aspecto peludo. Lo dejo estar, no sea que termine arruinando una obra de arte como cada tanto pasa con los visitantes o los empleados de limpieza en algunos museos del mundo. Logro un pasaje exitosamente fugaz por el bar y un regreso aséptico de contactos a mi refugio.

En el cuarto hago zapping aburrida, intercambio mensajes (plagados de falsedades por mi parte) con mis hermanos. Leo, cronifico mis reflexiones en el cuaderno, medito. Busco en internet el Hotel de Europa en Buenos Aires. Primero aparece un Hotel Europa, en la calle Bartolomé Mitre, es otra cosa. Sigo el rastreo, cuesta, por fin lo encuentro en una de esas páginas web híbridas, típicas del típico no-lugar que es un hotel, con datos sobre la ubicación y los medios de transporte para llegar, galería de fotos, descripción de servicios, tipo de habitaciones y salones para reuniones o festejos, gimnasio, restaurante y bar, calendario con tarifas para las reservas..., en ningún sitio pone nada relativo a la época de inauguración o a la historia del edificio. En las fotos luce mucho más espectacular que en el modelo real. Sobre el estilo hay solo una referencia en la portada principal: «Un exquisito edificio de arquitectura y decoración modernista, con todo el confort de las necesidades contemporáneas, en el corazón burocrático y turístico

de Buenos Aires». Leo, escribo, me ducho.

Si no hubiera montado esta comedia de último momento, dentro de unas horas estaría en esa terraza con ellos. Mi hermano prepararía un asado notable. Los demás, entre charlas, indicaciones y risas, cargarían la vajilla, el pan, las bebidas, desde la cocina hasta la terraza en el tercer piso; los mellizos remolcarían juguetes por las escaleras, con la boca y las manos impregnadas de aceite de papas fritas; dejarían caer maníes que los demás pisaríamos y luego habría que barrer o se los comerían al otro día los pájaros, si no alguna rata de azotea; papá se esforzaría por prestarle atención a la demanda simultánea de los dos nietos, cada uno con su truco o gracia de turno. Correría una brisa que hacia medianoche nos invitaría a ponernos un sweater liviano. Levantaríamos las copas, festejaríamos esta oportunidad imprevista de volver a brindar en primera persona del plural. Yo agradecería su generosidad, ellos aplaudirían la cancelación del vuelo, sin enterarse de que en mi diálogo interno sostengo una pelea, feliz de estar acá aunque ojalá ya hubiera llegado a casa, con lo peculiar que es decir eso: reemplazar una casa por otra, llamar «mi casa» a la adoptada, ¿con qué derecho?

Durante unos segundos, la soledad se infla tanto por dentro que visualizo mi cuerpo desierto, purgado de todo relleno, una cámara oscura por donde hay que andar a ciegas. Extraño a mamá como hacía mucho que no me pasaba, de un modo físico, violento; repito el consabido ejercicio de recuperar su voz y vuelve diciendo algo como ay, Charola, sos tremenda, me hacés reír; no siempre llega rápido su tono exacto, nítido, a veces hay que buscarlo, me tranquiliza cuando aparece, respiro de nuevo, si bien en simultáneo me deja un fondo amargo.

Juan me abrazaría, jugaría con mis dedos a poner y sacar los anillos, me diría al oído qué placer pasar otra noche juntos, yo

respondería qué lindas tiene las manos, no se está comiendo tanto las uñas. Se oiría el timbre y alguno bajaría a abrir mientras los demás hacen bromas sobre las demoras de Rocío, sobre la inconsistencia de mi hermana para las promesas y la puntualidad. Llegaría un poco acelerada, un poco desarreglada, hablando y riéndose demasiado fuerte (al menos para mi sensibilidad, a los otros no parece molestarles el tono chillón); estiraría, de un modo automático, alguna prenda larga para taparse las caderas anchas; complaciente y cariñosa, arrastraría de la mano, como una ráfaga, al novio del momento, o no, esta vez no, porque con el último en teoría cortó antes de que yo aterrizara en diciembre.

Rocío traería una bandeja de masas y una torta tiramisú o *marquise* de su propia pastelería, por suerte el negocio le está funcionando. Mientras reparte besos iría repitiendo que no se molesten, no va a comer, está a dieta después de todas las calorías que sumó en las fiestas, aunque en los minutos siguientes andaría dando vueltas a la mesa para picotear de los platos medio vacíos y seguiría picoteando escaleras abajo cuando en procesión devolvemos la vajilla sucia a la cocina.

Con novio o sin él, Rocío habría traído algún regalo para los chicos: golosinas, globos, planchas de stickers, un robot para armar o un dinosaurio que crece en el agua, maravillas que consiguió a dos por uno en el barrio chino, sin importar que no fuera el cumpleaños de los chicos y ya hubiera quedado atrás la Navidad, solo porque sí, porque sabe estar a la altura de ellos, es *la tía*. Mateo y Félix son los primeros en correr a la puerta cuando la única que falta es Rocío, o acaso se abalanzan todas las veces por si es ella. ¿Viste que a vos te llaman Charo o tía Charo?, una tía formal, desteñida, a menudo duele, pero qué querés, si trajiste regalos para el árbol fue gracias a que Juan se acordó y se ocupó, vos despistada; él sabe qué

regalarles a dos varones de seis años. De no haber sido así, le habría pedido a Rocío que les comprara algo de mi parte, o les habría dado un sobre con plata que recibirían con evidente desinterés, al menos Mateo, que prefiere las dádivas en especies, con relieve y sonidos: soltaría el sobre encima de cualquier aparador porque le apremia más tocar la batería de juguete que les trajo Papá Noel. Félix le da otro valor a la plata; al recibirla me escudriñaría con esos ojos agudos, debajo de los bucles oscuros pegados a la frente por el sudor. Me agradecería mientras asegura el sobre en su pequeña mano hasta que las uñas cuadradas e irregulares se le ponen rosas, blancas; preguntaría si son euros, dólares o pesos, yo diría pesos, es la moneda que usás acá, aunque no sabría si eso lo convence; enseguida buscaría a un adulto de confianza —madre, padre, incluso *la tía*— para cotejar, y le pediría que se lo guardara «con sus ahorros». En algún momento posterior de la cena reaparecería para preguntarle a Inés cuántos ahorros tiene. Yo reiría aliviada de no haberme equivocado tanto, un poco conmovida le insistiría para que viniera a sentarse a upa y me contara qué pensaba hacer con la plata, relato que estaría dispuesto a darme desde la falda de otra persona.

La propia Rocío se sentaría sobre las rodillas huesudas y enclenques de papá, lo envolvería con su abrazo mullido, le acariciaría el pelo entrecano. Ese edipo de Rocío tiene pinta de que va a durar toda la vida. Muy similar le pasa a Juan con su mamá, y en su caso se agrava por ser hijo único, hay un almibarado simbiotismo sin cortar. Por muy egoísta que suene, en el fondo me alegra que esté mi hermana, jamás abandonaría a papá como yo, alguien va a cuidarlo mejor hasta el día final; siento un amor inmenso por él, por ellos, pero tira más fuerte... ¿Qué? Eso otro. ¿Qué?

Cada diez minutos un avión cruza frente a mi ventana: irán a países no asolados por la ferocidad climática, si es que todavía queda alguno.

¿El nacimiento determina que una ciudad nos corresponda más allá del documento?

¿Qué otro lazo sostiene la unión, al margen de ese registro numérico rubricado con un sello nacional?

Me respondo: la melancolía.

Sí, sí, es eso, la melancolía.

Para la cena, en lugar de la gorra utilizo una especie de turbante discreto, un pañuelo celeste envolviendo el pelo, y los consabidos anteojos de sol, estilo Audrey Hepburn. Más bien, Faustine en la isla de Morel, tal cual. ¿De noche vas a salir así? Aunque sea de noche, son necesarios, tienen aumento, ¿te acordás? Por otra parte, Godard no se los quitaba ni para dormir, ¿por qué no podría yo igual?

Ya en el comedor, elijo pescado a la plancha con arroz, ensalada de frutas, pan tibio, me lo llevo a una mesa vacía. Escasos comensales todavía: una madre cincuentona que hace lo imposible por mantener interesado, verbal y erguido a su hijo púber; el chico, de unos once, doce, busca cualquier excusa o aprovecha la más mínima distracción de la madre para decolorarse a la luz clandestina del celular. Esos otros tres hombres se mueven en bloque, suelen ir munidos de notebooks y papeles en los que parecen trabajar. Los tres lucen delgados, *fit* en sus camisas ceñidas y pantalones entallados, se visten similar (*casual sport* con plata) y llevan barbas candado, rasuradas, en parejas variaciones de tonalidad castaña. Alguien diría: modelos de Rochas o responsables de imagen de Hermès. O el trío de huéspedes alojados en la casa de Gregor Samsa, señores de buen pasar, barbudos inseparables, sin identidad individual, representantes del éxito y la norma social. Presto atención, hablan en español ibérico. Más atrás, una pareja de chico y chica, conversaban en italiano cuando entré. Charlan y se ríen sin parar, emanan relación divina, sumidos el uno en el otro: claro

comportamiento de deshijados, se percibe la intensidad en la etapa inicial del romance. Decido apodararlos como los amantes en el infierno de Dante: Paolo y Francesca. Van llegando los demás: otra pareja, una señora sola muy distinguida, una familia de cinco (padres de mediana edad con chicos de veintipocos), un hombre mayor de expresión malhumorada, con bastón, al que por la manera de dirigirse al mozo reconozco como el que gritaba arriba, y varios más.

Hace aparición un sujeto rarísimo —y aquí Juan, entrenado sociólogo, soltaría: ¿Quién es no-raro?— al que vi antes. El efecto de repetición empieza a producirse también con la gente. Este hombre aparenta cincuenta y pico, quizá tenga menos: no ayuda la combinación de una cabeza chiquita, empequeñecida por el pelo rubio cortado al ras, con una especie de flequillo indisciplinado, en la cima de un cuerpo con generoso sobrepeso. No sé si siempre usa la misma ropa o alterna, pero todas las veces lo vi con remeras similares de color negro desgastado, aspecto roto, estampas rockeras —hoy Judas Priest— que se bambolean al compás de su andar sinuoso. Se instala en la mesa de la mujer con hijo púber, justo detrás de mí. No tarda en entablar conversación, inglés americano (se presentiza mi abuela inglesa: *Oh, dear, why must Yankees always be so loud?*). Le pregunta algo al chico, que responde con tímida corrección; a la madre se le nota más el acento francés, tanto que, si me distraigo, me cuesta discernir en cuál de los dos idiomas está hablando. Sin que nadie le pida, el señor se anticipa a explicar que estaba de vacaciones en la Patagonia con su novia —un sueño de toda la vida, cabalgatas, fogones, paisajes de película—, cuando le avisaron sobre un grave problema de salud de su tía en Francia: es su único heredero, hay temas legales por resolver, etcétera. La novia se volvió a Utah y él partía hacia París

hasta que lo impidió la tormenta, está intentando resolver el asunto por teléfono. ¿Y ellos? Ellos son de Rouen, dice la mujer, perfil bajo, reservada o desinteresada, quizás adrede mantiene la distancia; vinieron a Buenos Aires para visitar familia en las fiestas. De pronto la charla deriva hacia otro lado: el tipo se pone a contar, con un timbre de voz en ascenso, exasperante, que en Navidad se gastó tres mil quinientos dólares en bolsos de Louis Vuitton para su novia. Solo en Navidad. Un Murakami de edición limitada (no sé si escucho Murakami porque estoy trastornada o es otro Murakami) y perfumes Cartier. Su novia ama los bolsos, él le regala un montón, el año pasado entre bolsos, carteras y perfumes se gastó veinte mil en su novia, que es fanática. Interpreto que les muestra las fotos en el móvil, la pobre gente acorralada no hace más que gemir *oh, great, beautiful, charming*.

Otra vez en el cuarto, me pongo a rastrear *El año pasado en Marienbad* en algunas plataformas, me sale que no puede reproducirse en mi zona geográfica. Los pocos tráilers que consigo ver muestran gente elegante con copas de vino, suspendidos en ese hotel majestuoso de increíbles jardines geométricos: la necesidad de un trago se urgentiza en mi organismo. Podría ir al bar. ¿Ahora? No habrá mucha gente, la mayoría todavía estará cenando. ¿Pero exponerse aún más? Sí, arriesgarse es irrefrenable cuando el alcohol hace el llamado. ¿Por qué no resolver con alguna de las botellitas de la heladera en la habitación? Porque no tiene nada que ver tomar eso de ahí con una buena copa de vino, bien servida, fría, auténtica. ¿A cuál de tus padres o abuelos deberías culpar por esta condena, esta cadena ética? ¿En serio pensás seguir con la manía de cargar las culpas a los de atrás? ¿El bendito saldo retroactivo? Por favor, ya.

El lobby, donde la araña de cristales cae apenas torcida, es *una alta sala de bóveda de medio punto dividida por tres hileras de*

pilares, el sector mejor conservado, donde más se luce el estilo del hotel. Las paredes están tapizadas con un papel cargadísimo de motivos botánicos a lo William Morris, el piso se despliega en un damero espectacular y los muebles de madera adoptan formas complejas, casi zoomórficas. En el centro del vestíbulo, sobre la mesa circular, el arreglo de calas es tan Mapplethorpe perfecto que resulta inverosímil: debajo de las flores de una blancura quirúrgica, los tallos verdes se retuercen buscando el mismo ángulo imposible que las patas de la mesa. Me acerco a olerlas, huelen a nada. Toco un pétalo, está frío, la textura de un guante de seda olvidado en un palco de ópera, aunque no parece que sean de plástico. Termino de pensar eso y escucho: es la segunda vez que me parece oír, en algún lado, un sonido como de cascada, no logro identificar de dónde puede venir. A un costado de la escalera, me distrae un cuadro con ampulosos marcos, me acerco a observar: representa un dibujo del frente del hotel hecho a lápiz alzado.

Al pasar junto al botones, me hace un saludo de soldadito de plomo con su casquete azul, del que asoman unas orejas puntudas como de gnomo, empujadas hacia delante por el elástico que ajusta el gorro. Quizá sea esa misma tirantez la que le provoca una mirada saltona: abultados ojos blancos, muy separados entre sí, debajo de una frente angosta, transmiten una curiosidad sin descanso. ¿Curiosidad o susto? Pienso cómo será estar cada día vestido de aquella manera, con ese elástico cuarteando la piel debajo del mentón, aquella casaca de charreteras y doble hilera de botones dorados, estilo Wes Anderson, con este horroroso calor afuera...

—Perdón, *monsieur*, me parece entender un sonido como de *cascade*, pero no logro identificar si es algún tipo de fuente aquí dentro. Una *cascadá* quise decir.

Su cara de duende es arrebatada por el pudor:

—¿Una fuente? ¿Una...? —Se inclina con el hombro hacia mí como para que lo repita, por ahí el gorrete ese le impide escuchar bien.

—*Be oui*, no lo sé, alguna fuente con *cascadá*, en el interior... — Señalo.

Aprieta los labios y niega como si no comprendiera o como si le hubiera pedido que me recitara de memoria la biografía de Luis Pasteur.

—¿Es que este hotel es *nuevó*? —Soy pesada. Sos *muy* pesada. Pestañea varias veces con visible nerviosismo.

—La verdad, no sabría decirle —responde al final—, hace muy poco estoy aquí, soy de Lima. Puede preguntar en la recepción si desea. Mire, vaya por ese pasillo hacia la izquierda, siga de frente, pase una, dos, tres puertas grandes verdes cerradas, y después de la tercera gira a la derecha; ahí mismito va a ver el *counter*, ¿ya?

—*Graciás, merci*, preguntaré. —Cosa que enseguida postergo para otro momento: esta conversación inconducente me quitó las ganas.

Además, nunca estuve alojada en un hotel donde hiciera falta un plano para encontrar la recepción; me costó cuando llegué, acá adentro todo el mundo tiene una especie de manía escheriana. *Albert se dio cuenta entonces de que la anormal disposición del edificio que sugería a la imaginación la vista de la fachada no quedaba desmentida por la configuración del interior.* Un contingente de japoneses está llegando al hotel, se amontonan afuera, hacen embudo, quedan atascados al pasar por las puertas. En su despliegue, entre preguntas y fotos, dejan al botones dando vueltas como un trompo que es arrasado por la turba.

¿Se enraíza una persona en otro país?
¿O solo juega, simula, y sus raíces aprenden a fluir
sobre la ilusión de una geografía imaginaria?
Como si patinaran, las raíces, como si resbalaran
sin posibilidad de enterrarse,
en un eterno despilfarro prometeico.
Podría ser: un extranjero es alguien que existe
en un espejismo del universo.
Yo soy el espacio donde estoy, dijo un poeta.

Arrinconado justo en el extremo opuesto, al margen de la circulación principal, el bar-restaurant parece una admisión a otro cosmos. Acodados sobre el mostrador solo hay dos hombres conversando y bebiendo algo; el barman joven se desplaza mecánicamente de un lado al otro de la barra como un muñequito de metegol muy atareado. Alrededor, unas mesas para tomar café o comer del menú a la carta. Medio escalón después, adentrándose en la penumbra, se desciende a una atmósfera adormecida, como de inconsciente: sector acolchonado por alfombras, sofás y paredes oscuros, escenario óptimo para un teatro negro de Praga. Un piano muy Satie, serpenteando el aire, me convence de haber elegido el sitio correcto para pasar un rato solitario, pero no tan ermitaño como en el cuarto.

Sin embargo, es suficiente dar unos pasos sobre la moqueta para advertir ahí, hincado en la oscuridad como el peñón de Calpe, al hombre aquel con el sombrero. Tiene el cuello torcido, la vista clavada en el suelo, como si se hubiera dormido en el sofá, la cabeza le cuelga debajo del sombrero, y el rostro, inflamado por la gravedad, adoptó una forma romboidal de frutilla. Carga el peso del cuerpo sobre los hombros y las manos cruzadas, también flojas, caen entre las dos piernas abiertas en el borde del sillón. Lleva demasiada ropa, observo, para semejantes temperaturas, aunque el frío, en ciertas zonas del hotel, por momentos es una crueldad. Yo ni siquiera saqué los shorts o los vestidos de la valija, me la paso en

jeans y camiseta, y llevo a todos lados un buzo o abrigo de refuerzo.

Retrocedo en puntas de pie. Saludo al barman con un gesto que me devuelve, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para no despertar al viejo o como si tácitamente se entendiera que en ese espacio corresponde un silencio sacramental. Cuando estoy por sentarme en una de las butacas altas de la barra para pedir el vino, una voz maciza a mis espaldas bascula un «*mademoiselle*, señorita». Al principio no atino a entender que se refiere a mí, el joven me lo hace notar, giro y veo al guapo del 900 con mi sweater azul en la mano, me lo extiende.

—Se le cayó esto, señorita —dice con su voz de acordeón—. *Ou mademoiselle, parlez-vous espagnol?*

—Gracias.

Al acercarme para recibir la prenda, quedo expuesta bajo un foco de luz que me da en plena cara y me delata:

—Ah, es usted, la de ayer... Ah, no, la de hoy, la de los anteojos —dice con la voz pastosa de haber dormido—. Ahora lleva eso en el pelo. —Hace un gesto cómico con la mano por encima de su cabeza, se refiere al pañuelo.

—Muy observador.

Va a decir algo más cuando se atora, empieza a toser, se pone peor, la cara se le vuelve rojo explosivo, en las sienes brotan mil canales venosos, toda su osamenta se sacude con la tos de gangrena. Me tomo el atrevimiento de palmearle la espalda para ver si ayuda, pero nada; voy a la barra como para pedir agua o socorro en el instante en que el barman, con su precisión robótica, me extiende una botella destapada. Se la acerco con delicadeza al hombre, cuya tos es como el estallido de olas salvajes contra una escollera, todo él tiembla y se subleva, se arranca de un manotazo el sombrero, lo arroja cual frisbi sobre la mesa de vidrio. Toma agua

con tal impulso que se le empapa el bigote y se chorrea por ambos lados de la boca, tose mientras toma, sigue tosiendo, pero después de un trago largo empieza a apaciguarse, se recupera, respira, respira, y yo empiezo a serenarme, exhalo.

—Perdón, disculpame —dice repetidas veces, todavía con algunos leves espasmos, mientras tantea el bolsillo, toma el pañuelo y se seca la boca, la nariz, el bigote ese medio triangular, la frente—. No entiendo qué me pasó, me atraganté.

—No se haga problema, ¿está bien?

Asiente, aunque todavía jadea, se lo ve agitado, sale de sus entrañas un soplo raro, me acucillo junto a él.

—¿Está bien, seguro?

Asevera varias veces, luego me señala el sillón de enfrente: otro rebote de cabeza que significa, que ordena, siéntese por favor, quédese.

—Te invito una cerveza, una copa, lo que quieras.

—Le agradezco, tengo que volver al cuarto, tengo que...

—Una sola.

—Es que...

—Por favor.

Obedezco, no entiendo por qué, al margen de que bajé deseando esa copa de vino y me resisto a irme sin ella. Además hay otra razón dando vueltas por ahí que no consigo explicar, este señor me produce intriga, a la vez que me inspira cercanía y confianza. Como me ve dudar, le hace señas al mozo: pide para él un whisky doble con hielo; ¿vos, querida?, pregunta, para mí una copa de vino blanco fría, digo por fin. Toma otro sorbo de agua, tiene esos movimientos inestables, bruscos, debido a un torpor que se acentúa con la edad; vuelve a volcarse un poco en los pantalones, por más que ahora respira normal y está reposado.

Con su whisky en la mano, comenta:

—¿Y nadie de Uruguay querrá venir a verte estos días? ¿Tus padres viven? ¿Tenés hermanos?

—No tengo hermanos —apenas lo digo siento una culpa horrible, como si los hubiera matado—. Mis padres viven, sí, los dos. No pueden venir hasta acá en plena semana, los pasajes son caros y ellos trabajan. —Una segunda voz en mi cabeza reflexiona si la facilidad para mentir me viene por ser actriz o la tendría de todas maneras si fuera, por ejemplo, horticultora o fisioterapeuta. Vos comediante—. Sobre todo que quizás nos vamos mañana o pasado, quién sabe. ¿Y para eso hacerlos venir?

—Entiendo, desde luego. Una pena, era otra oportunidad para verse un poco más. Deben extrañarte, yo a mis hermanos los extraño, nos vemos una o dos veces al año. Pese a la distancia, hemos sido muy cercanos.

—Qué suerte, yo los veo bastante menos. Y ellos, sus hermanos, vendrán a visitarlo al hotel, supongo, o irá a las casas.

—Ya vinieron. Luis después de almuerzo, trajo a su nieta, vieras qué encanto esa criatura, tiene cinco años, se llama Nina. Y Mónica pasó un ratito antes de la cena. Tomamos un café, charlamos, dimos una vuelta, pero hacía un calor infernal y volvimos a entrar. Las temperaturas en esta época del año obligan a hibernar. Paradójico, ¿no? El mundo avanza en su sigiloso proceso de invertirse por completo y nadie quiere aceptarlo: muy pronto, el norte será el sur, el sur se posicionará en el norte, las estaciones adoptarán las temperaturas opuestas, la luna desplazará al sol y dormiremos de día mientras que pasaremos las noches trabajando en computadoras, sumidos en pura luz artificial. ¿A que sí? En menos de lo que canta un gallo.

—Espero que no le importe la pregunta, ¿qué edad tiene?

—Ah, está bien, te soné arcaico. Empecé con el discurso incorrecto. Tenés razón. Setenta y tres... Puede que luzca mayor porque estoy enfermo —Mira hacia un lado compungido, enseguida baja la cabeza como si alguien se la apretara desde la nuca, vuelve a observarme desde sus iris anémicos—: Te lo aclaro por si me ves o me sentís más viejo de lo que soy, no es adrede, es involuntario. —Sonríe desanimado—. Pongámoslo así: soy involuntariamente anciano.

—En absoluto, casi la edad de mi padre, él tiene setenta y uno.

—Seguro se ve mucho mejor. ¿Cómo se llama tu padre?

—Carlos —escupo como si lo hubiera preparado. En paralelo, elaboro un registro contiguo: soy de Pocitos, no tengo hermanos, mi madre vive, mi padre es Carlos. ¿Nombre de madre? Carmen, así es fácil recordar Car-Car.

—Qué locura, pensar que podría ser tu padre. El problema es que no lo consigo, no me convengo de haber llegado a esta edad, es demasiado.

—Entiendo, igualmente lo veo..., digo, no me parece tan...

—Ay, eso me halaga, no te das una idea cuánto. Sin embargo, me siento un poco, ¿cómo decirlo?, abatido, falto de energías. Quizás porque hice algo que no me gusta. He fallado, a mi gente le he fallado.

Empieza a toser otra vez y temo que se repita la escena desesperante de hace un momento. Apoyo la copa sobre la mesa de vidrio con cuidado y estoy a punto de acercarme para palmearlo cuando me frena con la mano, no te preocupes, ya está, ya está. Vuelvo a mi lugar, indecisa. Me pregunta qué edad tengo:

—Cumpló treinta y cinco en abril.

—Dios mío, tesoro de juventud.

—¿Qué quiere decir que les ha fallado?

—Mirá..., ¿tu nombre?

—Lucía. —Natural, de sopetón. Carlos, Carmen, Lucía. Pocitos.

—Bonito, como mi madre, no voy a olvidarlo, se llamaba así por la Virgen de los Ojos. Y vos que los tenés tapados, no sé de qué color serán.

Doy un sorbo al vino para omitir la respuesta, la copa se está acabando y no puedo pensar sino en pedir otra, lo retraso por vergüenza; el hombre podría creer que soy alcohólica o que me aprovecho de su invitación inicial.

—Les he fallado, sí, y mucho. Si vieras cuánto lo siento, aunque ahora es muy tarde y no me veo capaz de remediarlo... No sé por qué te cuento esto.

—¿En qué sentido les ha fallado?

—No, no, dejá, en serio, olvidate lo que acabo de decir, ¿cómo voy a importunarte con mis dramas sin conocerte? Fue una imprudencia, me diste confianza, hay algo... Una tontería de mi parte, de verdad. No pasa nada grave.

—Por favor, me gustaría oírlo —le ruego, es claro que le pesa. En situaciones así aprovecho la plasticidad de mis gestos y una desfachatez inherente desde la infancia—. Parezco joven pero soy sensible.

El rapto de risa es tan abrupto que le arranca la tos otra vez, risa y toses se entreveran unos segundos. Aguardo dando sorbitos espaciados a la copa para dilatar el final del vino: causa tanta desilusión ese orificio expuesto de vidrio... Una rutilante copa llena se parece a la esperanza. Cuando consigue calmarse, responde todavía sonriente, pensativo:

—Dejalo, en serio.

—Como quiera.

Me rindo con el último sorbo, él parece reflexionar.

—A ver..., ¿cómo te lo cuento? —Baja gravemente el tono y se despegas del respaldo, adelanta los hombros—: Viajé por las fiestas como hago cada año, solo que en esta ocasión traía una noticia para darles. Una noticia dura, difícil: tengo cáncer.

Se reclina contra el asiento, con expresión afligida, es evidente que reprime las lágrimas o espera destrabar la garganta.

—Uf, lo lamento, lo lamento mucho, no se imagina cuánto... — Dudo si preguntar, pero también me parece de mal gusto no interesarme—: ¿Cáncer de?

—Próstata. Sí, sí, una macana. —Mueve la cabeza con expresión de enojo, algo que debe hacer mucho en la intimidad, cuando habla solo—. Es común en los hombres mayores, sabrás, y a menudo es fácil de tratar, el mío lo están estudiando. Lo positivo, me han dicho, lo muy positivo es que lo detectamos pronto, fue un descubrimiento precoz, el tumor es pequeño y local, no hay metástasis. Por el momento parece controlado: me dijeron que no necesito operación inmediata ni rayos, solo controles periódicos. Vigilancia activa, creo que lo llamaron. La cuestión es que viajé en parte con el objetivo de contarle a la familia, a los amigos, a mi exmujer. Pasé con ellos quince días maravillosos, de alegría, compañía, comidas, paseos. Y no pude. Me lo propuse cada mañana y fui incapaz. Qué cosa, che. Salía del cuarto con toda la intención, me presentaba a una cena con la idea definida y después... me dejaba embarullar por otras conversaciones, iba posponiendo como quien no quiere la cosa... Completamente incapaz. Un desastre. —Se inclina de nuevo, con los codos en las rodillas. Las ojeras se ven más profundas, o será el modo en que le da el reflejo de la tulipa aturquesada.

Me contengo a tiempo de decirle que mi mamá murió de cáncer, casi se me escapa; en mi declaración inicial de hacía media hora todavía tenía madre en Montevideo. Y aunque no hubiera mentido,

habría significado introducir en el diálogo un desenlace que nadie querría escuchar.

—¿Entonces no les dijo de la enfermedad?

—Ni una palabra. Me vuelvo como he venido: culpable.

—¿Por qué? No entiendo, si ellos...

—Ellos habrían sido comprensivos, amorosos, adorables, y sin embargo, me faltó coraje. Date cuenta qué cosa. A cada rato lo pensaba, rumiaba el parlamento que tenía preparado, hasta los gestos que había ensayado con la intención de no ser ni sonar dramático. Había incluso imaginado un montón de veces cómo lo haría y cómo reaccionaría cada uno, sus caras, la amargura de sus voces, las lágrimas, los abrazos, las promesas de hablar ellos mismos con los médicos, el alivio de poder compartirlo, unidos en la desgracia como siempre ha sido. Todo, lo pensé todo microscópicamente y no me salió ni una palabra. Ni una, verás qué curioso.

—Está a tiempo. Lo del avión calza perfecto.

—¿Ahora? ¿Decirles que vine para eso y que, de milagro, porque el vuelo se canceló, ahora me animo a contarles? Sería espantoso, patético. —Hace gestos de rechazo.

Dos por tres se empuja con el índice la montura de las lentes sobre la nariz.

—Peor sería tener que explicarles por teléfono más adelante, desde lejos, donde no habrá abrazos de ningún tipo. Detestaría que me hicieran eso.

—No puedo, he fallado, ya no puedo —insiste con esa obstinación cerrada que he visto tanto en los viejos. Una determinación fiera, sin margen.

—¿Y qué va a hacer? —Me adelanto porque, cuanto más compungido se pone, más difícil se me hace entender lo que habla.

—Esperaré a ver el avance de los tratamientos médicos. Quizás confío en superar este trance y si no, bueno, si no es así, volveré para decirles que es el final.

—¿Hará todo eso solo?

—Estoy muy habituado a la soledad, querida. Agradezco tu interés y que me hayas escuchado. Me voy a ir a descansar porque mirá, me entró un cansancio terrible.

Con cierto esfuerzo logra ponerse de pie, el sillón de cuero negro se arruga bajo su peso. Va hasta la barra, lo sigo, le ruego que no se preocupe, que yo invito, pero me fulmina con la mirada:

—¿A un caballero? Me ofende.

Para pagar con efectivo, saca un manojo de billetes doblados del bolsillo del pantalón y los extiende sobre la barra ante el mozo, se lo nota confundido de cuánto valen esos papeles; busca un poco más y saca unas monedas de diversos tamaños que suma al paquete por si acaso lo anterior no fuera suficiente aunque, a simple vista, consigo ver que es excesivo. Algunas son monedas de euro; otras son argentinas, viejas, sin valor. Lo ayudo a separar lo que corresponde y le devuelvo el resto.

—Estas no sirven, podemos tirarlas —le digo como a un chico y las dejo caer en un cenicero.

—No sé —justifica como con pudor—, estoy mareado con la plata de acá.

Se va andando despacio. Cuando su figura deja de recortarse contra la luz del pasillo, me paso a la banqueta alta de la barra y me pido otra copa de vino blanco, simulo mirar el celular para que el barman no converse. Me quedó zumbando una mancha gris de palabras que huelen a talco y a naftalina, necesito repasarlas. Una gran escena acaba de representarse, sin querer, en un rincón del hotel, entre un viejo señor con sombrero y una joven actriz con

anteojos de sol, mientras la noche afuera caía escaldada.
Baja el telón.

Extranjero: leve fragilidad sin sombra.

DÍA DOS

Me había levantado temprano y tardaba en prepararme para existir, confesó Bernardo Soares y a mí la frase se me hace surco, hoy, entre los pliegues de las sábanas.

No descansé bien, dos por tres abría los ojos aturdida, sin saber dónde cuernos estaba, hasta que la figura totémica del reloj plantado ahí, asomando en el hueco que deja libre el cortinado, lo traía todo de vuelta. Desde la madrugada llueve, razón de más para demorarse en la cama. La confesión del hombre, anoche, me avivó un recuerdo: sacudió una vieja manta guardada en el altillo de mi conciencia y una polilla grande, seca, que parecía haber estado atrapada mucho tiempo, voló con dificultad, como si le crujieran las alas por tantos años de quietud. ¿Por qué se conservan ciertas escenas que parecieron poco importantes? ¿Por qué arraigan, como las ortigas, esas que uno hubiera preferido desterrar y en cambio desaparecen aquellas que había creído salvar definitivamente? ¿Cómo se juega esa aleatoriedad de los recuerdos sin el propio consentimiento, a costa de uno? ¿Quién, en esta cabeza, decide qué se queda y qué se borra? Más todavía, ¿cómo ocurre que regresan de manera imprevista, de la nada, de repente? ¿Qué espectro es el que atrae las cosas, las etiqueta, las almacena, las renombra?

¿Dónde viven los hechos pasados mientras no se presentan en la evocación, dónde se alojan?

¿Cuál es el déspota que gobierna la memoria?

Vuelve, sí, lo que preferirías que no. Ese día en que estoy en un banco de la plaza, sola, tomando una gaseosa, cuando veo pasar a Leila por la cuadra de enfrente y evito saludarla porque acabamos de discutir. Ahora, desde este presente, aquello es un fotograma que desearía tocar, ampliar con los dedos pero está estático, no se abre, ella sigue caminando sin verme, el pelo lacio acompaña el ritmo del semigalope, ya es más grande aunque aún es joven, tiene un paso ágil: el caso con ella es que siempre lo tendrá, nunca será tan mayor como para aminorar la marcha o andar con los pasitos inseguros, cortos, que he visto en los ancianos, ni dudar de sus movimientos para sentarse a la mesa como el viejo del salón. Leila no se disminuirá, ¿es eso una forma de ventaja?

Camina por aquella vereda de mi infancia en bucle como dentro de un juguete óptico, capturada en la pantalla de un televisor en miniatura. Un copo de sol le restalla en lo alto de la cabeza, que mantiene firme, indiferente al entorno porque va plegada como un paraguas de bolso en su mundo individual; la nariz larga asoma de perfil y alcanza a verse desde donde estoy. Es elegante, un galgo, sus amigas de escuela la apodaron «la Galga» y le quedó para la posteridad porque ningún símil la define mejor con sus patas largas y el lomo enarcado resaltando las costillas.

Yo había salido de casa en un arrebató por una tontería que había terminado con las dos a los gritos. Aunque no era una nena, todavía tenía actitudes inmaduras, rondaría los veintitrés. Como dice César Aira: siempre me consideré inadecuada para la vida adulta. Cerré la puerta del departamento con un portazo que hizo tambalear entero el castillito de arena donde vivíamos. Leila abrió la puerta

furiosa y dijo algo como: Así no, Charo, así no, vení y terminemos de hablar. Pero fui, soy, demasiado enojona, inflexible a veces, muy orgullosa, peor que ella. Sin darme vuelta para mirarla, le respondí con un segundo portazo, la puerta de vidrio y metal que daba a la calle se cerró tan fuerte que una vez en la vereda giré para comprobar si se había quebrado. No vi, imaginé la expresión que, al otro lado de las dos puertas, pasillo mediante, tuvo que haberse formado en la cara de mamá, en sus ojos de nenúfar. Caminé dos cuadras, me compré una Coca, me despatarré en un banco de la plaza, es posible que haya llamado a Vicky por teléfono para contarle, tenía esa costumbre, aún la tengo en cada momento de ansiedad. No recuerdo, me gusta pensar que sí. Vicky es mi paño frío, mi compresa racional.

Era otoño y el sol estaba tan sereno que me fue relajando, eso y los consejos de mi amiga —su voz conciliadora, sensata— actuaron a favor de ablandarme si bien no lo suficiente. En la plaza pasarían las cosas que pasaban cada tarde cuando los chicos salían del que había sido mi colegio. Por detrás, entre las hamacas y los toboganes se oirían las voces infantiles, algunos jugarían a la pelota en el cemento, otros se hamacarían o saltarían al elástico; las cotorras chillarían desde los árboles gruesos, añejos, de raíces portentosas, patearían nísperos que caerían rozando nuestras cabezas. Un puñado de chicos, incluso, estaría subido entre sus ramas y, por sus camisetas blancas, parecerían esas flores espumosas que llamamos panaderos (quién sabe por qué). Las madres conversarían entre sí, en círculo y de pie, con las mochilas escolares entre los pies, sin perder de vista a sus hijos desperdigados por la plaza.

Ese día, así entre enojada y arrepentida, nostálgica, tuve que haber recordado todas las veces que Leila había tolerado estoica esas tardes a la salida de la escuela años antes; solo por mí, en

aquella época, concedía quedarse, socializar, con lo poco que le gustaba. El recuerdo adentro del recuerdo. Ella me habría llevado directo a casa de no haber sido porque después de tantas horas metida en clase, compensaba que saliera a jugar, correr, compartir una merienda, usar el monopatín de alguien, terminar con las medias canacán rasgadas y moretones en las rodillas, tocar a cuanto perro ajeno pasaba, volver por fin a casa despeinada, desgredada y transpirada, contenta. Alguna vez con excusas lograba evaporarse y dejarme a cargo de otras madres, a pesar de que a menudo la veía aguantar los nudos maternos —la foto que vuelve es ella abrazando su propia flacura por frío o por contener la impaciencia, la mirada sumida en el círculo de la conversación aunque absorta en cualquier parte—, donde se hablaba de maestras despóticas, pruebas mal hilvanadas en ristra caótica, encuentros deportivos, compañeros que noviaban demasiado pronto, padres y madres que acababan de separarse. Cuando la miraba me sonreía y si me acercaba corriendo para pedirle más galletas o agua, me repasaba el pelo con sus dedos, me besaba todo lo que la dejaba, su tensión se desarmaba en el contacto de las dos.

Esa caricia, ahora, se recibe como una doble desgarradura: la del pasado en llaga y la del presente agujero. Ante la imagen, el corazón, como atrapado en una bolsa de nailon, respira corto, con suplicio, la bolsa se infla y se desinfla en sus paredes de viento.

Aquella tarde de la bronca, la vi pasar por la cuadra opuesta, circumspecta, probablemente afligida por la discusión; no estábamos acostumbradas y no nos gustaba pelearnos. Todavía estaba hablando con Vicky y le dije que justo en ese momento pasaba por enfrente Leila; quizás me instó a que cruzara y fuera con ella, me señaló lo maravilloso que era tener una madre así, sin decirlo dejaba en un bache tácito la diferencia abismal con la suya. Debí estar muy

ofendida porque mi cuerpo amagó a levantarse y me quedé sentada, me limité a observar a mamá como a una desconocida hasta que dio vuelta a la esquina y desapareció. Las cotorras vinieron a picar algo a mis pies, chillaron al borde de ensordecirme, entonces sí salté del banco y corrí detrás de ella, ya no la encontré y quise llorar de impotencia. Tarde. Hubiera dado cualquier cosa por ser más chica, acercarme a la ronda de madres, apoyar mi cabeza contra los huesos salientes de su cadera, tan Jane Birkin, sentir sus manos al ordenar mi pelo, tan Leila.

Tal vez volvió este triste recuerdo porque me resulta imposible disociarlo de lo que pasó días después, lo peor. No estuve pero, cuando me lo contaron, reconstruí mi propia escena y esa es la que se implantó en mi memoria. Una sala de espera verde pastel y al otro lado se abrirá una de las muchas puertas con ventanas circulares, ojo de buey, para dar paso a un angosto, metálico, frío, canal iluminado en el que ella —con cofia y una bata azul— ingresará en posición horizontal como en un puente bajo nivel, como una momia en una gruta alargada, una cama solar, un tubo de firme luz blanca violácea, iridiscente, «molesta, aunque son unos minutos y luego a casa», dirá la enfermera. Pasado el rato, unas placas cuadradas de acetato serán introducidas en un sobre grande de cartón que circulará de mano en mano, de laboratorio a oficina y de ahí al consultorio; se colocarán sobre un escritorio para enseguida, tras un apresurado llamado telefónico, exhibirse contra una caja iluminada: sobre un tétrico fondo homogéneo, destaca un globo blanco con manchas, territorios más grises, algunos tejidos más densos, «¿Lo ven? Aquí», señala el médico en su immaculado delantal, de cuyo bolsillo en el pecho asoma el clip metálico de la lapicera que usa para prescribir o dibujar con la intención de hacer más didácticas sus explicaciones científicas. En este caso se habrá

esmerado porque los conoce de toda la vida: Ignacio es el hijo de un gran amigo de Fernando. Incómodo, el doctor se concentrará en los dibujos con flechas que despliega sobre el papel para tener que fijar menos los ojos en los gestos de derrota de la paciente y su esposo, hablará y hablará con tecnicismo para no escuchar su propia voz y para impedir que le formulen demasiadas preguntas, aunque ellos también miran sin mirar y oyen sin escuchar —quedó surrealísticamente claro— la interpretación sobre las imágenes radiales y los dibujos inconexos del médico, cuya colonia delicada contrasta con el fuerte olor a alcohol que impregna su oficina y los pasillos del hospital. Las placas son desprendidas de la caja de luz, salen del despacho en el sobre de papel, ahora entre unas manos que tiemblan y callan y lloran y se aprietan unas con otras, las de él y ella, con una desesperación infinita en sus espaldas. Y de ahí a la recepción, para pedir los turnos de la quimio a nombre de Leila Ross, quimio que comenzará solo algunas semanas posteriores a esa tonta pelea y al banco de la plaza donde elegiste desconocerla. ¿Y cómo alguien puede prever? ¿Cómo alguien puede vivir con la condición de que habrá un semejante después?

Eso, es eso lo que hará que quede preso en tu recuerdo como una vereda acristalada, intáctil, con Leila moviéndose para siempre por dentro, en un microtelevisor de juguete, una celda de la imaginación. Leila quizás, ese mismo día de la pelea, ya está afectada por lo que intuye que vendrá, quizás recibió suficientes señales físicas de que algo va mal y por eso actúa nerviosa, por eso discute con vos, que sos tonta y no te das cuenta. Me enteré con retraso: sí, hubo síntomas previos, dolores de cabeza constantes, mareos, pérdidas y olvidos recurrentes, algunas caídas. ¿Por qué, por qué no me lo dijeron?, grité enajenada, pensando que me habría ahorrado, por ejemplo, esa estúpida escena de la discusión. Habría

aprovechado cada milésima de segundo para quererla hasta vaciarla, aspirarle incluso los quistes malignos, hasta quedarme con cada miligramo de su ser. Y que la que me muriera fuera yo, mamá no, mamá no. ¡Mamá, por favor, no! Me repliego, me repliego, me repliego en un punto ínfimo de rodillas contra la frente, hasta que pase la angustia y deje de ensordecirme. Sí, a vos, la de la sensibilidad luminosa.

El recuerdo dentro del recuerdo,
una melodía que se desborda.
Tu voz, sordina dodecafónica,
no consigue acertar ningún tipo de regreso.
¿Adónde se vuelve, en qué lugar se descansa,
cuando se es huérfano?

«Porque es necesario que toda persona tenga un sitio adonde ir.»
DOSTOIEVSKI, *Crimen y castigo*.

Escampó un rato pero llueve de nuevo como si el continente hubiera rotado ciento ochenta grados y los océanos del norte se estuvieran desfondando sobre nosotros aquí en el sur, como anticipó el señor del sombrero que algún día ocurrirá. Encima, el reporte climático no es alentador: se pronostican al menos cinco días de lluvias intensas. En cierta forma lo prefiero, baja el calor y me da menos culpa el encierro, es propicio para trabajos internos como escribir o permanecer oculta. Sin embargo preocupa porque, en los últimos tiempos, las lluvias así han generado consecuencias nefastas en distintas partes del mundo.

Elijo otra vez el descenso a pie para dar un paseo, estirar las piernas. Me obsesiona la estética de este hotel, quisiera aprenderla de memoria hasta alojarla mimética e infinita dentro del cuerpo. Un metacuerpo. Un cuerpo extraño. Sueño que se desgaja. Trasladar conmigo el *déjà-vu*, poder recrearlo las veces que se me antoje, circularmente, como quien lleva el rollo de los sueños a revelar. A cada paso parece, como en Marienbad, que *todo estaba desierto en este hotel inmenso, todo estaba vacío, salones vacíos, corredores, salones, puertas, puertas, salones, sillas vacías, sillones profundos, escaleras, peldaños, peldaños uno detrás del otro, objetos de cristal, vasos vacíos, un vaso que cae, tabiques de cristal, cartas, una carta perdida, llaves colgando en sus llaveros, llaves numeradas de puertas: 309, 307, 305, 303... lámparas, lámparas, perlas, espejos, pasillos vacíos hasta donde alcanza la vista, y los jardines, como*

todo lo demás, estaban desiertos.

Hoy el botones tiene más cara de murciélago que nunca, con las orejas eyectadas hacia afuera parece sintonizar frecuencias que el resto de los mortales no alcanzamos a percibir en este recinto de ópalo. Me observa con un suspenso petrificado. Ahora entiendo: no es solo un botones, es el tramoyista de la puesta en escena, el radar del hotel y el único capaz de orientarse en este laberinto escheriano. Quizás ha descubierto que soy la única persona viva en el escenario, como le pasa al intruso en la isla de Morel.

Al principio el comedor se ve poco concurrido a la hora del almuerzo, taciturno, si bien no pasan diez minutos cuando irrumpe un hombre de cuyos flancos cuelgan una nena y un nene rubísimos, causando bastante bullicio. Los chicos entran saltando, luego corren entre las mesas; es evidente que ya están familiarizados porque van derecho al sector de los dulces y, en puntas de pie, se ponen a examinar las pequeñas copas, justo al lado de donde me instalé para un pacífico almuerzo. Sin dudarlo siquiera, el nene entierra un dedo en el *mousse* de chocolate, penetrando con su uñita sucia el copo de crema chantilly para luego chupárselo; el mozo, cordial, intenta producir una sonrisa de maniquí y con distinción retira, entre sus manos enguantadas, tiesas, el vasito infectado. Pronto llega la madre, una tromba joven de bronceado dañino y cabello sujeto en una cola alta; toma al hijo por la muñeca, lo zamarrea casi en el aire mientras le exige en voz demasiado estridente que pida disculpas al señor; resulta obvio que actúa para los demás adultos espectadores. Es necesaria la condena pública para que la mala educación del hijo no recaiga sobre ella. Luego le señala al hombre que por favor le deje ese postre «toqueteado», ya se lo comerán después del almuerzo, dice subiendo el tono mientras sacude al chico que, como un Prometeo trepador, busca apoderarse del dulce que ella sostiene

en la mano opuesta.

La nena, entretanto, tiene la mitad del vestido celeste dentro de una de las heladeras con bebidas: quiere alcanzar una lata de Fanta, para lo cual estira el torso y menea las colas de pelo. Furiosa, la madre —en adelante, la bautizo: Medea—, deposita bruscamente al nene en mi mesa, atrae a la nena hacia sí, cierra de un golpe la heladera con el codo al tiempo que la reta, y se sienta también con la hija en mi mesa (repito, mi mesa; miro hacia los lados y reconsidero si todavía tengo margen para mudarme a otra, pero es tarde, sería demasiado evidente, quedaría mal). Le pregunta al chico qué va a querer comer, no escucha la respuesta porque tiene la vista clavada, asesina, exterminadora, en el marido que, de espaldas, ajeno a nuestro vórtice del universo, contempla con lasitud cómo le sirven un plato humeante.

—Amor, amor, ¿me oís?, ¿podés venir, hacer algo?, ¿no ves lo que está pasando? —dispara apenas el esposo empieza a aproximarse en cámara lenta. Y por lo bajo—: ¿En serio se puede ser tan... tan bobo?

Ninguno parece haberme registrado en la otra orilla del mismo mar.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta él (si ella es Medea, a él por supuesto le corresponde el papel de Jasón) mientras se coloca la servilleta sobre la falda con parsimonia, sin mirar a la esposa, el rictus amargado, y levanta los cubiertos, dispuesto a comer. En el centro de la cabeza se advierte una gruesa aureola de calvicie temprana para la edad que aparenta.

—¿De verdad no ves? —pregunta la mujer con la cara retorcida como un nudo marino, conteniéndose para no gritar, o no llorar: señala con el mentón a un costado y al otro, donde el nene come postre y la nena, pan.

—Pensaba darles de acá —responde el marido y señala la comida de su plato con el cuchillo, con una serenidad que, deduzco, no es natural, sino el resultado de un potentísimo control mental.

—¿Pensabas darle de ahí qué? ¿Tengo que recordarte, en serio, que Federico come sin gluten?, andá a saber si ese puré no es de caja, ¿preguntaste? Y Ana no prueba la carne roja, ¿ibas a darles qué, me explicás?, ¿salsa de tomates sola, con pan, con qué?

—Cierto, cierto, ya voy —contesta Jasón con voz exhausta, harto de la improductiva búsqueda de un vellocino de oro inexistente. Deja los cubiertos sin hacer ruido, se quita la servilleta de la falda y la apoya sobre la mesa. Se levanta.

—Qué tupé, encima se molesta. —En ese punto, Medea es consciente de estar diciéndolo para mí: finalmente me detecta. La otredad entra en su radar y en adelante soy su público—. Mientras tanto, que yo coma le da igual.

Le limpia de un zarpazo la boca llena de chocolate al nene, con la servilleta de tela ahora manchada. El chico retira la cara, se desencaja de la silla y corre hasta el padre que otra vez hace la fila de la comida. Desde esa altura mira hacia nuestra mesa, espía a la madre con los ojos torvos debajo del corte taza, le saca la lengua a la hermana, que llora porque la madre le quita el pan y, de repente, corre también hacia los hombres, ignorando a la mujer que la llama.

Tímidamente se acerca la empleada jovencita que vi antes en el pasillo, «la joven de la perla», Daniela, veo que dice la etiqueta sobre el bolsillo de su uniforme. Trae una mamadera llena de leche envuelta en una servilleta. Cuando ve a la señora en esa actitud de desmoronamiento, titubea si hablarle, si molestarla; me mira como consultándome si es oportuno, aunque enseguida desvía la vista con timidez. Quizás porque intuye una presencia detrás de sus hombros, la madre gira y se encuentra con las manos que le tienden

inseguras, como si se disculparan, la mamadera.

Sin siquiera mirar a la chica, la mujer le ordena:

—Traéme por favor el carrito, lo dejé estacionado ahí. Aquel, eso.

Mientras Daniela va y vuelve con un carro de bebé que yo no había registrado en absoluto —reflexiono: aumenta el número de víctimas del estrés en ese hogar—, la madre prueba unas gotas de leche en la muñeca y reacciona poniéndose de pie con un grito como de tigresa mordida por un zorro.

Lo que sigue es una escena todavía más descerrajada, en la que esta señora acusa a la chica de haber descuidado la temperatura de la leche, de haber podido quemarle la boca y la garganta a su hija de ocho meses; la joven empleada se repliega sobre sí misma como una oruga aterrorizada porque, además, hace aparición un sujeto de traje gris con corbata y zapatos encerados que se presenta como el gerente del hotel. (A mí se me despliega un menú mental con los rasgos inconfundibles del hombre fachada según Kafka.) Quiere saber qué pasa, pretende poner orden. Jasón semicalvo, que acaba de sumarse, también procura calmar las cosas y a su desbandada esposa —«Melina, Melina, por favor»—. Es el sujeto gris quien, aplicando todas las páginas del manual de management hotelero —*Tips indispensables para manejar un equipo de empleados y clientes, Lo que hará de usted un jefe distinguido, Impón tu suerte*—, conduce con delicadeza a la pasajera enajenada hasta un rincón donde le habla y la escucha, decente, como si procurara fascinarla con sus buenos modales.

Antes, se da vuelta y le hace un gesto con las cejas a Daniela, plantada en el mismo lugar, con una mano temblorosa sobre el carro del bebé que no para de llorar. El padre de los chicos se le acerca, le dice algunas palabras suaves, la tranquiliza y la invita con dulzura a retirarse, insistiendo en que se despreocupe, que no es su culpa; le

agradece varias veces por la leche y procede a ordenar su rebaño otra vez en la mesa. Jauría devenida rebaño porque, ante el incidente, todos quedan desvitalizados, yo incluida. Recién entonces el padre de familia me dirige una especie de saludo-disculpa con un rebote de la frente.

Al salir del salón paso junto al gerente que conversa, al otro lado de la puerta, con Daniela visiblemente afectada. Sé que no debería abrir más la boca pero mi sentido de la justicia supera mi deseo de oclusividad:

—*Excusez-moi, monsieur*, me disculpo por meterme en *sujets* que no me corresponden, *mais* le pido haga atención al hecho de que vi toda la escena allí *dentró*. Yo puedo a usted *assurer*, asegurar, que esta chica no es la responsable del *conflictó*, ha sido esa mujer nerviosa y *grossière, comment-on-dit, groserá*, la que...

—Sí, sí, desde luego, no se preocupe, lo tengo claro. Daniela es una empleada intachable, incapaz de faltar el respeto. Gracias de todas formas por su aclaración.

Voy a retomar mi camino cuando me asalta una inquietud, vuelvo hacia ellos:

—*Excusez, cet hotel ¿es que es nuevó?* Quiero decir, ¿cuándo es que lo han *construidó*?

Con el índice sobre el labio y el pulgar debajo del mentón, el señor reflexiona:

—Me encantaría poder responderle pero, fíjese, no estoy informado. Llevo aquí solo tres meses, vengo del NH de Córdoba. No sabría decirle, desconozco las fechas. Si la señorita desea, puedo intentar averiguar en los archivos, no sé cuánto resultado...

—Oh, no, no se preocupe, no es *importanté, merci bien*.

—*À vous* —responde él con la sonrisa del que acaba de sorprender a sus interlocutores.

Por perderme otra vez mientras busco el ascensor, veo un segundo cuadro, con el mismo marco y a unos metros del que había visto antes con la reproducción del hotel, uno a cada lado del umbral que da paso a la escalera. ¿Cómo es que no había visto este? ¿Lo habrán colgado hace poco? Giro a mi alrededor con la intención de consultar al muchacho cara de duende, que justo pasa llevando un cenicero de bronce rumbo al bar. Le pregunto si este cuadro estaba hace unos días o lo pusieron ahora.

—Desconozco, *madame*, yo solo observo lo que tengo permitido ver —responde desde una literalidad burocrática que no obstante me resulta simbólica e inquietante.

Como se detiene y me atraviesa con sus ojos de susto existencial, estoy segura de que me va a decir que el infierno son los otros, que hacen y deshacen la decoración del hotel como les da la gana, pero solo efectúa una imperceptible reverencia y prosigue su camino. Algún día prometo charlar con él para entender mejor esa sutil mente automática. Al ser extranjero llegado hace poco, no hay peligro de que tenga vínculo con mi familia ni con los periodistas literarios.

En este segundo cuadro está dibujado el friso de la fachada y, en primer plano, el rostro hecho en piedra que, por la altura y la oscuridad, no alcancé a identificar. Muestra la cara de alguien (hombre o mujer) relativamente maduro, con los puños cerrados contra las mejillas como si se masajeara un dolor causado por el bruxismo, la mirada fija adelante y las cejas enarcadas. Un anillo grueso en uno de los dedos y, en la cabeza, una especie de sombrero muy raro, diría una boina grande, en forma de pico, con un escudo triangular, impreso o bordado en el centro. Dentro del triángulo se advierte un ojo o un sol, un ojo-sol, rodeado de muchos rayos. Un ojo-sol triangular. Debajo del retrato, la inscripción en letra

de molde: THELEMA. Misma firma de iniciales en el ángulo de la derecha y un epígrafe al pie, Aleister Crowley: «Haz tu voluntad». Tengo una vaga idea de quién fue Crowley, me propongo investigar.

En ese preciso momento, el colectivo de japoneses pasa rumbo a la salida principal, unos encimados con otros, dando pasos cortitos, como personajes dibujados en una secuencia de kamishibai. Los lidera una mujer con un banderín en alto. Todos tienen gorra con visera y una mano ocupada por la cámara o el móvil; por un instante en el espacio suena el zumbido de un panal alterado, hasta que se van.

Una vez migrada, llevar un diario de la propia invisibilidad.

Llenar el álbum del cuerpo con frases inéditas.

Crear un metacuerpo. Un cuerpo extraño, uno funcional.

Especie de subsueño que se desgaja del resto.

Según el escenario: yo dentro de mí, dentro de mí, más dentro.

Cada circunstancia tiene su ambiente y una variación de mí.

Asfixiada, vuelvo por fin a la libertad de mi claustro. Sin embargo, del lado de acá existen los teléfonos para impedirnos el tan ansiado estado de concordia. Encuentro dos llamadas perdidas de papá, una detrás de otra. Son de hace veinte minutos. De nuevo, durante una milésima de segundo, entro en estado de pánico, vuelvo a creer que se enteró, alguien me delató. Hija embaucadora y farsante, atenderá el teléfono y dirá: Charo, ¿qué es este estrambotismo?, ¿te volviste loca? Pobre Fernando, no se merece este tipo de falsedades, me invade un sablazo de remordimiento, podría estar ahora mismo con él, tomando un café, charlando, amortiguar unos días más su soledad molecular, y en cambio estoy aportando compañía a un señor cualquiera, alguien a quien mañana dejaré de ver, que olvidaré en dos semanas, si no antes. Lo llamo para sacarme la duda y sentirme un ratito cerca, le comento que estaba con una reunión online. Dice que solo quería conversar, preguntarme cómo van las cosas, la nieve, todo eso, *allá*. Me tienta dejar salir: Papá, yo no... yo... Retengo el aire y aguanto la conversación así hasta que pasa la ansiedad. Le digo que estoy al tanto de las lluvias inesperadas en Buenos Aires, ¿qué piensa hacer estos días con el clima así? Contesta que lo de siempre, trabajar (por suerte todavía atiende pacientes y da clases en la facultad), leer, ver si el viernes —en caso de que no llueva demasiado— puede ir a buscar a los nietos al colegio. Su soledad se acentúa, pienso, los fines de semana.

Cuando corto, me desplomo sobre la cama boca arriba, las

piernas y los brazos abiertos en cruz, una mancha de humanidad. En los viajes anteriores a casa, aquella añoranza del principio pareció superada, pensé que me había costado más que a otra gente pero que el duelo por la muerte de Leila estaba hecho. Con esfuerzo, de algún modo empecé a sentirme capaz de tener presente la estela de mamá y de mi infancia como un tema de fondo en cada vuelta a Buenos Aires. Un recuerdo patinado y borroso que aguantaba el peso de los regresos a la ciudad. De repente fue una escenografía con la que parecía posible convivir sin sufrir tanto; la proximidad de lo más íntimo volvía a ser soportable. Sentí alivio. Al menos hasta esta visita en que se me desplomó encima el decorado otra vez. Otra vez, cuando no lo esperaba, ¿por qué? Igual al proceso de restauración de un cuadro antiguo: fue caminar por ciertas calles como si de nuevo mis pies rascaran la superficie y reaparecieran los colores originales debajo de la capa de polvo y de tiempo, un pentimento. ¿Por qué? Todo de nuevo me traía a Leila de una manera intolerable. Esa incomodidad volvió en este viaje, esa.

En un arranque irracional, decido que es momento de irme y contar la verdad, por lo menos a mi familia. ¿Tener que explicarles este delirio? ¿Te volviste demente? ¿Cómo se hace? Qué sé yo, me las ingeniaré, igual que tantas veces. La situación es absurda y me quema en la conciencia, no puedo sostenerla más, se acabó. Me comunico con la recepción y pido que me llamen un taxi para ir hasta Belgrano. Empiezo a recoger mis cosas, las tiro dentro de la valija o la mochila sin mucho cuidado de doblar o acomodar, ya lo haré más tarde en casa de papá, va a estar tan feliz de verme que no le va a importar la mentira. Me atosigaré un poco con su análisis freudiano y lo dejaré decantar, es un tipo práctico. Mientras voy guardando los potes de cremas, el cepillo de dientes, la pasta, se me aparece su cara de sorpresa. Suena el teléfono de línea: la

repcionista me explica que han llamado a todas las agencias de taxis con las que suelen trabajar y, lamentablemente, ninguna tiene coches disponibles.

—¿Ah, *non?* *Mais* ¿por qué es *estó?*

—Por la lluvia. Como habrá notado, llueve desde las cuatro de la madrugada casi sin parar y muchas calles de la ciudad se han inundado, los accesos están imposibles...

—Qué bien, primero los aéreos, ahora los terrestres —por la indignación, casi se me escapa la frase entera en español, pero alcanzo a pronunciar en correcto fricativo-uvular las erres de *teggestres*. Por supuesto acude galopando a mi mente Cortázar.

—Lo siento de verdad, quizás la señorita quiera comprobarlo llamando a un Uber desde su teléfono, tal vez ellos... Lo veo difícil, si le soy honesta.

—Okey, no se preocupe, *merci*.

Lo intento, sí, intento con el Uber, solo que el mensaje se queda tildado en «Espere mientras lo conectamos con un conductor», acción que nunca sucede. En la tele, los noticieros cubren las distintas zonas de la ciudad que han quedado anegadas: buenas franjas de la avenida del Libertador, Juan B. Justo y Santa Fe, Cabildo a la altura de Blanco Encalada. Aunque pudiera abandonar el hotel, ni nadando llegaría a casa de papá. Demasiados autos tienen agua hasta el techo, en las cuadras comerciales la gente trajina para rescatar la mercadería de sus locales, en muchos casos arruinada; hasta el momento hay tres personas desaparecidas y se estima que podrían ser más.

Para entretenerme, busco las fotos que me envió Marlene, tomadas desde la ventana gemela a la nuestra en París: imágenes desconcertantes, completamente blancas, de Quai de Jemmapes frente al serpenteante canal Saint Martin convertido en una cinta

gélida, estática; justo delante de la puerta del edificio, un globo de nieve amarilla luce como una isla flotante enorme, un iglú con merengue; el cruce peligroso de tres esquinas en Rue du Faubourg du Temple se ve atascado por un escándalo de icebergs; los toldos azules del restaurante La Grisette, hundidos por la mitad; árboles doblados o partidos, autos sepultados hasta las ruedas, personal de mantenimiento urbano quitando la nieve a paladas: solo se advierten los chalecos fluorescentes y los cascos asomando en el paisaje; grúas, camiones que pasan regando las calles con sal para acelerar el derretimiento, alguna persona avanza en la vereda con botas y palos de montaña.

En un curioso redoble de la apuesta, no tengo mejor ocurrencia que seleccionirlas, editarlas y mandárselas a Juan como si las hubiera sacado yo. Vos timadora.

Impresionante, responde.

Ya aprendiste que tu país te vigilará eternamente, como un ojo marciano, desde el lunar de nacimiento que hay en el doblez de tu brazo izquierdo: benigno, no extirpable, ovalado, gordo, el sello de un puercoespín, una cuna de pelos como raíces, un recordatorio de pertenencia. El *alter ego* del corazón, un cofre en miniatura para los sentimientos sinceros, oxímoron de plumaje y plata. Te estará tomando el pulso cada día. *Ese lunar que tienes, cielito lindo, en tu bracito, no se lo des a nadie, cielito lindo, que es de papito*, te cantaba desde el principio de los tiempos Fernando.

Como un castigo a mi falsa versión invernal, en el celular brota, media hora después, un audio de Juan cual hongo florecido en el tronco de un árbol. Y es venenoso:

Ya que estás en casa, te pido si por favor podés buscar en mi cajón de papeles la carpeta que dice Seguros, segundo cajón derecha. El contador me pide el número de póliza para unos trámites. Tienen el logo de Zurich, las vas a encontrar fácil porque están bastante arriba. Si me mandás fotos, me arreglo. Mil gracias, te adoro.

Voy y vengo no sé cuántas veces, en ronda, por los doce metros cuadrados para configurar nuevas decisiones mientras descargo mi excedente de radiación frenética en volver a sacar de la valija lo que antes guardé mal y reordenarlo, es Leila la que se mueve en mí, soy su lacayo genético. Querría, necesitaría, hablar con Vicky, es la única otra persona, aparte de mamá, con quien me animaría a desmadejar el asunto. En cambio, con mis hermanos lo veo más complejo. Rocío sería incapaz de entender que yo cuestione o rechace lo que ella más quiere en la vida, lo único que realmente le interesa —una familia propia tradicional—, y en lo que encima le falta suerte, me detestaría apenas le expusiera el asunto. Sí, no, Rocío, incompatible. Con Julián sería más fácil hablar; como buen psicólogo, a mi hermano le corre la empatía ontológica por las venas, pero al final lo descarto; vive ocupado, uno por lo general tiene la impresión de que el tiempo y el espacio lo superan.

Iba a comentarle algo a Vicky las veces que nos juntamos a tomar café en Buenos Aires, solo que ella estaba desbordada por la demanda que le supone la hipocondría permanente de su mamá y estuvimos mucho darle vuelta a ese tema: médicos, ataques de ansiedad, internaciones, cada día una ruleta. Para colmo, dos por tres alguien nos interrumpía: sus hijos, un llamado para mí, una amiga suya que nos vio de casualidad en un bar y se nos instaló en la mesa sin consultar. También empecé a mencionárselo la noche que cenamos en su casa, con las parejas de ambas y los nenes; no llegué a elaborar el dilema en toda su densidad, apenas pude esbozar el titular, de manera escurridiza y perifrástica, mientras preparábamos las ensaladas en la cocina. Levantó la cabeza del cuchillo que cortaba la lechuga en tiras con pulcritud y, cuando intuí de repente su atención, dejé de rayar zanahoria para mirarla. Sus ojos lo decían todo, se le escapó una medio sonrisa. Como me pasa con Vicky desde nuestros ocho años, tradujo a una sintaxis clara lo que yo había expresado con un estilo incomprensible; ninguna otra persona me habría entendido tan rápido y me habría sintonizado tan exacto: ¿Querés decir que Juan te propuso tener hijos y volver al país? Sonó casi entusiasmada, algo que no suele permitirse, su tendencia va más por el lado de contenerse ante lo que la alarma, reprimir lo impulsivo, siempre fuimos al revés y eso es quizás lo que nos encaja. Debió notar algo en mi expresión porque la alegría en su cara se recogió tan silenciosa como había aparecido: Ya sé, dijo casi sin mover los labios, no tuve que explicar, volvió la vista al trabajo de sus manos, se esforzó por no parecer desilusionada, solo preguntó: ¿Lo tenés decidido? Hice una mueca que pudo querer decir no sé, no del todo. Nosotras nadamos cómodas en ese lugar donde el lenguaje se hace líquido amniótico, repleto de inconsciencias e inconsistencias. Como si hubiéramos sido gemelas

de placenta psíquica.

Vicky es especial: pese al cataclismo que fue el matrimonio de sus padres y lo sufrida que resultó a menudo su infancia, parece haberse esmerado más que otras personas por formar un hogar tranquilo, elogiado, opuesto al que le mostraron. En cambio yo, que nací del amor, da la impresión de que me resisto a imitarlo. Muchas veces he reflexionado si el hecho de que Leila y Fernando fueran una pareja tan lograda no me perjudicó en cierta medida. Es loco — y hasta egoísta— pensarlo así, desde el lado negativo del modelo positivo, y sin embargo tiene su lógica. Una vara alta puede producirnos la sensación de pequeñez, el miedo a no llegar nunca y, por tanto, es preferible no empezar. Mientras que, ante el modelo fracasado, como el de los Vilendi, sería natural esforzarse por mejorarlo.

Estaba preparando qué responderle cuando entró alguien a la cocina, posiblemente Juan que nos acercó una cerveza, habrá intuido que hablábamos del tema, no me presiona pero está pendiente de mi respuesta, debe dolerle que tarde tanto. Ramiro desde el balcón gritó que el asado estaba listo, llegó corriendo Matilda con sus bucles rebotones, dijo que el bebé se había despertado, me ofrecí a sacarlo de la cuna. Raspé con el cuchillo lo que había quedado en el rallador de la zanahoria y en la tabla, lo agregué a la ensalada, me lavé las manos y me apuré hasta el cuarto de los chicos en la primera planta para que ninguno me viera lagrimear.

Días más tarde, Vicky y Ramiro con los chicos salieron de viaje a la playa, descanso anual en familia, no tendría ninguna coherencia interrumpirla con mi problema.

Releo mil veces el mensaje de Juan —*Ya que estás en casa...*—

mientras me pregunto cómo voy a salir de esta. Así, digo en voz alta: Voy a darme por vencida, es la señal de que hasta acá se pudo llegar, no más. Esperaré a que bajen las inundaciones, llamaré un taxi y voy a rendirme, dimitir, admitir, llamarlo y decirle, mirame, estoy afuera, delante de la ventana de tu mamá, en Devoto, de verdad, ahora. Soy yo, la misma, sin los cloqueos de Jean Seberg en una dramática fuga porteña ni las declamaciones de Delphine Seyrig entre los muros de un palacio fantástico. Asomate a la vereda y... *me verás caer como un ave de presa*. Me disperso pensando cómo me las arreglaría para andar por la calle sin wifi, salvo que reconecte el chip local, cosa que tal vez no sabría hacer, o salvo que todavía enganche la conexión de mi suegra registrada en el celular. No importa, eso lo pensás después. Lo que pretendo visualizar es el impacto en la cara de Juan, en toda su expresión corporal, a mitad de camino entre desarmarse de amor y querer asesinarme, entre la inmediata atracción física y la rabia nuclear. Esto no es un juego, no soy un personaje de tus obras que podés manipular de esta forma, me vas a dar un infarto..., diría. *Me verás volver, a la ciudad de la furia*. También preciso comprobar qué me pasaría al verlo. Querría abrazarlo, hundirme en él, de solo recrear ese espacio tibio, su perfume, ese pentagrama de sensaciones tan específico, se me doblan las piernas. Lo tendría ahí parado, el cuerpo que es tan suyo como mío, primero blando por la sorpresa, enseguida tenso por el asombro... Confirmo que lo estoy necesitando terriblemente desde que me despedí. Más horrible imaginar que él podría salir a la calle seguido por Ximena.

—Charo, Ximena es mi amiga de toda la vida. ¿Cómo podés pensar que tengo otra cosa con ella? ¿Qué idea es esa?

Idea promovida —más bien reafirmada— por la última cena de Navidad, cuando acepté pasar el festejo en casa de mi suegra, con

una prima de ella, nosotros dos, y de la nada apareció Ximena. Nos saludamos con todos los tópicos de la falsedad femenina. Miré a Juan de tal modo que entendió, un cabeceo corto bastó. Me llevó del codo hacia su habitación de chico —con la misma decoración de entonces, paredes celestes, autitos de colección en las repisas, libros de aventuras, Julio Verne, Jack London, etcétera— mientras Ximena salía al patio a conversar entre risas exageradamente familiares con Susana y su prima, una anciana dulce a la que siempre le falta el aire y un silbido desesperante le sale del pecho cuando intenta hablar.

—No me dijiste que venía ella —susurré en un rincón.

—Tuve que invitarla a último momento, no me di cuenta de avisarte.

—¿Perdón? ¿*Tuviste* que invitarla? —Sin querer, se me disparó el volumen—. ¿Se te pasó, decís?

—Shhh, pará, ya sabés que ella tiene a la madre en un geriátrico.

—No, no, la verdad, o no me acordaba.

—Sí que sabés, Charola, por favor, sabías, te conté.

—Bueno, da igual, ¿y qué?

—Fue a verla temprano, después le falló una invitación que le habían hecho. Iba a pasar la Navidad sola. Tuve que decirle, ¿qué te molesta?

—¿Por qué de todas las personas que debe conocer en Buenos Aires te avisó a vos que se había quedado sin plan? ¿No tiene hermanos, primos, amigas?

—Hermanos y primos, ni uno. Somos amigos desde que nacimos, su madre es mi madrina, mi mamá es la suya, ¿cómo tengo que explicarlo? Cuida a mi vieja cuando estoy en Francia durante meses, imeses!, ¿entendés el alivio que significa para mí?

No tengo con quién compartir esa responsabilidad como vos que tenés a Rocío y a Julián para ocuparse de tu viejo... Ella en ese sentido cubre de algún modo el papel de una hermana. ¿No voy a retribuirle con una cena de Navidad?

—Nada, no tiene importancia —dije justo cuando se asomó Ximena con la excusa de dejar la cartera en la pieza. Claramente había ido a escuchar.

¿Por qué te preocuparía Ximena? Mirada feminista, altruista, greenpeacista, militante de cuanto haya dando vueltas, defensora de bosques y animales, del agua y los cambios climáticos, de las mujeres, los niños, los pobres; no debe usar aire acondicionado ni aerosoles que afecten la capa de ozono; tampoco desodorante que contenga no sé qué metálico-cancerígeno ni tápers de plástico en el microondas. ¿Microondas? ¡Olvidate! En otras palabras, una mujer contemporánea genuina, fiel a sus principios, coherente consigo misma y con su dogma, comprometida, no como yo que vivo en la burbuja anacrónica de la ficción, sujeta a las leyes sofisticadas y abstractas de las figuras retóricas, en la clausura mimética del puro teatro, camuflada entre una *troupe* de seres inexistentes, la oclusión donde todos parecen estar existiendo al margen del tiempo, detrás de un escenario de cartón resultado de la poda indiscriminada de los árboles, ni ecológico ni reciclable, refugiada entre personajes para no enrollarme con las personas de verdad. Si de alguna materia se vale mi trabajo es de la deforestación emocional.

Es vegana, profesora de yoga, pura espiritualidad tanto física como mental. Dieta ayurveda, meditación trascendental, ni una gota de alcohol jamás, jamás, putamadre, ahí mismo tomaba limonada con jengibre, pepino y lluvia de chia, la había preparado en su casa, en botella de cristal. Se la pasó hablando para atrás y para delante de lo imprescindible de adoptar, en cualquier receta, la cúrcuma.

Mientras yo dale bajarme el chardonnay helado para seguir dándole al champagne. Inspira autoconfianza, expira orientalismo, tiene la sonrisa pintada, unos dientes blancos perfectos, exortodoncia. *Never* un cigarrillo, desde ya, yo tres años abstemia. Precisamente por lo que se cuida parece más joven. Piel de látex jamás sometida al sol, piel lustrosa de serpiente, de rana.

¿Qué te molesta? ¿Que mientras representás en Burdeos a la Fedra de Racine o en Viena a Madame Bovary, ella milite en causas a favor de chicas jóvenes, de carne y hueso, que se desangran y pierden la vida por abortos clandestinos mal hechos en las villas sin recursos? ¿Que en las jornadas fatigosas de aprender tus guiones y practicarlos en tu bohemio estudio parisino, un sinnúmero de mujeres en el mundo sean asesinadas de un tiro o por maniobras bestiales frente a sus propios hijos? Y que Ximena esté colaborando, con lo mínimo que tiene y puede, para denunciar, ajusticiar, esos abusos. ¿Que mientras vos perdés tiempo masajeándote la cara y el pecho con Eucerin sobre Isdin sobre Vichy, ella se aplica pomadas *cruelty-free* en envases reciclables: baba de caracol, semen de tortuga, aceite de coco casero?

No solo eso, tiene dos años menos que Juan y, según confirmó esa noche, está decidida, como sea, a buscar hijos, al menos uno, una, une, aceptó e hizo reír a todos. Todes. Yo sonreí también, aunque tenía el reajo en Juan, en sus acciones y reacciones, más alegres o animadas, espontáneas, de lo que suelen ser en la última etapa. De lo que suelen ser en casa. De lo que suelen ser en Francia. ¿Serían forzadas por el contexto? Se desvive por hacer feliz a la madre. Pero no, no, parecían bien francas, conozco su risa, el modo en que se abre paso entre las sutiles patas de gallo cuando es natural. Le encantan los temas que defiende Ximena, se fanatiza con sus conversaciones, claro, él que conoce los monarcas, presidentes,

vicepresidentes, senados, partidos, banderas, actualidades y accidentes geográficos de cualquier país y continente durante cada período histórico. Que puede barajar argumentos sólidos para discutir sobre cada una de las noticias que se emitieron cualquier día de la semana en el diario, los diarios, porque lee varios en distintos idiomas. Sos vos la que se rebaja con esas comparaciones improcedentes, cada cual con su mundo, Juan no compara, ni nadie más.

—¿Serías madre soltera? —preguntó Susana de lo más divertida a Ximena, mi suegra chispeante por la bebida.

Todavía no se había caído en la vereda ni había sido operada, eso vendría seis días después, cuando ya nos preparábamos para volver a París y el subconsciente de la señora encontró la manera de hacerle un tacle al hijo antes de que lográramos embarcar.

—¡Obvio! —gritó ella sobreactuando, las tetas se zamarrearón a gusto dentro del algodón estrecho, las miré con odio y busqué los ojos de Juan, por suerte estaban en otra parte—. ¿Te parece mal? ¿Me desaprobarías, madrina querida de mi alma?

—Para nada, nena, para nada, ¿cómo se te ocurre? Soy una mujer moderna —contestó mi suegra, a quien nunca quise sentir tan mía como en ese momento, porque me intimidó reconocer cuánta familiaridad había entre ellas.

—¿Y ustedes para cuándo? —intervino, arrastrando las sílabas y el silbido, la prima octogenaria, abultada como un armadillo en su batón de flores, su permanente espumosa, su exceso de labial impreso en la copa y migas sobrantes en la comisura que luego se quitaría con una uña larga, puntuda, pintada de intenso rosa viejo.

Juan me acarició la mano que tenía cruzada sobre la otra en la falda. Los dos hicimos mueca de no sé, tardamos en contestar, yo dije lo primero que me vino a la mente:

—Con nuestros trabajos solemos estar muy ocupados los dos, viajamos mucho, pero lo tenemos presente, en eso andamos.

Él se dio vuelta para mirarme, su mano acalorada, transpirada, avanzó sobre la mía y me exprimió los dedos tan fuerte que me dolió.

—Así es, llevamos una vida... complicada. París es una ciudad poco amigable para chicos, no tiene verde, todo es muy gris, urbano, nuestras profesiones..., ambas son —me miró como buscando definición— demandantes, exigentes —por encima de su voz, alguna de las viejas aseguraba a la otra: Bueno, eso qué importa, igual la gente tendrá hijos en París al fin y al cabo, ¿no es cierto?, encontrarán la manera—, lo estamos pensando—. Y para cambiar de tema se dirigió a Susana—: A ver si este año venís, vieja, a conocer el departamento, el barrio.

De modo que el asunto se desvió hacia la actividad profesional de cada uno, pros y contras de la hipoteca que sacamos juntos para poder ampliarnos, cuánto hace que no viaja Susana, tiene que conocer el departamento nuevo, y por qué no vendría con la prima también, deslizado por mera cordialidad.

—Estoy muy mayor para eso —confirmó la anciana.

—Entonces me llevo a Ximena —festejó mi suegra.

Perfecto. Bingo.

—Eso, yo viajo encantada, si tenemos alojamiento, contá conmigo, madrina, desde ya. —Le lanzó una sonrisa rápida, venenosa, a Juan, bífida, bípeda, viperina, una sonrisa clitoriana, a decir verdad—. ¡Y hace cuánto que no hago un viajecito!

Incómodo, él contestó claro, cuando quieran, levantó la copa, yo aprobé con la cabeza, sin convicción, no siempre se me da bien mentir. El resabio que me dejó fue que los últimos viajes de Juan a Buenos Aires por la madre no hicieron sino aumentar la cercanía y la

confianza entre él y Ximena.

Sí, sí, tal vez llegó el momento de descubrirle dónde estoy. Me veo parada en la vereda de la casita baja, humilde, con una puerta para enanos, ventana con rejas y canteros con plantas secas. Llamo a Juan (o toco el timbre), le pido que salga, él escucha ese inverosímil estoy acá, salí y mirame, se asoma desconcertado, detrás salen Ximena vestida de buda, las tetas redondas protuberando dentro del laxo escote barrido por el mechón de pelo verde, y la suegra con muletas o silla de ruedas: obra de Antonio Berni.

Voilà. Maintenant, je suis à vous.

Finalmente, con una sensación de acidez en el estómago, llamo a Marlene en París, ella guarda por las dudas una copia de la llave de nuestro departamento. Sin darle muchas explicaciones, le pido que entre, busque en tal cajón, equis carpeta, todas las hojas con el logotipo de la aseguradora Zurich, azul, que me lea una cadena de sílabas mal conectadas, en un español rugoso, sonidos sin significación para ella, complicadísimos de descifrar para mí. Le digo que saque fotos, que por favor no se vean sus uñas (a menudo sucias, eso no se lo aclaro), y me las envíe. A cambio le prometo un cartón de Marlboro light y chocolates Lindt del *free-shop*. Al llegar, le haré entender el valor de su silencio.

Mi condición extranjera tiene alma de gato:

siempre quiere estar del otro lado de la puerta cerrada,
sin importar donde queden esa puerta o ese lado.

Resuelto el asunto del seguro, me preparo un café con leche en polvo cuyos grumos mezclo con cara de asco, es lo que hay y no voy a bajar para pedir leche líquida, no otra vez. Me entretengo frente al observatorio de mi ventana, con la taza envuelta en un par de servilletas porque quema. Afuera sigue el diluvio, un desperdicio de agua tan dramático que parece financiado por un productor con presupuesto millonario. Lo tristísimo es que se trata de la realidad. En la calle, tras luchar unos metros con los paraguas contra el viento, dos personas se refugian debajo del alero en la parada de colectivos; igual van a empaparse, sobre todo cuando las ruedas del colectivo frenen derrapando. Desde acá se ven diminutas, cual tallarines escapados de la sopa, grumos humanos. Están juntas pero separadas. La soledad en perspectiva, una visión de Hopper.

Paso el resto de la tarde procurando avanzar con la obra que tengo empezada, aunque no hay caso, sigo como antes de dejar París: solo puedo retrabajar lo que está escrito, no hay manera de ir más allá, agregar nada, salvo los apuntes en mi diario y cada tanto, de forma espasmódica, alguno de esos haikus sobre la nostalgia de la migración. Por lo demás, se perpetúa el silencio interior que empieza a inquietarme seriamente (¿será que estás gastando el arsenal ficticio para la función personal en el hotel, que podrías titular *La chica de las gafas no es Steffi Graf?*), si bien intuyo que pronto se abrirá la compuerta inexplicable que conduce a otro camino. Tarde o temprano se producirán sintonizaciones. Como por

ahora no lo consigo, me disperso, recurro a lo más fácil, lo inmediato: respondo correos, una entrevista por la novela recién publicada, mensajes, mantengo conversaciones con los actores, escenógrafos, vestuaristas de la obra que está programada para dentro de seis meses. En una reunión que me ocupo de organizar, el director del teatro explica que esto no puede durar demasiado, en unos días nos encontraremos operativos y llegaremos con la puesta sin problema. Mi tarea implica también contener los nervios, deponer las ansiedades. Les angustia la situación de parálisis generada por el temporal. El más activista del elenco, el vestuarista, aprovecha para recordarnos un proverbio anónimo que usa como lema en sus redes: «No heredamos el planeta de nuestros padres, se lo pedimos prestado a nuestros hijos». Como nadie responde excepto por unos vagos asentimientos, se pone loco, al final cada uno vive preocupado por su culo, acusa, y lo que va un metro más allá les da igual, enfurecido sale de la reunión. Es cierto, comentamos, solo que no es el momento o la circunstancia. Nunca lo es, el problema es que nunca lo es, señala la actriz principal, y dice que va a hablar con él.

Me pongo a buscar en la web el asunto de Crowley. Lo primero sorprendente es que el hotel no esté encabezado por una figura mitológica griega o romana, como suele ser, sino por un hombre que existió realmente y encima fue británico: me asalta el desvarío de una posible conexión con el reloj, la Torre de los Ingleses (tiene otro nombre, pero la gente sigue llamándola así). ¿Un tipo que es presentado como «influyente ocultista, místico, alquimista, escritor, poeta, pintor, alpinista y mago ceremonial» presidiendo un hotel en Buenos Aires? De fines del *xix*, eso sí coincide con la estética, pleno decadentismo. Fundó su religión, Thelema, sobre las máximas recogidas en su *Liber Al vel Legis* (*Libro de la Ley*): «Hacer tu voluntad será la ley» y «Amor es la ley, amor bajo voluntad».

THELEMA es lo que aparece inscrito en el frente del hotel, debajo del rostro de piedra, y significa voluntad o deseo. Me quedaría horas investigando, solo que estoy famélica.

El hombre está instalado en una mesa cuando me presento en la cena; pincha del plato con aire mustio, distraído. Tiene el sombrero al lado, sobre el mantel, el sombrero y la sombra, lo que le deja la calva frontal expuesta y un barullo de poco pelo gris atrás. Me invade una especie de atracción hacia su desamparo y, aunque primero lo evito, al final me acerco a saludarlo; como tiene la boca llena, me sonrío con los ojos, sus cientos de arrugas dibujan una compleja trama. El tono ocre del iris se intensifica y de pronto algo lejano en mí me sugiere el temor de que su salud haya empeorado. Le pregunto si se siente bien, dice que sí, parece abstraído.

Durante la comida conversamos de esto y aquello, tonterías del hotel y sus personas en tránsito, gente a la que empezamos a identificar. El hecho de que la lluvia impida salir nos aproxima todavía más. Le comento que la situación trae resonancias de *El ángel exterminador* de Buñuel o el *Decamerón* de Boccaccio. Unas personas se ven forzadas a convivir en un mismo espacio hasta que las circunstancias externas, o fantásticas, les permitan retomar sus vidas. Y ya la idea me lanza una pista para retomar mi obra empacada.

En un impulso infantil, me atrevo a decirle que por sus rasgos me recuerda al poeta Pessoa y aliguito a un autor italiano, Tabucchi, que estaba embelesado por aquel portugués. Al primero lo conoce un poco, alguna cosa ha leído seguro, hace años, porque tuvo épocas de leer bastante poesía; al segundo, en lo más mínimo. Otros géneros no, solo poesía y ensayo o filosofía, adquirió la costumbre por su hermana mayor, con quien se radicó al principio en

París, ella era una persona con mucha ambición intelectual. Se interesa, me pregunta, quiere saber de dónde me viene tanta avidez por la literatura, respondo que estudio teatro y que mi madre ha sido muy lectora, además es maestra de Lengua y Literatura en una escuela de Montevideo.

—Pensé que te dedicabas a la alta costura, lo mencionaste en una conversación.

Tiene mucha más memoria de lo que pensé. Ni siquiera recordaba haber depositado entre nosotros semejante proyectil. La creciente comunión entre los dos empieza a tenderme trampas. Vos estafadora.

—Sí, sí, me dedico a eso, igual también hago teatro, y leo, leo mucho.

—Tus padres deben de ser personas muy cultas.

—Bueno, les atrae mucho toda la cuestión cultural.

—Eso da gusto, querida Lucía.

Lucía, Carlos, Carmen, Pocitos, moda. ¿Cómo es que de repente me siento horrible por haberle mentido en tantas cosas, empezando por lo esencial: el nombre? Si tocara revelarle la verdad, tendría que destejerme como persona. Comprobación fáctica de que la energía creadora se te está consumiendo en esto, imposible tener resto para escribir. Le estoy haciendo lo que él hace con su familia, lo suyo agravado por el vínculo y la enfermedad. Dadas las circunstancias de lo inventado, ya no me queda más remedio que progresar en esta línea, si bien soy consciente de que, cuanto más tiempo pase, peor se volverá el desvelamiento en caso de terminar confesando. Tiendo a creer que no llegaré a ese momento, nos liberarán antes, nos perderemos tras el vuelo, quedaré ilocalizable, no hará falta dar la cara, ¿es lo que pretendo?

Cuando logro concentrarme de nuevo en la conversación, está

hablando sobre un budín de pan que hacía su abuela con las migas, las sobras, supongo que lo relaciona con el flan que se sirvió, probó y dejó porque le resultó soso. Le ofrezco llevar su bandeja, luego llevaré la mía. Obstinado, contesta que de ninguna pero de ninguna manera, si acaso lo considero un neandertal. Reprimo la risa. Aunque insisto, no hay forma: agarra la bandeja con tosquedad y se abre paso orgulloso, rígido y un poco rengo, deposita la suya en la mesa de los descartes. Me sonrío sin querer cuando veo cómo se sacude las manos, se retira la servilleta que todavía cuelga del cuello, se limpia una última vez la boca con mucho detalle, haciendo énfasis en el bigote, la apoya junto a la bandeja y se acomoda la ropa: la corbata, el pantalón, el saco, todo impecable. Con respeto le paso la mano por la solapa para quitarle unas migas que quedaron prendidas. Ah, sí, sí, dice coqueto y repite mi gesto por si todavía hay algo.

Entonces me propone tomar una copa en el bar, ahí se está mejor, opina, hay menos gente, menos ruido. Y sirven alcohol, pone cara de diablura. Dudo, no es prudente seguir profundizando con este señor, temerosa de hasta dónde puede llegar la conversación, ni andar arriesgando mi posición de reclusa; la otra parte mía me suplica que no la encierre de vuelta en la galera vanguardista, en ese circunflejo peridoto que es el cuarto, me convence de que sabré manejar al hombre y controlar el nivel de exposición. Cuando nos dirigimos hacia la salida, desde una mesa que da al pasillo me llaman con la mano un par de mujeres, a las que vi reiteradas veces por su actitud llamativa, un poco ruidosa y conventillera. Son de esas personas que se hacen notar adonde sea que estén, en particular si andan juntas. Y así se mueven siempre: como un auto con sidecar. Logré esquivarlas en otro momento, ahora resulta inevitable, estoy directo en su mira, de frente. Dejo que mi chaperón

avance fuera del comedor y me acerco a ellas, aunque no demasiado; arrítmicamente a dúo me explican.

Desde horas inmediatas a la llegada al hotel, los adalides del proyecto «todos contra la aerolínea» armaron un grupo de whatsapp para informarse sobre las novedades que cada cual pudiera conseguir acerca del vuelo suspendido, ya que donde debíamos poder hallar explicaciones (web oficial, mail, teléfonos) nadie nada nunca responde las consultas. Para mí digo: Saer, y cuando me preguntan ¿qué cosa?, respondo bajito que así suele ser. Es necesario agruparse —continúan turnándose—, pensar alternativas para obtener el resarcimiento por el tiempo perdido y planificar las estrategias de confrontación, etcétera, algo tendremos que sacar a cambio de tremendo desperdicio. Levanto la vista para advertir que mi compañero se frenó en el umbral, me busca desorientado, le hago señas con las que indico que nos vemos en el bar, lo alcanzaré. Sin hacer ningún caso de mi desvío, las señoras no pausan en su atiborrada alocución, siguen consultando si a mí y a mi papá nos gustaría incluir nuestros números de teléfono en la lista de los querellantes contra la aerolínea.

—Entre las demandas que vamos a hacer se cuenta la pérdida de tiempo profesional irrecuperable, porque el tiempo es dinero, como bien dice el refrán —sentencia la de melena batida, castaña, con la vehemencia de estar situada ante el juez en un atrio de Tribunales. Pone cara recia, pero se ve demasiado blanda y buena para convencer en su posición aguerrida. Tampoco puedo evitar pensar a qué profesión y tiempo laboral se referirá, porque ambas tienen aspecto de ya-hace-rato-jubiladas.

—Y no hay excusas que valgan, no señor —agrega determinada la otra—. A mí que no me vengan con espejitos dorados, yo quiero la plata y no se hable más. —Me suena a esas personas que

aparentan seguridad sin sentirla, tal vez sea más brava que la otra.

La primera tiene la nariz gruesa como una calabaza, de una redondez deforme y una proporción notables; las mejillas también hinchadas —debajo de las cuales las ojeras forman dos pronunciadas fosas con oleaje de piel— están cubiertas de poros grandes como la cáscara de las almendras o los orificios que causan las almejas cuando perforan la arena en la orilla del mar, posiblemente consecuencia de un acné juvenil. Unos ojos verdes bellísimos, como pocas veces vi tan intensos, y un cabello rojizo abundante, profuso, que debe causar buena envidia a las mujeres de su edad. Sin duda resulta comparable con los retratos legumbrosos de Arcimboldo.

El cabello de la otra, en cambio, es escaso, informe, y se despeina con facilidad; es de un típico amarillo maíz iridiscente, desteñido en aureolas más claras arriba. Voz rasposa, de cantante tanguera, de fumadora eterna (las mujeres fumadoras comparten un timbre, una sonoridad). Se calma los accesos de tos con un vaso de agua y una pastilla que le hace ruido entre los dientes cuando la pasa de un costado de la boca a otro para comentar algo. Incontable cantidad de piedras adornan su aspecto: lentejuelas plateadas en el cuello de la remera blanca; perlas en lugar de botones en el sweater crudo; globos dorados colgando de las orejas; un collar con cuentas de cristal de roca rosada y un anillo con un enorme engarce cuadrado, violeta, similar a los bombones gelatinosos que venden en las ferias árabes. Un personaje vestido por Gaudí. Una Gaudiana con todas las letras.

Hay algo casero, querible, en las dos, cualquiera las identificaría con una de sus tías o tías abuelas y confiaría sin dudas en ellas. Si no fuera por mis circunstancias, me habría pasado buenos ratos de gran charla y hasta les pediría consejos maternos sobre mi

situación de pareja, mi encrucijada. Para escapar de la misión que se han propuesto, se me ocurre responder con suavidad:

—*Creó* que lo comprendo bien *mais*, ah, yo *creó* que a lo mejor no, *graciás*.

—¿Ah, qué, sos francesa? Como andabas con el señor aquel, que es más argentino que la bandera de Belgrano, pensamos que... —se sobresalta la rubia.

—Oh, sí, en realidad yo soy un poco *moitié-moitié*, mitad-mitad. Mas el señor es un amigo, no mi padre. —Recién entonces caigo en que no sé su nombre; en el afán por controlar cada dato que doy sobre mí, me contuve de interrogar por el suyo.

—Además, te soy sincera, te veo tan parecida a una actriz argentina, jovencita, muy buena, muy buena actriz, vieras qué talentosa esa chica, una maravilla. Y si no me equivoco vive en Francia. La vi hace unos años en una obra, en París, ay, ¿cómo se llamaba? —pregunta la de nariz bulbácea a la otra, que simula pensar, aunque está claro que no le interesa el tema.

—*Mais non*, esto me lo han dicho pero es un error, no soy *comédienne*, *actora*, *comment-on-dit*...

—Actriz, sí, qué cosa, tenés un aire muy del estilo. ¡Ay! ¿Cómo se llamaba la chica esa? Ni siquiera me sale el nombre de la obra... De una hija que cuenta sobre un encargo que le dejó la madre antes de morir, ¡por favor!

—¿Te sumamos? —apura la rubia impaciente.

—Oíme, nena —recupera su posición militante Archimbolda—, mirá que después te vas a arrepentir, cuantos más seamos mejor. —Se detiene, me mira intranquila—: ¿Comprendés? —Le hago que sí, sí—. La unión hace la fuerza, no hay otra, entendés lo que yo estoy diciendo, ¿verdad? —Sindicalista de apriete.

—Claro, comentáselo a tu papá. Hay un par de buenos abogados

y expertos en el grupo, tenemos fe en conseguir resultados, ¿viste?
—La rubia Gaudiana me hace un guiño argentino de origen profundamente italiano, arrabalero, lumpen, lunfardo, que me causa muchísima gracia, aunque mantengo la compostura indiferente.

—Ya aclaró que no era el padre —explica la anterior en tono bajo.

Empiezo a alejarme marcha atrás, digo que no con la mano, sonrío medio infantil:

—No, yo esto no *puedó, merci*, hasta luego.

Se quedan intrigadas —la fumadora nunca interrumpió su gesto mecánico de hacer y deshacer bolitas con el papel transparente de los caramelos con sus uñas fuertes, largas, tipo garras de paloma—, se miran entre sí con resignación, como diciendo qué chica más peculiar, y qué tonta no aprovechar... Entonces acepto que he sido transferida a otra lista: la de los pasajeros desagradecidos e indeseados, indignos de ese vuelo. Y sobre todo de cualquier beneficio económico que logren sustraerle a la aerolínea.

Al pasar junto a la mesa del trío de yuppies con barbas, uno de ellos está diciendo:

—Os propongo un juego, uno en el que siempre gano. —Saca del bolsillo un tubo lleno de escarbadiantes.

—Si no puedes perder, no es un juego —lo desafía el segundo.

—Puedo perder, pero gano siempre.

—Probemos —los reta el tercero.

—Si no puedes perder, no es un juego —vuelve a decir el segundo.

—Probemos.

—Probemos.

Entro al bar tras la huella de mi acompañante. En una de las banquetas altas frente a la barra, enfundado en su remera negra

desteñida de Iron Maiden, el sujeto yanqui está internando con su monólogo al chico del bar. Aguardo a que un milagro detenga su verba tsunámica y/o el barman levante la vista de la jarra donde está mezclando licor de menta con hielo y me vea..., ese instante tarda en llegar, tarda demasiado. Una línea de luz led en las estanterías duplica los colores rutilantes de las botellas contra un fondo espejado. Encima de la barra, en el centro, el busto de una ninfa en bronce usa sus brazos para destilar cerveza. En un extremo, también en bronce, la estatua de un saxofonista grueso y mulato, con chaqueta roja, sopla su instrumento, aunque parece que algún golpe lo ha dejado manco.

El cliente comenta que nació en Inglaterra, sus padres se mudaron cuando era muy chico a Utah por trabajo y no volvieron. Salvo esa introducción, enseguida asisto al discurso calcado de la vez anterior: estaba de vacaciones en la Patagonia con su novia —un sueño de toda la vida, cabalgatas, fogones, paisajes de película—, cuando le avisaron sobre un grave problema de salud de su tía en Francia: es su único heredero, hay temas legales por resolver, etcétera. La novia se volvió a Utah y él partía hacia París hasta que lo impidió la tormenta, está procurando resolver el asunto por teléfono. Este año se gastó, en Navidad, tres mil quinientos dólares en bolsos de Louis Vuitton para su novia. Uno de Murakami de edición limitada y otros, y perfumes Cartier. Su novia ama los bolsos, él le regala un montón, el año pasado entre bolsos, carteras y perfumes se gastó veinte mil en su novia, que es fanática... Cuando el mozo alza la mirada, pese a ver el suplicio en sus ojos, no hago nada por auxiliarlo, solo muevo los labios: un vino blanco, articulo, y huyo, a la espera de que me lo alcance.

Impostura:
dícese del estado natural del extranjero.

Máscara:
piel adhesiva del extranjero.

Extranjero:
todo ser humano en la tierra.

(Ante el escepticismo, consúltese a Pirandello.)

Rastreo en el salón de luz tenue, de suelo esponjoso. *El mobiliario de la sala, aplastado por la altitud, parecía acuclillado a ras del suelo, hecho de pieles negras amontonadas en divanes bajos, en mesas de ébano y de nácar, de muebles de roble oscuro con graciosas esculturas, de sillones de tapicería bajos y profundos, sembrados de cojines de un amarillo azufrado tan resplandeciente que de ellos emanaba una especie de fosforescencia, cuya idea solo pueden dar ciertos cuadros de Gauguin. Pero era sobre todo la disposición de la luz lo que hacía de aquella sala un prodigio único para Albert.* Al sentarme en el rincón que eligió mi compañero, lo pongo al tanto de lo que quieren las mujeres, tema al que no presta gran atención, se ríe con ganas y hasta se atora cuando le cuento que me hice pasar por francesa e imito cómo les contesté.

—Qué payasa resultaste, uno te ve *a priori* tan seriecita, tan callada, no hay duda de que hacés teatro. Me habría encantado conocerte de chica, habrás sido un personaje.

—A partir de ahora, atención, solo entre nosotros usamos el español. Cuanto menos hablemos con ellas, y con nadie, menos riesgo corremos.

—Okey, de acuerdo, de acuerdo. Qué graciosa...

Me explica que, si mañana para de llover tan fuerte, no almorzará en el hotel, irá a buscarlo uno de sus hermanos para dar un paseo, posiblemente por Puerto Madero.

—¿Se anima a seguir armando planes? ¿No tendríamos que irnos

ya? Digo, tarde o temprano nos mandarán la carta, supongo. Pasé por la recepción a preguntar y por supuesto no pudieron agregar nada nuevo. Lo que esas señoras dicen es verdad, yo también miré en la web de la aerolínea, mandé mails de reclamo, intenté llamar y nada, nada.

—Imagino que sí, tiene que ser muy pronto, mañana seguro nos dirán algo. Mientras tanto, hago planes con mis hermanos, cualquier cosa se los suspenderé.

—¿No sería un momento impagable para decirles la verdad? —lanzo sin reflexionar—. No entiendo cómo resiste la necesidad de compartirlo.

Baja la frente, como un chico que acaba de recibir un reto.

—Ya te dije que no puedo, seré una basura, no me sale. —La chispa de hace segundos se invierte en una expresión de aspereza.

—¿Y si practicamos? —repienso lo que estaba por sugerir—. El ejercicio de representación es bueno para estas cosas, permite sacar las emociones, decir las cosas imposibles...

—¿Cómo practicamos? —levanta la vista azorado.

—Simulamos que soy un familiar, una persona o todas ellas, y usted ensaya decirme la verdad. Hice este viaje con la intención de...

—Te pedí que me tutearas.

—Me cuesta, me olvido.

—Claro, soy tan mayor. —Revolea los ojos con fastidio.

—Y desconocido... —Al pronunciarla, la palabra me cae hueca: nos fuimos aproximando de un modo que no sabría explicar.

—Tan mayor y desconocido como para invitarme a hacer el ridículo que acabás de proponer.

—No lo veo ridículo, al contrario, para mí es natural. Y a propósito, nunca me dijo, perdón, dijiste, tu nombre...

—¿Señorita Charo Almeida?

—¡Sí! —contesto con voz de resorte por el terror de verme abordada así de pronto, de la nada, en la ceguera del ambiente oscurecido, y levanto la vista hacia la voz masculina que apareció por el costado; es el barman.

Solo entonces comprendo lo que acaba de pasar. Dirijo una mirada aturrida al hombre que, en el sillón de enfrente, empuja un trago de whisky para que el borde del vaso le tape por un segundo los ojos, interpreto que para evitar hacerme sentir peor. Toda una delicadeza. Igual confío en que no haya escuchado, el chico habló bajo y pudo haberlo tapado la música de fondo.

—Tiene una llamada en el teléfono de la barra.

—*Je reviens* —aviso a mi compañero y, en los pasos que hay hasta el teléfono, listo a gran velocidad las personas que pueden haberme descubierto y haberme ubicado en ese rincón vespertino de la isla artificial.

Cuando vuelvo, noto que se pidió otro whisky y me pidió otra copa.

—Era una tontería, me olvidé el pasaporte. Raro que me avisen ahora —explico.

Se hace un silencio largo que la música *lounge* ayuda a disimular. Ante su falta de reacción, dudo si me oyó y completo:

—Creo que lo dejé hace un rato cuando bajé a consultar lo del vuelo, el pasaporte quiero decir... Lo que me fascina es el cuadro de Eugène Grasset que hay en recepción, ¿lo viste? No es que supiera que era de ese pintor, me acerqué a mirar, se titula *Armonía*, pusieron un lienzo grande que va de lado a lado del mostrador, es lindísimo.

Él calla. Inspecciono el celular por hacer algo, hasta que dice:

—Habrán tenido dificultad para encontrarte, ya que, si te buscan

como Lucía y como uruguaya, es imposible dar con la identidad adecuada.

—Es que... —Estoy a punto de inventar una nueva excusa, otra mentira, aunque al mirarlo advierto que no tengo escapatoria. Me dejo hundir, retráctil, en el sofá muelle, sintiéndome minúscula—. Perdón.

—Desde el principio supe que en tu relato no todo era real. Además de la cara que pusiste cuando el muchacho este te llamó por tu nombre, fue como si te hubieran soltado un jarrón de porcelana en la cabeza —Mientras habla, entierro con pudor la cara en la copa de vino—. Lo de Uruguay te salió bastante mal, por cierto, permítame que te diga. Ni una sola vez usaste el tú que usan ellos, tengo amigos íntimos, muy queridos, sé cómo hablan... Y tardaste en decir que vivías en Pocitos.

—Qué vergüenza —contesto casi en un susurro.

—Después te olvidaste que te dedicabas a la moda.

Asiento.

—Aparte lo de los anteojos, el tema del aumento, la facilidad para engañar a esas mujeres con tu frañol... Decime, querida, por si puedo ayudarte, ¿de qué o de quién te escapás? ¿Estás metida en algo complejo? Soy de confianza, en serio.

Otro silencio insoportable.

—Para que veas que no sos el único —respondo sin atreverme a mirarlo. Luego lentamente me retiro los anteojos.

—Ah, tanto mejor. Qué alivio. —Se deja ir hacia atrás contra el respaldo, es visible lo del alivio, yo lo siento también—. Esto es otra cosa, casi como si te encontrara por primera vez. No es lo mismo una persona sin ojos.

—Desojada.

—¿Y tu causa cuál es? ¿Se puede saber? Ojalá muy distinta de la

mía, porque no te querría enferma, más que nada.

Por fin admito:

—Mi familia vive cerca pero no saben que estoy acá, creen que tomé el avión.

—O sea que técnicamente estás en París.

—Desde hace dos días.

—Ajá, curioso. Original. ¿Y lo del nombre, los anteojos?

—No quiero que me reconozca alguien que pueda tener trato con ellos.

—Se entiende. Al mismo tiempo, otra voz en mi cabeza me sopla: demasiadas novelas. Supongo que no querrás contarme por qué estás en tu propio país en calidad de fugitiva, aunque si te sirvo de escucha, de canal, te prometo que no te delataría nunca, aun si conociera a alguien de tu familia. Ni te voy a juzgar.

—Me lo jurás por tu vida.

—Mi vida vale muchísimo menos que hace un par de meses, se ha depreciado, podría jugármela en la ruleta.

—No diga..., perdón, no digas eso. ¡Qué feo!, no sé tu nombre.

—Tenés razón, soy Eugenio —se estira hacia adelante para tenderme la mano, que acepto—, no entiendo por qué no te dije mi nombre antes. Empecemos de nuevo.

—Sí, sí, empecemos otra vez. Te decía: estoy segura, Eugenio, de que te vas a curar, segurísima.

—Lo importante es que estamos empatados, cada uno sabe ahora el secreto del otro, razón suficiente para no defraudar. Cualquier juramento en estas circunstancias se vuelve innecesario. ¿Por qué no me contás?

Fue una de las últimas veces que pudimos salir juntos un domingo a caminar tranquilos con Juan, hará unos ocho o nueve meses, sin

apuros, después de uno de mis o sus viajes más largos, nos poníamos al día de las mutuas novedades. Mientras bordeábamos despacio, de la mano, el canal Saint Martin. Durante alguno de los paseos en los que redescubríamos la zona y señalé lo que habíamos comentado en otras ocasiones: me recuerda al Tigre en Buenos Aires, a Little Venice en Londres. No sé si es parecido, uno siempre asocia con lo que conoce, reiteró Juan. Justo cuando admirábamos lo pintoresco de los edificios antiguos, en fachadas de tonos pastel, matizados por los portales de colores estridentes de los bares y negocios, ese aire tan francés entre lo bohemio y lo elegante, lo moderno y lo decadente. El instante en que subimos despacio uno de los puentes y alguno dijo qué placer la primavera, qué bueno estar los dos de vuelta de tantos viajes, tantas ausencias. Por la época en que lo noté abstraído, distante, haciendo un abanico con los silencios, expandirlos y acortarlos con ritmos diferentes de lo habitual. Ese día y en las semanas siguientes fue dejando salir un prudente, casi químico, goteo:

Cumplo cuarenta,
un hijo, hija,
ser padre, vos madre,
quizás volver a Argentina,
tarde o temprano.

El cuidadoso goteo de quien riega un cactus, consciente de que un exceso de agua puede producir un rápido efecto contrario al deseado.

Tarde o temprano.

La lejanía de casa

y de tu lengua

obliga a aumentar la lente

con que se mira y mide

cada experiencia.

Impone habitar la extrañeza.

Se parece a

Viajar en una nave

con el ancla siempre suelta.

Acostarse desnuda en

el lado rugoso de la espera.

Tocar hielo con los dedos

de los guantes agujereados,

Retener la nieve con guantes de lana.

DÍA TRES

Durante la noche continuó lloviendo en la capital y en algunas provincias del país. Me desperté varias veces con el cimbronazo descomunal de algún trueno o el estremecimiento de los vidrios sacudidos por el viento y los rebencazos de la lluvia contra las ventanas, que sonaban como cristal demasiado fino, parecía que en cualquier momento iban a estallar. La tercera vez me desperté con esta alucinación: caía una bomba sobre el edificio de mi infancia, al que en broma llamábamos «el castillito», y se incendiaba. Cuando conseguía llegar a la puerta, estaba chamuscado, se desmoronaba en mis narices como una pila de carbón. O sea, tarde: estaba cerca y llegaba tarde, lo que al día siguiente relacioné con mi sensación de culpa por estar alojada en este lugar de incógnito. Me desperté sobresaltada, perdida, hasta que pude despegar los ojos y reconocí el mobiliario alrededor, la torre ciclópea asomando entre las cortinas, pero justo entonces un relámpago rompió detrás del reloj con una potencia descomunal, se quedó temblando varios segundos en la oscuridad antes de reventar, y cuando lo hizo fue como un auténtico maremoto. Me costó volver a dormirme. Eran las tres y cuarto, demasiado tarde para ponerme a ver una película o encender la luz y leer, e irracionalmente temprano para levantarme. Me la pasé

buscando poses en la cama que me ayudaran a dejar de pensar y me arrastraran con el sueño. El problema era que una puerta se golpeaba con cierto ritmo, mucho más arriba. ¿Y si la cúpula explotaba encima de nosotros con su catástrofe de vidrios?

No hubo nada de eso, aunque el resultado real, desde luego, fue una ruina. Esta mañana, la televisión mostraba cómo se evacuaban territorios enteros, casas perdidas, campos, ganado y animales devastados, comunidades en estado de shock y desesperación. La capital amaneció soleada, si bien en esta oportunidad no servía más que para encandilar el desastre: árboles caídos sobre coches aplastados, basura desparramada, techos o marquesinas arrancados. El pronóstico, además, anticipa que la calma no durará. Ya comenzaron a funcionar redes solidarias para reunir ropa, alimentos no perecederos, suministros médicos, material escolar.

Llamo a papá para corroborar que su vida diaria continúa dentro de todo con normalidad, dice que sí, se lo oye mal, hay bullicio a su alrededor en la calle, sirenas, voces que de repente suenan muy altas: está colaborando con la farmacia de su barrio —casi grita, no me oye, tengo que apartar el teléfono—, la farmacia de Sucre quedó muy afectada: entre los vecinos intentan separar lo rescatable de lo dañado, restablecer los muebles, llevar café a los empleados. Le pido que se cuide, no está para tanto despliegue; al mismo tiempo le hace bien y su aporte es necesario.

Desayuno pronto con la intención de salir a comprar media docena de botellas chicas de agua con gas, la excusa para aprovechar el rato de sol y tomar un poco de aire; primero paso a visitar a Eugenio antes de que venga a buscarlo el hermano. Quiero pedirle si me presta el sombrero, así me camufló para andar por la calle, más protegida aún de mi propia imagen. Vos facinerosa. Golpeo a su puerta en el piso siete, habitación 727, casi idéntico al

mío: suelos de cerámicos llenos de dibujos florales, en este caso azules y amarillos. Lo demás es todo igual. La diferencia —lo vi el primer día desde afuera— es que en este nivel los cuartos tienen balcones.

Le avisé por teléfono que subía y cuando me abre lo noto más apático e incluso desaliñado que otras veces, como si acabara de levantarse, aunque está completamente vestido, excepto por el saco y el sombrero, que cuelgan con pulcritud de la silla; en una rápida ojeada compruebo que la habitación ya fue ordenada.

—Las chicas la hicieron mientras bajé a desayunar. ¿Vos desayunaste?

—Sí, sí. ¿Cómo te sentís hoy?

Señala las noticias:

—¿Y cómo querés que esté?, con semejante calamidad. Qué terrible, me hice mucha malasangre. Aparte de que dormí mal.

—Yo también.

En cuanto entro me quedo impresionada por la estructura de madera que rodea su cama. Si en la mía lo original es el respaldo, en la suya el somier está rodeado por raigambres de madera entrelazadas unas con otras, como si navegaran; así se ven las raíces de las plantas dentro de la tierra. La madera danzante reptante por la pared trasera para generar un arco con forma de corazón en el respaldo. Lo más impactante es la figura que adopta a los pies, donde las ramas suben por los laterales para unirse en el centro, sobre el aire, dibujando una corona de plantas. Por ese hueco coronado se ve la cama.

—Esto no es una cama, es un escenario, es un teatro en sí —digo fascinada.

El ambiente —al igual que el resto del hotel— revela cierto estado de abandono, la alfombra rosa viejo y el empapelado

botánico refuerzan una tesitura general apagada, decaída. Un leve olor a hospital se combina con otro como de tierra mojada y no parece que sea producto de la lluvia, sino de una humedad anquilosada en las paredes, el cobertor y las cortinas. Su cuarto tiene una orientación opuesta a la mía: de espaldas a la plaza y al reloj, de frente al río, que puede verse mejor cuando abre el doble ventanal por el que se accede a un bonito, angosto, balcón. Enseguida entra una corriente de aire agradable: la sombra del edificio resguarda del calor, que de todas formas bajó bastante después de la tormenta. Dos maceteros con geranios rojos cuelgan de las rejas. Aunque el espacio es mínimo, caben dos sillas raquíticas de metal blanco ornamentado y una escuálida mesa que hace juego, con base de vidrio. Me propone sentarnos ahí afuera.

—¿Querés que te prepare un café de esos? —Señala hacia el minibar.

—No, no, te agradezco.

Pocas cosas me subyugan como la visión de grandes superficies acuáticas; el mar me resulta terrible, me produce pavor, si bien es cierto que también tiene un efecto magnético, energizante, invita a contemplarlo indefinidamente, incluso a dormirse mirándolo. El río, en cambio, me transmite malestar, algo de temor inconsciente, y además este río en especial, uf, con toda la historia de la dictadura que tiene detrás y ese color piel de enfermo..., té con leche lavado. Yo tendría la cortina cerrada. A él no parece importarle, entusiasmado me señala el Hotel de Inmigrantes:

—¿Fuiste? ¿Lo visitaste?

—Sí, papá nos llevó un par de veces cuando todavía no era el museo de la universidad. Por medio de un contacto consiguió que nos dejaran pasar a los pisos de arriba. Nunca me voy a olvidar de ese panorama: centenares de camastros de hierro alineados en

habitaciones despojadas, inmensas, y esas bachas de cemento helado, como bebederos de caballos, donde la gente se lavaba. Es uno de los sitios más increíbles que vi, tan lleno del espíritu real que debió tener cuando funcionaba como hospedaje y ciudad de los extranjeros que llegaban al país. Un día querría representar una obra de teatro ahí. Papá nos llevó a ver una instalación que hizo un artista francés, Christian Boltanski, en ese espacio, me dejó impactada.

—Uno de mis hermanos es fanático. Yo estuve hace muchos años. Me da escalofríos pensar que en ese sitio se terminó de gestar lo que somos, ese crisol de razas tan peculiar, esa combinación de culturas que nos distingue en cualquier parte.

—Si no me encontrara en situación de forajida, ya mismo te diría de ir juntos.

Abre los brazos y por primera vez hoy sonrío, muy a lo Héctor Alterio. Si tuviera que contratar un actor para el papel de Eugenio sería sin duda Alterio.

—¡Forajida! Pero sí, pero sí, qué ocurrencia más espléndida, una pena que no puedas.

Es raro verlo sin sombrero; como me ve mirarlo, se pasa la mano para arreglarse el escaso pelo hacia atrás.

—Una lástima. Dejémoslo propuesto para las próximas navidades —sugiero.

—Trato hecho. —Entonces noto que su traje es siempre el mismo, lo que cambia son las camisas, los accesorios, los pañuelos.

—Debiste traer un equipaje importante.

—No tanto, eso y un portatrajes. —Señala su valija, tamaño veintitrés kilos, apoyada de pie en un rincón entre el banco zapatero y un secreter de lo más hermoso.

—Qué belleza ese mueble, ¿puedo? —Indico al interior de la habitación.

—Por supuesto.

Las vetas de la madera, en un tono más claro, dibujan ramas y flores que parecen crecer todavía en un bosque atrapado. Tiene una tapa retráctil y miles de cajoncitos. Una preciosa lámpara de pie da la nota de color. El tallo de bronce simula un tronco enroscado con diversas nervaduras y la copa del árbol, en vidrio emplomado, está formada por grandes gajos de flores azules, rojos y verdes; al iluminarse, genera reflejos rosados, naranjas, violetas. Parece un ser vivo y no es metáfora.

—Todo en este hotel es increíble —comenta.

—¿Tenés idea de cuándo es? ¿Lo conocías?

—¿El hotel? Para nada, fijate vos, no lo tenía registrado, claro, llevo tantos años fuera del país. Antes, de joven, andaba mucho por acá, por el tren o por la estación de colectivos larga distancia, por el puerto, pero hacía años creo que no venía para este lado.

—Yo tampoco pasé últimamente.

Suena una campanita en su celular, lo revisa:

—Luis está llegando, ¿bajamos? Así no lo hago esperar, que estos ascensores tardan una eternidad, ¿te diste cuenta? —Apaga la tele con el control remoto, cierra las ventanas del balcón.

Me cede el Homburg, se ríe cuando me lo pruebo, dice que lo lleve, tiene otro. Le explico que no suelo pedir ropa así, de manera tan descarada, esta emboscada me está obligando a transitar límites impensados. Me gusta mucho su risa, no sé si lo mencioné ya, como si hacerlo reír ahora fuera en cierta medida mi responsabilidad, una tarea para la que me siento apropiada. Confieso que tengo algo con las risas en general, me atraen las personas que ríen con frescura. Pienso en esa pareja de italianos que vi el otro día en el salón, estaban compenetrados y se divertían con solo mirarse a los ojos, con toda la expresión. Volví a encontrarlos en el ascensor, subieron

muertos de risa, un piso debajo del mío, y siguieron riendo al salir del hotel: se retorcían los dos, tentadísimos, no podían parar. Hay algo orgásmico en una escena como esa, da un placer explosivo. Diría que refleja la mejor temperatura de una relación, no sé si existe complicidad más espontánea y, por tanto, más sólida. Mis padres se entendían así: cada vez que se tentaban, algo adentro mío reconfirmaba la unión. La ironía, los chistes, las carcajadas, la manera de compartir el humor barrían cualquier otra sombra. Y no cambió con los años, se sostuvo. Al recordarlos, ahí se reflejaba la admiración mutua. Uno se ríe suelto con otro cuando hay confianza. Cuánto hace que no nos pasa con Juan, y cuánto sí era frecuente en el inicio.

—A propósito, ¿no te parece extraño que estemos sin noticias del vuelo? —indago mientras termino de acomodarme el pelo.

—Rarísimo, sí, pregunté varias veces y mis hermanos llamaron a la aerolínea, pero no hay forma de comunicarse con esta gente y en el hotel responden con total desconocimiento.

—Cuando baje vuelvo a consultar. Tengo la sensación de que algunas de las personas que llegaron con nosotros ya se fueron, nos van sacando de a poco, en distintos aviones, pero ¿por qué nos demoran tanto a nosotros?

—Me encantaría poder responderte algo lógico.

Aparte de los anteojos, me calzo el sombrero encima de la bandana y, en mi cuarto, me pinto los labios con un lápiz rojo que jamás en la vida uso, ni entiendo cómo llegó a mi neceser, será de alguna actriz que se lo olvidó en un ensayo. Aumenta el travestimiento, no suelo pintarme. Antes de salir, desde la ventana mido la escena que voy a encontrar. Paso horas acá arriba contemplando la vista, tanto que ha logrado ajenarse, ya no la reconozco, se ha disuelto y se ha vuelto un cuadro, una foto. Como

tal, ha dejado de doler. Esynoes, esynoes mío. Sin embargo, sé que apenas baje, apenas ponga un pie en la calle y me asalte el movimiento, la escenografía de cartón cobrará vida, se animará, y estaré perdida. Desde mi torre, tengo la ciudad bajo control; en cuanto comience a andar, será ella la que se tienda sobre mí hasta dejarme dominada.

Por eso, en la calle camino a toda velocidad, prácticamente sin mirar el relieve de las cosas entre las cuales me muevo. Pretendo evitar que se me llene de abrojos la memoria. Imposible: acude masiva la ciudad como palimpsesto. En cuanto piso el asfalto, las voces viejas, asomadas a las terrazas, altillos y ventanas, comienzan a picar; la mía nostálgica es una piel sarpullida: rosácea melancólica, de mi latín personal. Dardos vienen de ahí y de allá, desde todos los frentes posibles —la época en que veníamos a aquel dentista con mamá, el día que fuimos en familia a ver un show en el Luna Park y cenamos enfrente, un concierto en el ex Palacio de Correos, ese bar donde me encontré con Juan para hacer juntos un trámite, la homologación del título allá en la esquina, la visita al agregado cultural de Francia con papá, en Basavilvaso, cuando ya tenía decidido que me iba, la cancillería, la confitería donde descubrí el tiramisú, un grafiti histórico, aquella pancarta, esa publicidad—, se clavan sobre y contra mi yo vulnerable, pese a que pretendo ignorarlo, atropellarlo incluso, con el paso ciego de mi fugitividad. Algunos de esos recuerdos habían caído hacía tiempo y vuelven a erguirse, inesperados, imprevistos, por el mero gusto de agujonear. Intento, al desplazarme, mirar como extranjera, desconociendo, desconciendo, desheredando, *despaisándome*, poniendo toda la distancia de mí..., igual me alcanza la púa de la pertenencia y se esmera en perforar.

¿El extranjero integrado deja, pues,
su condición de foráneo?

Bueno, responde Clara Obligado, en
realidad lo que hará ese extranjero será
caminar por un bosque de comparaciones
y ver la realidad con una visión doble,
como si la observara con un estetoscopio.

Los paseos se plagan de analogías.

Allá y acá hibridados en una sola forma.

La propia. Esa isla fundamental.

Echada en la cama boca arriba, con los pies recorro las curvas, huecos y piedras encantadas del pavo real. Hará media hora que volví del almuerzo, suena el teléfono de la habitación, atiendo sin necesidad de moverme: Eugenio. Intercambiamos novedades sobre el reporte del vuelo: nada, ni de acá ni de allá, seguimos en la ignorancia. Comió con el hermano, quiere ponerse de acuerdo para bajar a cenar juntos más tarde, temprano propone, y después una copa, como sin duda se va volviendo ritual. Antes no, explica, porque necesita tirarse un ratito a descansar y para la merienda viene gente a saludarlo. ¿Estás seguro cuando te autodefinís como un ser tan solitario?, lo provocho, contesta que eso es acá, cuando todos quieren aprovechar al máximo su estadía. Le aseguro que no se preocupe, tengo que trabajar. Intuyo que me llama para acortar las pausas, para entretenerse. Eso despierta una nueva maquinación, algo que incluso me asombra. Sin Leila y Vicky, considero acudir a una mujer cuyo punto de vista, a pesar de lo polémico, a menudo resulta interesante. O podría serlo en este caso.

—Hola, diga. —Habla muy alto, con la boca pegada al tubo, luego se dirige al interior de su casa: *Oscar, turn the telly down, I can't hear a thing*—. Disculpe, diga, ¿quién habla?

—Soy yo, Granny, Charo.

—¿Charo? ¿Charo dijiste? Debés haber equivocado el número porque nos vimos hace unos días, quedamos que me llamabas una vez por semana.

El modo en que me hace reír me cambia por completo el estado de ánimo. Me cuesta recuperar el diálogo porque la risa entrecorta cada frase, mientras ella está preguntando qué pasa, qué es tan gracioso. Divertido en ella es la seriedad con que emite aseveraciones absurdas o cómo vuelve práctico lo emocional.

—Sí, sí, abuela, nos vimos el jueves para despedirnos, y viajé el domingo, estoy en casa, en París, y tuve ganas de hablarte. ¿Está mal? ¿Te encuentro muy ocupada?

—Bueno, ocupada un poco, estoy ordenando el placard en la habitación de servicio. Se fue la última chica que trabajó en casa y viene otra nueva.

—No me sorprende, te duran poquísimo. —Apenas termino de decirlo, me enoja conmigo porque esto va a conducir la charla hacia un lugar totalmente distinto.

—Ese es tu punto de vista, a mí me sorprende que duren tanto cuando lo que menos hacen es trabajar. La gente quiere un sueldo por nada, *they want money for old rope these days*, como si uno los contratara por puro caridad... En fin, ¿a qué debo tu llamado?

—Es algo delicado que me está pasando y no encuentro cómo resolver. Necesito... Te va a sonar todavía más extraño, abuela, necesito un consejo.

—¿Un consejo mío? *You sure you don't need to see a doctor instead? I mean, your dad or your brother, they are the shrinks in the family.*

Me río otra vez, le digo que no, que un doctor no podría ayudarme y que tampoco psicólogos o psiquiatras como papá o mi hermano, sé lo que me responderían ellos, puedo anticiparlo. En todo caso preciso la opinión de alguien que me conozca muy bien pero que sea capaz de mantener la distancia. Y mujer, ideal.

—Ah, bueno, esto es distinto, me despertaste la intriga, ha

pasado poquísimas veces en nuestras vidas. —Habla de nuevo hacia otro lado—: *Oscar, I will stay here a bit longer... It's Charo on the phone... Put the kettle on for yourself, will you?* —Y a mí, torpemente—. *Hold on*, Charo, ya vengo, un momentito.

Mientras la oigo bufando y repitiendo latiguillos en voz alta, la imagino en esa casa que puedo recorrer a ciegas, mis abuelos llevan ahí unas cinco décadas. Debe estar haciendo malabares quebradizos para acomodarse en el sillón sin perder el control del teléfono. Las cuentas rápidas dan que ella tiene casi noventa, todavía no cumplidos, y el abuelo, un par más; de salud regular, lo normal para esa edad. De más chica me producía fastidio y me irritaba en particular cuando Granny exponía determinadas barbaridades sin filtro, en público, o actuaba según su intempestiva manera estrambótica, descuidando la impresión que causaba en los demás, con su engreimiento de clase, su inflexible soberbia; ahora, en cambio, soy capaz de despegarme para observarla desde otro lugar, interpretarla con los filtros que deban caber.

Un traqueteo de anillos y retorcimientos choca contra el auricular inalámbrico:

—Entonces, querida, ¿crees que llevará esto mucho tiempo? A las doce tengo que tomar mi pastilla por la gastritis.

—Vamos a terminar antes, seguro. No te preocupes.

—Sí, sí, por supuesto que sí, contame, tesoro, estoy sentada en el sillón de tu bisabuela, que vino al sector de servicio porque tenía termitos.

—¿Termitas?

—Algo como esto. Costaba más caro exterminarlas y sacarlo fuera que dejarlo acá y que se hagan una fiesta con su madera hasta que solo quede el polvo en el suelo.

—Tené cuidado, a ver si estás sentada en el aire... —La visualizo

como una elegante Maggie Smith de pelo blanco, emperifollada desde las nueve de la mañana, maquillada, con aros, perfume, en un cuarto de servicio sombrío y desvencijado.

Expuesto el motivo por el que la llamé, permanece unos minutos callada, más largos de lo que hubiera esperado. De repente dice:

—*Right then, that is quite interesting, let me see.* —Toma aire, se demora—. Creo que es pertinente primero esta aclaración. Sabes que tu familia y yo hemos tenido muchas diferencias y *expectations* sobre la vida realmente distintos. Dicho esto, y porque entiendo que si venís a preguntarme es porque lo aceptás, te pido un poco de paciencia por escucharme ya que no todo lo que diga te hará sentido... *You see what I mean, darling, even if it's crystal clear to me, not all of it will make sense to you.* —Le digo sí, sí—. Partimos de esto, esta base.

»La relación entre tu madre y yo, lo conocés de memoria, no fue sencilla, al contrario. A veces pienso que los hijos llegan para sacudirnos de nuestro *comfort*, obligarnos a cambiar o aprender cosas nuevos, nuevas. Desde que nació, Leila se estrelló contra mí sin dejarme reaccionar. —A pesar de que lo que está explicando tiene su gravedad y sé lo duro que es para ella, me saca otra sonrisa que tarda en desarmarse—. De ahí en más, su *temper*, su carácter, su visión de todo me resultaban muy, cómo describir esto, rebuscados, complicados. Hice enormes esfuerzos por entender sus ideas *but with no...* sin lograrlo. *At least, that's what I think, I'm afraid...* —Procuró contestar algo que la consuele, no me deja—. Fue así, querida, por mucho que quieras suavizarlo para que yo me tormento menos, lo he admitido, salió como salió, cada cual hizo lo que pudo. No conseguimos entendernos demasiado Leila y yo, aunque nos quisimos y mucho.

»*Nevertheless*, si puedo confesarte algo muy íntimo y pedirte

que te lo guardes con vos... *You sure? You'll keep it safe?* No sé cuánto me queda por vivir, prefiero sacarlo y que te sirva a vos, ahora que salió así. A pesar de esta dificultad que te cuento, Leila siempre me resultó más atractiva, intrigante, como persona. Comprendo que no está bien decirlo, comparar los hijos es malo, pero ella no está y tu tía no puede escuchar. Como segunda hija, Vera sí fue más fácil, también mucho más *standard, predictable, common*. Con Leila al revés, era imposible aburrirse. Yo la admiraba, la admiré no te puedo contar cuánto, incluso cuando discutía conmigo, por eso mismo, por ser personal, original, creativa, por no querer parecerse a nadie, por defender sus posturas, sus gustos, su forma de vivir.

Creo percibir que se le quiebra la voz, y eso es muy inusual en Granny, solo la vi llorar en el velorio de mamá. Aun así, considero que con la edad es normal volverse más frágil, incluso para las personas rigurosas y contenidas como mi abuela. Me conmueve que hable de aprender o cambiar a los noventa años, me parece de una gran dignidad. Después de una pausa en que la animo, sigue:

—Todo esto para explicarte que, cuando uno tiene hijos, lo único importante es quererlos de verdad, lo demás se acomoda. Por supuesto, no digo nada nuevo o miraculoso, ninguna revelación, es solo recordarte que, si no estás segura o creés que no vas a poder enamorarte de ellos, mejor no los tengas. *Please, please, don't*. No significa que yo tenía este problema con tu madre, la amé muchísimo, y aunque fallé de mil maneras, se lo pude hacer sentir. Tu abuelo igual. Por esto Leila pudo formar una familia como la de ustedes...

—Sí —contesto apenas, con una voz terriblemente compungida.

Agradezco que se detenga porque estoy a punto de explotar, una ola de inmensa tristeza acaba de taparnos a las dos. A cada lado del

teléfono, estamos braceando para volver a aferrar la orilla. Tras unos minutos de completo silencio, ella, que debe haber hecho algo similar para recuperar el sonido sepultado en la garganta, sigue:

—*Now, coming back to your..., ermmm, to your question.* — Carraspea—. Para ayudar en tu dilema, planteate esto. Tenés un frasco enorme de vidrio donde volcás monedas cada día para ahorrar. Mucha gente lo usa como un sistema para dejar de fumar: ponen ahí el dinero en lugar de gastarlo en su tabaco y arruinarse la salud. Imaginate también que tenés uno o dos hijos y lo que más te cuesta (lo sé por cómo sos, por cómo fue tu madre) es ceder tiempo, renunciar sobre tus intereses por ocuparte de los de ellos. Créeme, uno es personaje secundario cuando hay hijos, primero están ellos, *all the time*. Al menos fue así en mi época, ahora la gente, parece, está encontrando más equilibrio.

»Bueno, entonces, por cada acción tuya que desistes, depositás una moneda en el frasco. Supongamos que querés dormir y el chico pide la teta, esto demora tu descanso, ponés una moneda de un *cent* en el frasco. El chico, digamos, quiere jugar cuando vos lo único que pensás es ver una película con tu marido, tranquila, como antes, cuando no había niños, colocás una moneda de cinco *cents*. En fin, lo conocés de memoria este argumento universal. Tu frasco se llena, *day-after-day*, con los pequeños momentos propios que te viste obligada a suspender. Con los años te hará falta un frasco grande como un árbol de Navidad de esos que hay en los *shopping centers*, inmenso, o grande como la Fontana de Trevi, se desborda, seguirás poniendo una moneda detrás de otra hasta tu último suspiro. Porque los chicos crecen pero tu maternidad avanza con ellos, eso no se despega nunca. La conexión es *door to door*, del parto al entierro, y a ver ahí quién llega primero. Si llegás vos, *good for you*; si llegan tus hijos, la peor de las torturas. —Y para sí—: A

nightmare.

—Abuela...

—*Don't you worry, dear*, es lo que tocó, *I'm fine*. El punto es cómo vas a convivir a diario con esa recolección de monedas y cómo lo vas a mirar al final. Te vas a sentar en la mesa de tu cocina, ya vieja, con el frasco delante, lo vas a ver con qué ojos: ¿como el máximo premio que dio sentido a tu vida, más que cualquiera que puedas ganar en teatro, o como el oro pirata que hundió tu barco? Eso tenés que pensar. —Estoy por agradecerle cuando añade—: *And, wait, wait, one last thing*. Aunque visto así se vea como un terrible impedimento para llevar una vida artística libre, *a heavy burden, yes*, creo, que todo puede sumar a una obra y mucho, puede ser una parte importante de la obra al final. Un *contribution*. ¿No dicen que a los resultados de las matemáticas se llega por distintos caminos? Ser madre, quiero decir, puede robar tu tiempo, pero también da muchísimo material. Eso te lo aseguro por más que yo fui todo menos alguien creativo. Siendo un poco calculativa, y no es por egoísta, es por pensar en tu lugar, quizás tardes más al principio, se retrasen tus planes profesionales, pero lo que vayas aprendiendo mientras tanto, como madre, puede aumentar gigantescamente el valor de tu arte. Acordate la novela de tu mamá, la que te hizo publicar por ella, *Una casa llena de gente*, ¿no es el gran gran tema su aprendizaje gracias a la maternidad? ¿Habría podido escribirla sin vos en su vida? O preguntarse tal vez: ¿habría comenzado a escribir sin vos? *Hope it helps*.

Esta fórmula exótica para medir la incondicionalidad afectiva mediante la acumulación de centavos me trae resabios de algo que vi en un documental sobre Hemingway. Doy con el fragmento donde se narra el peculiar modo que eligió su madre para aclarar cuentas con Ernest cuando él acababa de volver de la guerra. En la famosa

carta, la señora le explica que la vida de un niño consiste únicamente en recibir, mientras que la de una madre consiste únicamente en dar y, en ese sentido, la entrega de ella funciona como un gran banco de amor. Desde que nace, un niño empieza a extraer cheques del cariño materno y sigue retirando fondos durante años, sin pensar nunca que puedan agotarse. Pero llega un momento en que el banco no puede seguir emitiendo pagos a menos que se realicen algunos ingresos. «El hijo, que ahora es un hombre fuerte de veintiún años, debe empezar a aportar algo al banco del amor de su madre... Llevas años sacando fondos de este banco, Ernest, pero casi no has hecho ningún depósito...» Al padre del escritor el texto le pareció una obra maestra, por lo que la lección se incorporó al acervo popular de la familia Hemingway.

Permanezco involuntariamente abstraída, sin anclar el pensamiento a ningún concepto puntual. Luego escribo en el cuaderno: *Conversación con granny sobre maternidad (frasco monedas = peso materno). Carta madre Hemingway (reclamo de cheques dados por amor). Nota mental: hacer un curso sobre inversiones y finanzas en caso de aceptar el reto de traer hijos al mundo. Mamá muerte temprana por cáncer. Ernest, suicidio.*

Radicarse en otro país

llevar a cuestras, a upa,
una reproducción infantil de vos misma;
arrastrar una sombra que se desfasa,
te sigue a su ritmo, a destiempo,
como si a cada rato fracasara.
Superpuesto siempre el idioma original

y su traducción desafinada.

[fracasara]

Mientras trabajaba en mi estrambótico escritorio circular, noté cómo el cielo se transformaba gradualmente y sin embargo muy rápido: iba perdiendo esa tonalidad celeste límpido a medida que se apelotonaba de nubarrones redondos, gruesos, de un gris muy negro. Desde hace hora y media otra vez diluvia. Lo único que se oye son cántaros de agua cayendo. Será por eso que todo el mundo ha coincidido en la zona del bar para la merienda, no hay adónde ir.

Paso de perfil, con la mirada en alto, junto a las dos mujeres litigantes que toman café en el bar, se las siente conspirativas, *chuchotean* sin parar, una inclinándose sobre la otra, ida y vuelta, toman café y comen budín esponjoso, las mejillas regadas de azúcar impalpable. Simulo no verlas. Supongo que estarán preparando la estocada final contra la aerolínea y refregándose las manos a la espera de los beneficios resarcitorios que obtendrán, creen que obtendrán: una espera muy godotiana en cualquier caso. Bien cerca de ellas, el matrimonio con los chicos rubios parece descansar, se los ve en paz. Recostado entre dos sillas, el nene se quedó dormido con la cabeza en la falda de la madre; con un pie semidesmayado, ella mueve el carrito de la bebé también dormida. La nena juega con un aparato móvil, no sé si es un teléfono u otro dispositivo, en ese momento calculo que rondará los siete años y tiene cara de inteligente, de astuta. La madre francesa y su hijo leen un libro cada uno. Intento ver el título de ella: Jean Cocteau, *Thomas el impostor*; sospecho que el chico debe tener escondido el teléfono entre las

páginas abiertas. La pareja de italianos, mi versión de Paolo y Francesca, habrá elegido seguir riendo en la intimidad, no andan por acá. Los tres ejecutivos se ven muy compenetrados en unas notebooks y cuadernos que han desplegado sobre la mesa, mezclados con las tazas de café. Cuando paso junto a ellos, oigo:

—Esto ya está. Vamos al gimnasio.

—Os propongo un juego, uno en el que siempre gano. Podemos usar esto mismo —dice alzando de la mesa un recipiente transparente lleno de sobres de azúcar y edulcorante.

—Si no puedes perder, no es un juego. —El segundo.

—Puedo perder, pero gano siempre.

—Vamos a probar. —El tercero.

—Si no puedes perder, no es un juego. —Otra vez el segundo.

—Vamos a probar. —El primero.

Justo cuando estoy pensando que mejor vuelvo al cuarto para evitar el gentío, veo aparecer a Eugenio, se nota que sondea medio erráticamente entre las mesas, un tanto perdido. Le salgo al cruce para que me vea. Dice que sus sobrinos —el sobrino y la esposa— vendrán a tomar un café, todavía queda un rato, le dijeron cerca de las siete, son solo las cinco y diez. Insiste en que le haga compañía, estuvo mucho tiempo en la habitación. Y salir a dar una vuelta, imposible. Cuando el mozo pregunta qué queremos, me pido una lágrima en jarrito y él, una limonada.

—¿Una limonada? —reacciono con sorpresa.

—Sí —me contesta. Y al mozo—: Con azúcar, por favor.

—¿Con azúcar?

—Sí, querida, ¿qué te sorprende? —Asiente para que el mozo proceda.

—Nada, ¿siempre tomás eso?

—Todas las tardes, religiosamente.

—¿Y comés omelette? Huevos revueltos...

—Todas las mañanas. ¿Cómo dedujiste eso? No compartimos nunca el desayuno.

—Eugenio... —Me aparto para mirarlo.

—¿Qué pasa, qué hice, qué dije?

—Es que, te comenté una vez, me recordás a Pessoa, al Tabucchi de Pessoa, al Pessoa de Tabucchi, y ahora con esto a Pereira.

—¡Madre santa! ¿Quién es Pereira? ¿Inodoro Pereyra?

—¡No! El personaje de *Sostiene Pereira*, ¿no viste la película con Mastroianni?

—No me suena.

—Es el libro más conocido de Tabucchi y ahí el protagonista, Pereira, que es muy similar a Pessoa, bastante tu estilo, aunque vos sos delgado, Pereira está entrado en peso..., toma limonada y come omelette todos los días, creo que en el almuerzo. También es soltero, viudo más bien, y no tiene hijos.

—Ah, bueno, nena —se ríe con ganas—, qué nivel de detalle, por el amor de Dios.

—Ya sé, suena estúpido, de verdad, es que... Puff, no sé, algo hay.

—Vos y tu literatura, a veces pienso hasta dónde va a llevarte.

—Es lo que le reprochaba mi abuela a mamá. De chica juraba que iba a salvarme del karma materno o leilense...

—Si karma llamás a la literatura, es evidente que no solo no te salvaste, sino que es un conducto de tu aparato respiratorio.

Nos quedamos en silencio mientras el mozo descarga sobre la mesa nuestro pedido, y luego pasamos otros segundos en silencio, como si no supiéramos de qué hablar.

—Sabés que hace un rato me crucé con las dos señoras esas —

señala hacia las litigantes—, conversaban cerca de la entrada principal con otra pareja. Ellos mismos me sumaron a la conversación. Decían que, al parecer, tal como vos observaste, ya se fueron algunos de los grupos que habían llegado con nosotros, no los alojados aquí, sino en el Sheraton.

—¿Ellas consiguieron comunicarse con la aerolínea?

—En absoluto, por eso están enfurecidas, tratando de mover cielo y tierra, según dijeron, aunque yo no las noto tan desgastadas con esta vida de hotel.

—Todo lo contrario. —De reojo las veo pedirle algo al mozo. Como de costumbre, bromean con él, lo someten a un diálogo de esos que al tipo lo tendrán harto; se le nota en la expresión, donde se refleja un pedido de clemencia—. Entonces, esperá, la averiguación sí dio como noticia que la aerolínea sacó primero a los que estaban parando en el Sheraton, a nosotros nos están dejando para el final.

—Exactamente. Los priorizaron.

Intuyo que da vueltas para retomar el tema que quedó a medias antes, el de Juan y los motivos por los que yo me anulo en el hotel.

—A ver, querida, reconozco que estás ante una elección complicada, pero no es algo drástico ni terrible. —Suelta por fin. Se alisa el bigote, se quita los anteojos, se refriega los ojos y los vuelve a colocar.—. Me pasó algo muy similar cuando mi exmujer quiso quedarse en la Argentina, y yo en cambio opté por volver a Francia. Lo único que me sale aconsejarte es que trates de representarte cómo te sentirías en cada situación. Si volvés con tu pareja acá, si te quedás sola allá. Que tampoco sería sola, sería sin él, a decir verdad, habrá otras compañías, en particular para una joven interesantísima como sos.

—Bueno, es el quid que me atormenta, lo que no es fácil de

destrabar. —Y para conducirlo fuera de mi órbita—: ¿Te despedís fácil cuando te vas? Del país quiero decir.

—Cada vez que dejo Buenos Aires me arrepiento, los días previos a volar estoy repitiéndome qué tontería, por qué no me quedo, si se está tan bien acá y voy a extrañar como un energúmeno allá. Me pregunto qué diablos estoy eligiendo, qué valores antepongo, si no hay nada como la familia y lo propio... Infinidad de situaciones así, teniendo en cuenta la cantidad de veces que viajé durante estas décadas. Sin embargo, ¿cómo explicarlo? Es un misterio: me subo al vuelo y se me pasa, como si entrara en otra dimensión. Aterrizo en Francia, abro la puerta de mi departamento en Lyon, y me encuentro tan a gusto, tan plenamente yo... Me vuelve ese entusiasmo de acomodar mis cosas, instalarme, recomenzar. Y así con cada ida y vuelta se repite el asunto sin solución de continuidad. El sentimiento del emigrado no tiene remedio.

—¿No será esa, en parte, la razón?

—¿Cuál, querida?

—Usaste la palabra *recomenzar*: hay como un vivir doble o múltiple si uno siempre se está yendo. Cada vez que te vas, cada vez que llegás, el eterno retorno.

Medita unos segundos.

—Con toda probabilidad, sí, quizás hayas descubierto algo. Gracias a la biblioteca de mi hermana que en buena medida quedó en mi casa, he leído mucho a un filósofo danés, Kierkegaard, padre del existencialismo. Él decía: recordar es mirar hacia atrás, supone una forma de melancolía que nos mantiene presos del pasado. El recuerdo hace al hombre desgraciado porque intenta recuperar lo que ya no está, lo que jamás volverá a ser igual. Repetir, en cambio, es mirar atrás pero viendo adelante. Repetir es reciclar, renovar,

modificar. Porque no es volver a hacer lo mismo de manera mecánica, sino recuperar lo viejo en una nueva dimensión. Reencaminarlo, darle una nueva oportunidad.

—Por ahí, pienso en voz alta, las personas que necesitamos valernos de ese juego somos las más obsesionadas con el paso del tiempo.

—¿Cómo lo relacionás?

—Es justo así: cada vez que uno llega acá y luego allá, y otra vez acá y otra vez allá, en cada aterrizaje, en cada «instalarse», como vos dijiste, ¿no habrá una especie de ilusión de multiplicar el tiempo y las experiencias? Como mecanismo inconsciente, digo.

—Mmm. Eso no sé. Entiendo adónde vas, como si uno viviera más veces dentro del mismo lapso en que otros viven una sola capa de realidad. —Con la vista fija en la punta de sus zapatos, ensimismado—. En un terreno más concreto, material, ideológico, político o como quieras llamarlo, también es evidente que elegimos un determinado modo de vida, un entorno, una cobertura de necesidades que cada uno por distintas razones no encuentra en su lugar de origen. Aparte, no dejemos de pensar en la gente que se destierra por cuestiones infinitamente más hostiles, como la guerra, las invasiones, la miseria, el hambre, las pestes.

—Sí, esa es otra forma de migrar. ¿Te fuiste muchas veces?

—Tal vez demasiadas, al punto casi de perder la cuenta, o la identidad, y poder admitir que al final vivo con un pie en cada lugar. Soy las dos cosas. *Soy dos, y entre ambos la distancia*, dijo un poeta, y lo registré porque me sentí tan reflejado.

—Linda frase, me la guardo —digo mientras tomo el teléfono para anotarla—. ¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te fuiste y volviste tantas veces?

—Alguien que no me aprecie podría responderte de esta manera: fue un cobarde, le dio la espalda al país toda vez que se presentó una crisis. Un cómodo.

—Lo dudo muchísimo. ¿Cuántas veces, cuáles?

—Empecé por la fuerza, durante el Proceso, la dictadura.

»Como cientos de otros, me vi expulsado. Qué digo cientos, miles. Miles. Una especie de potencia negra e informe nos empujaba en masa hacia uno de dos extremos: la muerte o el desarraigo, el insilio o el exilio, como dice una amiga que pasó por lo mismo. Y aunque el exilio es terrible, creo que el insilio debe ser peor: significa quedarse en el conflicto hasta las últimas consecuencias. También daba más, cómo llamarlo, ¿orgullo? quedarse y hacerle frente al monstruo. Queriendo y sin querer, muchísimos se inmolaron por un profundo sentido de justicia, en defensa de causas humanitarias que, ¿quieres que te diga?, hoy me parecen tan abstractas. En su momento estaban, creímos en ellas: hubo bastante de heroísmo e ingenuidad. Por salvarnos, muchos rajamos a lo loco, a ciegas, en la insolvencia total. Claro, no sabíamos bien lo que pasaba ni teníamos cabal noción al principio de lo que estaba por venir. Yo tenía veintisiete recién cumplidos cuando nos fuimos en octubre de 1976, junto con mi hermana Elena, que tenía veinticinco. Ella estaba más expuesta, la petisa: chiquita de físico pero tan grande de espíritu, una idealista loca, capaz de cualquier cosa por sus teorías políticas y un concepto muy definido del país, del futuro que deseábamos para el país, algo que yo no tuve para nada tan marcado. Hasta entonces no me había planteado irme, jamás, me sentía muy arraigado, y sin embargo con el tiempo me di cuenta de que no estaba tan vinculado emocionalmente como ella.

»Mi padre era un médico clínico querido, respetado, por sus pacientes y por la comunidad médica de los hospitales, y mi madre,

ama de casa. Después de tenernos a Elena y a mí, por cuestiones de salud de mamá, hicieron una pausa larga y de repente tuvieron otros tres hijos seguidos: Horacio, Luis y Mónica. Entre Mónica y yo hubo un arco de doce años. Mis hermanas no se llevaron de forma armoniosa, son tan distintas: Elena no se casó, en cambio fue un alma volcada a su mundo intelectual, de izquierdas, peronista militante, antisistema en un sentido amplio. Moni al revés: su gran aspiración era casarse y tener hijos, cosa que hizo, tuvo cuatro. Ahí hay un misterio que me apasiona: ¿cómo es posible que gente criada en un mismo microuniverso salga con personalidades tan opuestas? Resulta que ahora viven juntas porque la menor se separó y cuida a la mayor, que por desgracia desde hace unos tres años, poco antes de que estallara la pandemia, comenzó con signos de alzhéimer, creo que el tipo de vida que llevó la desgastó demasiado.

»Por cercanía de edad, Elena y yo nos volvimos muy unidos. Los otros todavía estaban en el colegio cuando nos fuimos del país; Horacio acababa de terminar la secundaria. Ella había estudiado Magisterio, era maestra en dos escuelas. Como tenía un carácter podrido importante y demostraba una gran necesidad de independencia, papá le armó un cuartito que había en el fondo; era de esas casas chorizo, largas, raras, laberínticas, donde antiguamente vivía más de una familia. Incluso le hizo una entrada independiente por el garaje, para que ella entrara y saliera sin que la molestaran, y sin discutir con nadie, porque era bravísima. La ventaja fue que nuestros padres eran gente de mente abierta, comprensiva y no demasiado anticuada, o no tanto como los padres de otros amigos que miraban mucho el deber ser, lo que corresponde, lo que espera la sociedad, ¡el qué dirán! A los míos no les preocupaba, por ejemplo, que Elena o yo a esa altura nouviéramos urgencia por el casamiento, ella sobre todo. Pasados los

veinticinco, la mayor parte de nuestros amigos se habían casado y empezaban a tener hijos. Solo por su condición de mujer, mi hermana ya perfilaba para lo que entonces se consideraba una solterona, y nunca vi que mi madre le hiciera un planteo por esa razón.

»Atravesé la carrera de Derecho a toda velocidad, mientras hacía prácticas en un estudio de abogados y era ayudante de cátedra en la UBA. Me iba bien, prosperaba, noviaba con una chica encantadora, Teresa, un gran amor. Pelirroja igual que vos, ahora veo la similitud, aunque a vos hay que adivinarle el pelo, lo tenés siempre cubierto. Me había mudado con mi abuelo paterno, “el francés” le decíamos entre nosotros, aunque a él lo llamábamos papí, como se dice en Francia; a la abuela, mamá, suena gracioso. Papí había llegado de chico con sus padres de una zona empobrecida de Alsacia. Me fui con él cuando enviudó, para hacerle compañía, no muy lejos de mi familia, en el barrio de San Cristóbal. Estaba muy achacoso y melancólico el viejo, por la pérdida de la abuela, necesitaba atención y cuidados permanentes. Yo lo adoraba, tenía algo especial con él, y él conmigo; había una identificación entre los dos que iba más allá de las palabras, porque él era de muy poco hablar, pero conmigo tenía una forma natural de estar, de entendernos. Una vez que falleció, me quedé en su departamento, quiso dejármelo a mí por lo que me había ocupado. A mis hermanos les pareció justo; a algunos de mis primos, no tanto. Lo que nunca dejé de preguntarme es si habrá alguna conexión con el hecho de que yo eligiera Francia para migrar: hice el contraviaje, volví a sus raíces.

»Como alumno y profesor, participaba en el centro de estudiantes, asistía a asambleas interminables donde se dirimían cuestiones como reclamos por condiciones de cursada, pedidos de más turnos de exámenes, mejoras edilicias, extensión de horarios de

biblioteca, en fin, cuestiones de convivencia académica. Lo que pasa es que, claro, ahí también se debatían otras cuestiones más delicadas: garantías constitucionales, detenciones arbitrarias, reformas penales, procesos judiciales politizados. Y figurate que además los centros convocaban a marchas por el boleto estudiantil, la autonomía universitaria, protestas frente al rectorado, huelgas... Con esto quiero decir que no todos los que se reunían allí eran militantes, mucha gente iba por reclamos comunes, como se había hecho antes y como se haría hoy mismo. Yo ni siquiera me consideraba militante pero eso era considerado "subversivo" y cualquiera que hiciera lo más mínimo en esos sentidos o que estuviera cerca de alguien involucrado en esas acciones ya caía entre los potenciales sospechosos, se le complicaba la vida.

»Mi hermana era otra cosa, ella sí mucho más activa, más comprometida socialmente, trabajaba como voluntaria en cooperadoras y, a través de un novio que estudiaba Psicología, se había sumado a colaborar con actividades de acción social que organizaba la UBA. ¿Qué hacían? Mirá, eran grupos de extensión universitaria que se dedicaban en particular a la educación popular para comunidades marginales, analfabetas o carenciadas: daban apoyo escolar, talleres en villas, campañas de alfabetización, incluso se ocupaban de los comedores escolares o barriales, les conseguían ropa, útiles, libros. Loable, pero la dictadura veía esto como "semillero de zurdos". En determinado momento, Elena empezó a tratarse con personas que me eran desconocidas y a cambiar de domicilio todo el tiempo; en cierto punto, por mi cercanía con ella y con otros, tuve que empezar a hacer lo mismo: quedarse en un mismo sitio más de equis cantidad de días era algo suicida, te iban a buscar los represores y te juro que te encontraban donde fuera si hacías la misma rutina diaria. Por eso nos veíamos en lugares

distintos, no parábamos de movernos. Y después..., cuando se puso más espeso, Elena empezó a ayudar a algunos perseguidos a salir del país, o a encontrarles escondites, o transmitía información de desaparecidos a sus familiares, desesperados por saber algo. Riesgoso, muy riesgoso, también infinitamente valiente.

Además del novio, Lelé (le decimos así los hermanos) andaba mucho con Romeo, hijo de una buena amiga de mamá, Paulina Araujo. A Romeo lo desaparecieron el 5 de agosto de 1976, se lo llevaron de la puerta del trabajo, ahí en el INTI, a plena luz del día y en medio de un montón de gente. Después lo supimos por un compañero de oficina que vio el episodio desde la ventana de un primer o segundo piso y no tuvo tiempo de hacer nada. Sí vio cómo le tapaban la cabeza con una prenda y lo metían de prepo en un auto, lo empujaron adentro. Parece que él se resistió, pero los milicos hijos de... —aprieta el puño, una mueca de desprecio le tensiona la cara— lo revolearon a lo bestia. Nunca más volvimos a saber de él. Para nosotros fue un cimbronazo terrible, terrible, lo queríamos muchísimo, y Paulina, extraordinaria mujer, quedó destrozada de por vida porque el chico jamás apareció. Apenas supe, corrí a buscar a mi hermana. Me fui hasta la escuela, esperé a que saliera de clase, me dijo que tenía no sé qué reunión y entonces quedamos en vernos a primera hora del día siguiente, en un bar distinto de los que solíamos frecuentar. Ese día la esperé dos horas, las más angustiantes de toda mi vida, esas y las que siguieron... No me quedé ahí sentado, sino que iba y venía a cada rato por si me estaban relojeando, y la cosa es que no llegó, no vino. Pensé lo peor. Fui a lo de mis padres por ver si sabían algo. Ellos empezaban a sentir terror porque ya habían secuestrado a varios conocidos nuestros o les habían saqueado las casas a los parientes, y se daban cuenta de que el círculo se cerraba sobre nosotros. Estuvo viva la

vieja, me dio nuestros pasaportes franceses y me dijo váyanse. Así nomás: querido mío, haceme el favor, ustedes váyanse; le pregunté adónde, contestó no sé, váyanse adonde puedan, a Uruguay, a Brasil, a México, a Europa.

»Cuando pasé por la puerta de mi departamento en el auto de un amigo, vi un Falcon mal estacionado en la cuadra de enfrente y la luz de mi piso prendida. Los desgraciados me dieron vuelta la casa, en ese momento desde luego no entré, por si todavía estaban ahí, sino días después. Se llevaron un reloj de mi abuelo que adoraba, no por el valor económico sino sentimental, y unas baratijas. Ni me acuerdo dónde dormí las noches siguientes, sí que esa misma mañana vino a verme una amiga de mi hermana a la facultad: me informó que Elena estaba escondida, a salvo, no quería salir porque la buscaban. Cuando después la reencontré me contó que había estado encerrada en el subsuelo de un taller mecánico de Lanús, junto con el novio y más gente. Una locura.

»Entre una cosa y otra, papá se asustó y nos sacó dos pasajes a Francia. Le quedaba poca familia lejana allá, pero dijo: Si les preguntan, están yendo a pasar unas vacaciones con mi primo Albert en Lyon, aquí está la carta de invitación. Había comprado pasajes de ida y vuelta para disimular, si bien realmente sabíamos que eran solo de ida. Teníamos todo para pensar que podíamos estar en la lista negra y que nos detendrían al salir; por suerte no ocurrió; unos meses más tarde habría sido más complicado. No vuelvan, por ahora no se les ocurra volver, dijo papá muy conmovido. Albert era un primo segundo que fue bastante indiferente a nuestra llegada; un tipo apático y depresivo, su mujer sí nos ayudó en algunos aspectos y en los primeros trámites hasta que nos fuimos acomodando a vivir ahí. Primero en Lyon, después una temporada en París. La sensación al salir de Ezeiza fue la de

haber pasado por delante de una torre de treinta pisos dos segundos antes de que se desplomara entera encima de nosotros.

Si
migrar o exiliarse
significa vivir con la esperanza de volver al punto de
partida, al lugar de pertenencia;
si supone vivir aferrado a esa idea y a esa fantasía,
¿qué simboliza entonces querer ser siempre un
extranjero? ¿Perpetuar el estado de nostalgia? ¿Alguien
se encuentra cómodo ahí? ¿O, por el contrario, se trata
de querer existir incómodo, con un pie fuera?
En particular fuera de sí.
No es tan distinto de escribir, de vivir escribiendo:
un estado de inquebrantable incomodidad.

Escribir puede definirse como residir fuera de cuadro,
que se parece a residir ingravidamente o no residir,
a estar constantemente de paso.

Escucho sin perder palabra hasta que algo, a un costado, empieza a interferir con mi atención. Un cierto movimiento que va y viene, cerca de nosotros, ha conseguido distraerme; Eugenio no se percató, continúa sumido en su relato. El padre de los niños rubios, Jasón, pasa rumbo al drugstore unos metros más atrás (una tienda que vende cosas muy extrañas como souvenirs y golosinas o bebidas importadas, y que maneja unos horarios de lo más peculiares, por lo que suele estar cerrada). Vuelve el padre con una mochilita de Harry Potter, tela bordó con escudo amarillo, y sogas ajustables, lo lleva hasta su mesa. Pregunta a la hija, que sigue absorta en un juego del iPad:

—¿Te gusta esta mochila?

La nena hace un esfuerzo por salir de la nube aerostática donde estaba encerrada para focalizarse en la consulta. Mira la mochila, mira al padre, mira el juego y con los ojos en la pantalla responde desde una voz biselada:

—Puede ser, pero ¿para qué la quiero?

—¿Te gusta o no? —insiste él, impaciente.

Claro, pienso, ¿para qué vamos a reparar en la respuesta de un chico si lo que nos importa en sí es nuestra pregunta? Tiene toda la lógica. El bolso es sencillísimo, más de promoción que otra cosa, y debe costar una millonaria cifra de cinco o seis dólares, aunque en el drugstore del hotel tal vez se vende a precio inflado. La hija lo ignora. Eugenio sigue explicando la tremenda transformación de su

hermana que atravesó una gran depresión, y se explaya acerca de cómo fueron las gestiones de las que él se ocupó para poder irse los dos del país.

—Eh, ¿qué decís?, ¿está linda? ¿La querés? —retoma el padre, que no deja de moverse de aquí para allá con la tela promocional lánguida, desinflada, colgando de las sogas. Por un segundo pienso que así sentirá su autoestima y que más le valdría adquirir la bolsa para ahogarse con ella.

La escena se repite. La niña levanta la vista, con vaguedad acepta:

—Sí, está bien, la quiero.

A pesar de la confirmación anhelada, el hombre continúa de pie con la mochila en la mano, la mira y mira a la nena, luego a la esposa, que sigue sentada y acaricia el pelo también rubísimo del niño, sin opinar; está curiosamente sedada, adormecida quizás por algún tipo de pastillas terminadas en -epam.

—¿Seguro la querés? —Dopamina en aumento.

La nena desvía de nuevo la vista del aparato que sí le importa y contempla con extrañeza al padre sin saber qué decir.

—Puede ser..., ¿para qué la necesito?

Con sus pantalones chupines y camiseta cuello polo, marca El Ganso, el hombre cuasicalvo dice okey y desaparece rumbo a la tienda, como si se hubiera ofendido; vuelve con las manos vacías. El nene se está despertando, la madre busca un pañuelo en la cartera para limpiarle la nariz, el padre anuncia a su hija mayor:

—Mejor no la llevamos. La próxima compramos una para vos y otra para tus hermanos.

La criatura lo contempla como un padre observa a un hijo que está pensando ¿volveremos a este hotel?, solo que evita complicarse: asiente con los ojos en la pantalla.

—Aunque, si la querés muchísimo, podemos ver de llevarla ahora.

Se retira otra vez hacia el drugstore y vuelve con el producto, el vellocino de oro, el chivo expiatorio de su crisis de identidad. Por encima del hombro, advierto que la vendedora de la tienda lo está mirando con los brazos en jarra, confundida. Mi incredulidad es similar. Eugenio dejó de hablar, atraído por el intercambio padre-hija. Igual asombro deben de haber experimentado las litigantes, porque las dos han estado tan pendientes de la secuencia como yo, hasta que la de rostro archimboldesco no consigue contenerse y le dice al señor, en voz bastante alta:

—Disculpe que me meta, no pretendo ser indiscreta ni mucho menos dar cátedra sobre crianza, uno ya sabe lo difícil que es ser padre o madre, más en este mundo tan tecnológico, si nos lo enseñaran... No tuve hijos propios, pero fui maestra y psicopedagoga toda la vida de chicos pequeños. Veo muchas muestras de que su hija no estaría precisando ese bolso y es lo suficientemente sensata como para darse cuenta, en cambio usted presiona y yo no puedo sino preguntarme: ¿por qué?

La amiga de voz tanguera, Gaudiana, intenta frenarla: aprieta la garra sobre el brazo fornido, justo donde un reloj antiguo lo está asfixiando, la obliga a mirarla, hace un gesto de negar con la cabeza como diciendo no te metas. Tarde, Medea de Cólquide —ahora esposa guerrera— se apronta a domar y uncir dos toros bestiales que asedian a su acorralado esposo, Jasón:

—Háganos el favor, señora, métase en sus cosas, que aquí nadie le pidió su opinión. Ni nos importa —dice desde su sillón mientras se incorpora del repantingue letárgico que parecía tener hasta el momento.

La exmaestra no se amilana, por algo es la jefa de los

querellantes:

—Eso está clarísimo, que no les importa, de lo contrario... Tan buenitos que son esos chiquitos. —Risa forzada.

—Si son buenitos será por una razón, ¿no cree que algo habremos hecho como se debe? —El padre, envalentonado por el espaldarazo de su esposa, la princesa de Cólquide, cuyos bálsamos mágicos lo vuelven de repente invulnerable al fuego de los toros, la mira buscando aprobación.

—Oiga, ¿es que no entiende? Nos da igual que haya sido maestra o psicowhatever. No precisamos su opinión, guárdesela. — La madre, en pie de guerra, literalmente de pie.

—No se pase, que mi amiga lo ha hecho con intención noble. — La tanguera, apretando cada vez más fuerte la muñeca de su compañera.

Increíble pero cierto, de pronto irrumpe uno de los barbudos:

—Llevo un rato observando a este señor y la verdad es que estoy con usted —señala a Archimbolda—, vamos, que no doy crédito, ¿qué tipo de padre se comporta así con su hija? Ella está tan tranquila, y usted venga a machacarla con la basura esa, pura chatarra barata. Le ha dicho veinte veces que le da igual. Hombre, yo creo que ya está bien.

Nueva prueba para Jasón: de la tierra brotan guerreros armados (los espartos), nacidos para matar. Tendrá que eludirlos para sembrar los benditos campos de Ares.

—¿Me está hablando a mí? ¿Se refiere a mí? —El padre se dirige al español, aunque con recelo, desde lejos, no sea que el barbita y sus colegas decidan pasar a las manos. A todas luces saldría perdiendo, incluso contra uno solo.

Prurito innecesario, su mujer se encarga de pronunciar el reto a duelo. Ella, poderosa descendiente del Sol, capaz de asesinar a su

hermano y a sus retoños con tal de salirse con la suya y defender a Jasón, interpela al español:

—Un momentito, ¿quién es usted para venir a decirnos cómo se maneja una familia? Si ni tendrá hijos.

—¿Quién ha dicho que no tenga? —Sonríe—. Tres tengo, fíjese.

—Fui yo la que dije que no tenía hijos. —La maestra, arrepentida posiblemente por la tempestad que despertó a su alrededor.

—Mire, a mí no puede importarme menos quién tiene o no tiene hijos aquí, me da igual, métase en sus cosas —advierde el padre.

—Yo lo único que decía es que la nena no... —intenta explicar la maestra un poco compungida, pero el barullo ha escalado y es tan intenso que no se oye el resto de la frase.

—De todas formas, lo peor es esta costumbre de anestesiar a los niños con los móviles —surge de pronto la voz de un segundo español desde su asiento—. Ya solo eso es una vergüenza.

—Y una auténtica pena. —Gaudiana, menos temerosa.

—Más que una pena, un veneno, vamos —agrega el tercer empresario.

Eugenio me contó que estuvo charlando con el trío: uno es arquitecto, otro interiorista y el tercero, algo así como planificador de ambientes o curador de espacios. Trabajan con proyectos de lujo para marcas internacionales. Están radicados en Francia y habían venido por trabajo a Buenos Aires. En broma le pregunté: ¿serán trillizos?, y él muy serio me respondió: no, no me parece.

—¿Qué significa esto? —lanza visiblemente acorralado el padre, ruega auxilio a su mujer—. De repente todo el mundo se toma atribuciones y deciden opinar sobre la educación de nuestros hijos...

Medea ardiente, como si el efecto -epam se hubiera desvanecido:

—Suerte que no vivimos más acá, esto es una pequeña muestra

de cómo funciona este país de porquería, este país de cuarta, es de una vulgaridad espectacular.

—¿Qué tendrá que ver, si nosotros somos españoles?

—¡Ja! Lo que faltaba —espeta la madre—. ¿Y a quién cree usted que le debemos la pesadilla tántrica de ser como somos? ¿A los rusos, a los húngaros?, ¿eh? —Le hace montoncito con la mano—. ¿A los africanos, quizás? A ver si cada uno empieza a hacerse cargo de sus palabras iy de sus acciones!

—Eso es —se suma el esposo—, si al menos nos hubieran colonizado los ingleses, o mejor, los franceses, ya ve usted cómo estaríamos, como Canadá, y no como esta...

Más guerreros atentos nacen del suelo agredido por el argonauta y su esposa:

—Ah, no, no, a nuestro país no se lo insulta. —Y acá sí que no consigo salir de mi sorpresa: es Eugenio quien acaba de pronunciar esa frase, con el índice en alto y el moño de la camisa torcido, sin sombrero.

—Claro, nosotros no podemos opinar sobre el país, pero ustedes, tan campantes, tienen autorización para cuestionarnos, ¿por qué no se meten un poquito...?

—Epa, epa, cuidadito, más respeto con el señor, que es mayor. —Sacando un pecho que no es de despreciar, la maestra archimboldesca se levanta y avanza hacia el padre.

A un costado escucho a Eugenio suspirar en voz baja:

—Ni que usted fuera mucho más joven, unos pirulos menos.

—Vamos a ver —sube la voz el tercer español—, vosotros lleváis ya varias décadas en democracia, elegís a vuestros políticos que llevan el país como lo llevan, yo no voy a entrar en eso ahora, pero como en todas partes al final son unos corruptos, y resulta que la culpa es de la conquista de hace quinientos años. Si en el medio

fuisteis el granero del mundo, el silo del universo, ¿no? Pero claro, de repente se os dio vuelta la tortilla, y ahora la culpa la tenemos los españoles, ¡es la hostia!

—¡Las palabras! —La tanguera, abochornada.

—Estos te chantan la tortilla en todas partes. —Eugenio por lo bajo.

—¿Me vas a vender que en España no hay corrupción? —El padre.

—¿Pues no acabo de decir que corrupción hay en todas partes?

—Además, permitidme un detalle, en la gran mezcla de razas que es Argentina, el caos os lo han metido los italianos. Los mayores vendehumos del planeta. —Otro español.

Justo en ese momento, como si lo hubieran ensayado, vienen entrando al sector del bar Paolo y Francesa. Al primero se le desarma la sonrisa y suelta la mano de su novia para decir:

—*Ma cosa sta dicendo questo signore? È impazzito?* —Se aproxima con temple bravucón hacia el español tercero; su novia intenta sujetarlo del brazo, él se zafa.

Medea brinda, en ponzoñoso secreto, un consejo estratégico a su esposo: no reaccionar con fuerza bruta, Jasón, debes lanzar una piedra en medio de los guerreros; al no saber quién la lanzó, se atacarán entre ellos.

—No soy ningún impedido —torea el aludido español, que entendió mal el término *impazzito*—, basta con estudiar la historia de Argentina, cosa que no sé si usted ha hecho, para ver claramente de dónde viene la esencia de su malestar: del anarquismo y de la mafia. ¡Esas son las auténticas raíces del problema social actual! Por mucho que lo queráis negar. —Con una risa impostada, agrega—: ¿Y quiénes son los responsables del invento?

—Eso es, tío, tú lo has dicho —aplaude el segundo español.

—*Cosa sta dicendo?* —El ceño fruncido, la mirada aturdida, Paolo consulta a Francesca, que le explica al oído.

—Si no sabe hablar español, no se meta en discusiones que no puede sostener. —El español tercero.

—*Il mio marito...* —La chica se detiene y retoma—. Mi *marito* sí que comprende *lo spagnolo*, *ma io* lo hablo *meglio*. *E quello* que usted *sta dicendo* è una falta *di* respeto *e* una falacia *totale*. *Totale!*

Nuevo paso al frente de la madre:

—Disculpame, ¿no? —a la chica italiana—, vos me caés súper, súper, ¿viste que el otro día estuvimos charlando de lo inservibles que pueden ser los hombres y todo eso? —Aterida, Francesca sacude la cabeza y mira a su pareja con desesperación, pero pareciera que él no entendió, no para de preguntar: *Che succede?*—. Sin embargo, sin embargo, algo hay en lo que están diciendo que no sé, podrían tener cierta razón, ¿viste? Y mirá que los españoles me caen péssimo, lo que se dice péssimo, con esa soberbia de colonizadores, con su península y su leísmo y su jamón serrano del...

—¡Oiga, señora! ¿Tengo que recordarle que Cristoforo Colombo era italiano? —Un español, me los confundo, no sé cuál es primero, segundo...

—No es necesario recordarme nada porque quien lo mandó a conquistarnos fue la desquiciada esa de Isabel la Católica. ¡Me vas a dar clases de historia a mí! ¡Ja! —La madre, montoncito.

—Es inútil seguir discutiendo —un español—, cuando la cosa está tan sesgada, más vale dejarlo, porque es un nivel de ceguera incomprensible.

—¿Resulta que ahora la absurda es mi mujer porque le tapó la boca a su amigo? Andá, dejame de embromar, ¿querés?

—Yo no he llamado absurda a nadie, he hablado de la situación, joder.

—Qué joder ni que joder, de buenas a primeras le echamos la culpa a Italia, que no fue quien se instaló en nuestras tierras, arrasó con los indios y nos impuso el catolicismo ese insufrible. Nuestras tierras digo, y ni que me importaran, por mí la Argentina se puede hundir que me da igual. —El padre, camina de un lado a otro mientras habla.

—¡Bonito ejemplo para sus hijos! —Archimbolda indignada.

—¡Crecerán desarraigados! No hay cosa más triste. —Su amiga Gaudiana, que enrosca y desenrosca un collar de falsas perlas, mirando con lástima a los niños.

—Ellos nacieron en Europa, señora, este país les importa un cuerno.

—Uy, qué picardía. —Eugenio amargado.

—Cuando quiera, lo invito a repasar los porcentajes de inmigrantes europeos que hubo a fines del ^{xix}, principios del ^{xx}, época en la que empieza el *quilombo* por aquí, señor mío. ¡La conquista es harina de otro costal! —Un español.

—*Ma nemmeno l'Italia, un cazzo l'Italia!* —Se sacude el italiano. Es bajito, compruebo, al lado de los otros; nimio, da saltitos cuando habla como si precisara alcanzarlos. La novia, más alta, lo arrastra en dirección a los sillones cercanos a la barra, mientras él sigue gritando hacia atrás, colorado como una granada—. *Il problema è il capitalismo, sempre e ovunque!*

—Sin la conquista, seguiríais siendo...

Español primero efectúa un golpe en la espalda de español tercero que lo obliga a callar y señala:

—Macho, tío, no seas cabrón, te van a hacer entrar al trapo y para qué, tú.

—Claro, Javi, tío —salta el segundo—, ya se ha liado parda, la conversación no da para más.

La madre de Cólquide se acerca a ellos con una mirada de crepitar serpentino:

—Sea guapo —pide sádica—, ¿por qué no concluye lo que estaba por decir?

—No voy a abrir ese melón, señora, como comprenderá —se escuda el otro.

Totalmente enajenado, el padre, príncipe de Yolco, toma la mochila que había dejado junto a la nena y parece que va a dirigirse a la tienda justo cuando viene hacia él, tipo bólido, la empleada del drugstore —dragón en custodia oficial del vellocino—, le arrebató el artículo de la mano y regresa a su puesto de trabajo. El hombre se queda con expresión de pasmo: aquí los afeites bruñeriles de Medea no han llegado a tiempo en su asistencia y Jasón se refleja un héroe dependiente, endeble. Todos se han puesto de pie. Los barbudos-espartos rodean a la madre, las viejas-toro al padre, cada uno quiere explicar su posición, siguen discutiendo enardecidos. Entretanto, la nena continúa sumida en el vertedero de imágenes ficticias, el hermano pelea por quitarle el teléfono y empiezan a tironear.

La bebé llora desde hace unos minutos dentro del cochecito, que quedó arrinconado. Un impulso, no sé identificar cuál, me lleva hasta ahí: primero intento moverlo para ver si la criatura se calma, pocas cosas me producen más tristeza que un niño cuando sufre, casi no puedo tolerarlo. Por más que hamaco el carro, el llanto no cesa; levanto la vista, los padres siguen indiferentes, allá a los gritos. Entonces la alzo, sabiendo que puedo meterme en problemas, no consigo resistirme a una especie de voluptuosidad que me provoca ese perfume a talco, a calor de cordero, a suavizante de ropa. Esa mullidez rosa, esa inocencia blanda. La acomodo con delicadeza y dejo que su cabeza se apoye contra mi hombro, la sostengo ligera y a la vez pesada, dulce y redonda, me muevo para mecerla, su

mejilla contra la mía, su saliva impregnando mi piel, y una especie de placer tan hondo que por una breve fracción de segundos me hace sentir un poquito mareada.

El púber francés lleva tiempo observando la discusión; posiblemente sin entender el español, comprendió que el meollo está relacionado —o se disparó— con la mochila. Reposa el libro abierto boca abajo sobre la mesa, se pone de pie y camina decidido hacia los nenes con su teléfono en la mano. Se arrodilla entre los dos, les muestra algo en su pantalla, que enseguida miran con atención.

—*You speak English?* —les pregunta.

Los nenes asienten, a dúo dicen *yes, yes*.

—*If you like Harry Potter, this is the best game ever.*

Las tres cabezas se juntan sobre el aparato. Enseguida se dan cuenta de que comparten también el francés: los nenes argentinos se criaron en el país galo, aunque la madre insiste en hablarles en un inglés que deja mucho que desear, y en paralelo, discute con el marido en porteño. Alrededor, los adultos han quedado de pronto en silencio, como si se hubiera acabado el celuloide de la película: quietos. Poco a poco, cada cual vuelve a su mesa, reanuda la conversación que tenía con quien tocaba. Como en la Bella Durmiente: la rueda vuelve a girar. Y ahora, Jasón, Medea, ihuir de Cólquide!

Eugenio se sentó hace unos minutos, tras su brevísima intervención, y terminó su limonada. Luego de entregar la beba a su madre, que la recibió de mis manos sin mirarla ni agradecerme, me siento ante él. Abre los ojos como nimbos cuando opino:

—Al final no estaba tan equivocado Niccolò Ammaniti cuando inventó esa peste que aniquilaba a todo ser humano mayor de catorce años, en *Anna*.

—Prefiero abstenerme de opinar —dice mientras acaba de rascar el azúcar con pulpa de limón que quedó en el fondo del vaso y lo apura a bajar por la garganta.

Una pareja de franceses de mediana edad se acerca al fogón para explicar que tienen verdaderos motivos para confirmar que la compañía aérea ha estado «evacuando» estos días a la otra parte del contingente, la que quedó varada en el hotel de allá, ese grande, hace señas hacia la derecha. Una serie de exclamaciones llena el espacio, varios de los contendientes se acercan a preguntar más, hablan a la vez, hasta que se impone la voz de Archimbolda:

—Considero indispensable pulir nuestras diferencias de hace un momento —al decirlo demora sutilmente la mirada sobre Medea, o eso me parece a mí—, diferencias que sin duda han sido causadas por un malentendido sin importancia, para ponernos de acuerdo en organizar un verdadero reclamo.

—Es que llevamos muchos días encerrados; cuando hay convivencia así, discutir es lo normal, se entiende —la respalda Medea.

—Hombre, normal, lo que se dice normal, la que se acaba de liar... —señala uno de los españoles, el codazo de uno de sus amigos lo calla.

Varios aprueban: sí, de acuerdo, hay que hacer algo.

—Propongo —enuncia el recién llegado, en francés— que algunos de nosotros caminemos hasta ese hotel y comprobemos esto que nos acaban de informar. Para eso es necesario gente que hable español.

—¿Con qué propósito? ¿Qué obtendríamos? —Prudente Gaudiana.

—Saber cómo fue, cuándo empezaron a irse, cómo se los llevaron...

—¿Por qué a ellos primero? ¡Hay que averiguar!

—En función de eso, tomar medidas, evaluar estrategias.

—¿Qué tipo de estrategias?

—Vamos a ver, en plan batalla legal, porque es que esto así es patético.

—¡Eso es: no hay derecho!

—¿Ustedes de verdad creen que podemos conseguir algo?

—¡Unidos sí!

—¡Justo! Alguien tendrá que escucharnos.

—Ahora no llueve, vamos.

Amotinados, encaran hacia la salida de calle hablando todos en simultáneo. Eugenio y yo pagamos, tenemos intención de reencontrarnos para la cena o después en el bar. Lo acompaño hasta la puerta, donde lo esperan los sobrinos; me alejo antes de que ellos me vean. Camino al ascensor, advierto al americano sentado en una zona de sillones que hay en el lobby. Misma nomenclatura física, salvo una camiseta que esta vez es de Saxon. Habla en actitud vibrante con dos personas de quienes solo veo las espaldas; al pasar, giro y comprendo que son los italianos. Este año se gastó, en Navidad, tres mil quinientos dólares en bolsos de Louis Vuitton para su novia. Uno de Murakami. Su novia ama los bolsos, él le regala un montón, el año pasado entre bolsos, carteras y perfumes se gastó veinte mil en su novia, que es fanática, ¿ven?, este, es este, ¿no es hermoso? Paolo pregunta: ¿Usted de qué trabaja? Soy veterano de la Guerra del Golfo, recibo una pensión por incapacidad, por heridas de guerra, se levanta el pantalón hasta la altura de la rodilla y muestra algo que no alcanzo a ver. Y agrega: Para entretenerme, hago turnos en una empresa de seguridad como vigilante nocturno en estacionamientos o fábricas, la paso muy bien.

El extranjero es ¿un bastardo
del propio país o del país que lo acoge?
Muchos escritores repiten: el país
es la lengua en la que se escribe.

A mí se me antoja
que siguen haciendo nido [¿ruido?]
en la intemperie del desdoblamiento
y la extrañeza infatigable.

Arriba son los colores del cielo, no la actividad de la gente ni las agujas del solemne reloj, los que marcan el cambio de las horas. En la última franja de la tarde, el naranja terracota, por contraste, hace virar los edificios y los monumentos a negro. Podría llenar una galería de estos cielos. Me aflige perder el telón que se va volviendo ceniza, plomo, azufre, petróleo, mientras los faroles y ventanas, de pronto iluminados, relevan el protagonismo. Y yo acá, como los árboles, el asfalto y los techos, me fui quedando en la penumbra, testigo de los cambios, intérprete de las coloraciones, incluido ese láser loco, circense, que maquilla las agujas del reloj.

No quiero volver a París, me digo en voz alta. No quiero, más suave. El problema —me respondo, con unas manos que ya no ven lo que anotan— es que necesito a mi gente pero deseo otra tierra, no sé quedarme fija en un solo lugar, lo mío es un llamado a itinerar. Tengo vocación de extranjera.

Me quedaría así toda la noche, todas, pensando que va a aparecer la respuesta, que alguien o algo la va a lanzar hacia mí, la voy a atajar en el aire justo antes de que se estrelle en el suelo y se haga pedazos. Que este hotel, de por sí tan semiótico, va a plantarme signos evidentes. De pronto me pongo de pie, ensayo frente al espejo sin encender la luz, una sombra recortándose en la sombra:

Juan, ¿y si no quisiera volver al país?

¿Y si volvieras sin mí? Como ahora que seguís en Buenos Aires y

yo...

Me quedaría sola en París, no sé si existe una soledad más desierta que esa.

Sola en París es una fórmula redundante, siempre se está solo ahí, la soledad es un estado del aire, una exudación de la tierra.

Lejos de casa y en París es casi como una generala doble, un doble estribillo.

Sola en el piso frente al canal Saint Martin, que buscamos y pusimos juntos, donde hicimos todo de a dos, es casi como lograr sacarle una foto al silencio, bien Bergman. Imaginate eso: un domingo así, en ese balcón, una foto de nada y yo ahí, con la expresión agria de una Jeanne Moreau con resaca, después de despertar, en bata, el pelo descuajeringado, fumando despechada, harta de existir, de por vida soltera.

Mientras en el barrio de Devoto, las piernas de Juan en V encastradas con las de Ximena, acariciándole una segunda panza pronta a parir, una coreografía que para entonces habrán ensayado mucho.

¿Contenta?

En cambio, querida mía, ¿por qué no madurás un poco, hacés un esfuerzo por salir de tu cerrado egocentrismo, tu minúscula, larvada y teatral inmadurez? ¿Y, por ejemplo, te recreás esta otra escena? Al final uno es el reflejo de sus pensamientos, dirían los gurús conductistas, los coaches de la conciencia, los mindfulsistas del positivismo. Para que las cosas salgan correctamente, hay que plantarse en una postura constructiva, no hay otra manera.

Alors. Un domingo de sol en París, Juan y vos salen con una nena de cuatro y un nene de dos, una canasta para el pícnic, suben a un auto que es suyo o alquilado, atan a los chicos en las sillitas traseras, bien abrochados ellos, bien preocupados de que haya

trabado bien la hebilla ustedes; de que no tengan hambre, no estén resfriados ni se peleen, supervisando que les funcionen los sentidos de la vista, el oído, la motricidad fina y la fonética; esforzándose para que, más allá del francés que hablarán en la calle y en la escuela, desarrollen un gracioso español argentino en paralelo con un correcto inglés; si es posible, en el futuro, como aspira toda familia común de clase media, tendrán ocasión de aprender italiano, alemán y chino (novedad de las últimas décadas: fundamental para los negocios).

Llegan al bellissimo Bois de Boulogne, donde ves pasar los hologramas de las historias vividas ahí por gente como Zola o Maupassant. Arman pícnic bucólico, Juan los lleva en bote, con salvavidas, reman, entonan canciones de culto, las de Nina Simone, para colarles desde el principio un sentido de justicia hacia temas raciales y de género, los nenes se reirán con contagio en la parte de la canción en la que Nina habla de sus *boobies*, Juan señalará las tuyas y hará muecas, o cantarán Charles Aznavour y Edith Piaf, para mimetizarse con el entorno de nenúfares y croissants o la magdalena visionaria, alternadas con los temas infantiles del estilo *Frère Jacques*.

Lo mismo podría tratarse de los bosques de Palermo, ¿por qué no? Quizás después, cuando van de visita a Buenos Aires o cuando son más grandes y decidieron volver. Por los chicos, y sí, los chicos necesitan a su familia de origen cerca, dirán todas las amistades en las primeras reuniones, es la decisión más acertada, la calidez del afecto, la pertenencia, habrá otras cuestiones políticas y sociales de nuestro país que lamentar, al final nada es perfecto, en qué lugar se está plenamente a gusto, y Francia tampoco es que sea ninguna panacea, el mundo en este momento es un arsenal de conflictos por donde te muevas, y se agradece que estén acá, lo prioritario es el

amor, el sentido de las raíces, el hogar, eso no se pierde jamás, es fundante para la identidad, todo lo otro termina siendo perentorio y secundario, efímero, el dinero es algo que va y viene, ya se solucionará.

Tus hijos están encantados porque acá tienen primos, tías, tíos, abuela y abuelo. Si una banda de jazz tocaba en el Bois, ahora se oye una de Piazzola en Palermo, hay cuentacuentos, rondas alrededor de unos bufones que hacen malabares y dicen disparates, un señor vende globos con forma de perro salchicha y pirulines. Dan de comer a los patos, se ríen a carcajadas cuando uno de ellos persigue a los chicos con el pico abierto como una remachadora hambrienta y ellos huyen despavoridos. Llegan Vicky, Ramiro, los nenes, Ximena con su hije adoptado, y en vez de un cuadro de Monet componen uno de Fernando Fader. O de Marcos López, según.

En el salón, de noche, está el elenco pleno de mozos a cuerda y pasajeros pájaro. Con Eugenio aceleramos el procedimiento inevitable de rellenar el estómago para seguir funcionando con lo justo —llegamos a la conclusión de que a ninguno nos importa demasiado la comida—, para poder regarlo con los tragos posteriores; también tenemos en común, dijimos, el afecto por la bebida.

—Y tu enfermedad, Eugenio, ¿no deberías cuidarte?

—Creeme, peor no voy a estar, cualquier mal que corresponda ya está hecho.

—Entonces, por favor seguí contándome tu historia.

—¿Hasta dónde habíamos llegado? No recuerdo.

—Hasta que aterrizaron en Lyon.

—Ahí está. La cosa es que había logrado salvar conmigo a Elena,

pero habíamos dejado a nuestros padres y hermanos, habíamos perdido a Romeo, renunciaba a la chica de la que estaba enamorado. Poco después supimos que a Raúl, el novio de mi hermana, lo habían chupado y tampoco volvió a aparecer. Para ella fue espantoso, revivir el drama, lo que había aunque realmente no había quedado atrás. Atravesó muy mal el exilio: estaba desdoblada, desgarrada, entre allá y acá, sin terminar de integrarse al nuevo lugar. Quedó muy muy afectada; traté de ayudarla en todo lo que estuvo a mi alcance, unas veces con más éxito que otras. Para mí fue distinto, mi novia Teresa y yo estábamos atravesando una especie de impás en la relación, habíamos decidido tomarnos un periodo de distancia, discutíamos demasiado... Aparte, sentía que nos habíamos salvado de algo terrorífico, un infierno que no solo nos hubiera afectado a Elena y a mí, sino a toda la familia. Para nuestros padres era mucho mejor sabernos seguros en la otra punta del mundo que en peligro permanente cerca de casa. Y, con el paso de los años, me di cuenta de que tengo un espíritu, no sé cómo definirlo, quizás la palabra sea desarraigado, desprendido; ojo, no lo sabía en aquel momento, fue una comprobación tardía, de la madurez. Hay algo en mí como de no pertenecer a ningún lado.

»Total. Llegamos a Lyon con algo de ropa y algo de plata, no demasiada. Las primeras semanas nos alojaron esos conocidos, enseguida nos mudamos a una pensión. Mi hermana quería que nos instaláramos un tiempo en uno de esos *foyers*, una especie de residencia comunal, donde se recibía a los exiliados, se les daba de comer y creabas sociedad con los que estaban en idénticas condiciones. Lelé estaba obstinada, y yo ni loco, prefería dormir en la calle antes que hacinarme y hablar todo el día de los mismos asuntos políticos, aparte de que suscitaba peleas, confrontaciones, iunas agarradas bárbaras! Y es que había gente así, mucha, como

mi hermana: que no se podían despegar, se negaban; totalmente comprensible, normal, en parte por la culpa que sentían de haber “traicionado” a sus pares y al país, en parte porque, bueno, toda militancia conlleva sin duda algo fuerte de obsesión o convicción. Ojo, los entendía y comulgaba con ciertos discursos o argumentos, solo que también me asfixiaba tanta inmersión y frustración continua. Llegamos a tener discusiones bravísimas Lelé y yo, incluso consideramos que ella se quedara en el bendito *foyer* y yo me buscara otro sitio, pero fue a consultar y ver en qué consistía ese tipo de espacios y terminó aceptando venirse conmigo a un pisito muy básico, chiquito, desangelado.

»El pasaporte francés resultó más que útil en todas esas circunstancias. Trabajé de camarero en un bar del centro y después en otro, turnos largos y mal pagados, suficiente para sostenernos. Elena se empleó en tiendas. Sin embargo, entre el trauma de lo vivido y la proximidad con otros que habían llegado igual, el sentimiento de inquietud no nos permitía relajarnos ni descansar. Los dos hablábamos francés porque mamá se había ocupado de mandarnos a estudiar a lo de una tía, una hermana de papá. No lo manejábamos perfecto, podíamos arreglarnos bien, a diferencia de muchos otros exiliados argentinos o chilenos que no podían decir ni mu y sentían una impotencia espantosa. En esos casos, la furia, la nostalgia y el lazo con el país se acentuaba. Mi hermana enseguida se puso a dar clases gratis y así, además de sentirse de vuelta útil o que colaboraba a su modo con las víctimas, fue creando amistades que luego conservamos: al final unos volvieron a la Argentina, otros se quedaron, como mis grandísimos amigos de París, una pareja a la que considero casi hermanos.

»Te voy a decir, meterse en el ámbito universitario era muy sencillo porque a los exiliados se nos trataba con especiales

miramientos, había normas flexibles. Lo que hizo que Elena se inscribiera en Filosofía, ya cuando nos habíamos ido a París, y eso resultó mágico para ella: seguir ayudando a los compatriotas que llegaban, en los centros de acogida, lo que le daba una plenitud enorme, y ponerse a estudiar, aparte de trabajar, acabó siendo la manera perfecta para que mi hermana por fin bajara la guardia y empezara a disfrutar un poco, un poquito, de estar ahí. Pensé que en Argentina solo se había recibido de maestra y para alguien ambiciosa en lo intelectual como ella, entrar a Filosofía tuvo un sentido altísimo, encontró el amor más auténtico de su vida. Se graduó con honores y después, cuando volvimos al país, pudo aprovechar el título en Argentina. Yo no tenía posibilidad de ejercer como abogado porque había otro marco legal, pero muy pronto pude trabajar como jurista en un organismo de derechos humanos y en el Consejo de Inserción del Inmigrante. A la larga, también entré en la universidad, revalidé mi título en Derecho y estudié otras cosas que incluso me gustaron infinitamente más.

—¿Qué cosas?

—Ya te diré, ahora termino esto. La cuestión es que volvimos, de hecho, a Buenos Aires, en diciembre de 1983, apenas asumió el nuevo Gobierno. Date cuenta: nos habíamos ido, sin decir una palabra, en octubre del 76 y volvíamos siete años más tarde. Por más que, en el medio, desde luego estuve comunicado por carta y teléfono con aquella noviecita, en determinado momento le perdí el rastro. Le escribía y no contestaba, una vez llamé y me atendió otra gente, la casa se había vendido y no tenían idea adónde se habían ido los dueños anteriores. A decir verdad, me aclararon que se la habían comprado a una mujer mayor y a su hija; según supieron al firmar la venta, el hombre de la casa había fallecido, por eso se mudaban. Me acerqué a lo de una chica muy amiga de Teresa: no

sabés la cara que puso al verme, como si se encontrara con un fósil de las épocas de Homero. Con cierto cuidado me contó que Teresa se había casado y se había ido a vivir a México, tenía un hijo de dos años, y se había llevado con ella a la madre. Dijo que se escribían, iba a consultarle si estaba de acuerdo en que me diera su dirección. Me pasé el resto de la tarde rumiando la ciudad, reconociéndola sin poder verla, sentirla ni olerla, había quedado estropeado con la noticia. Hay pocas situaciones más extrañas que volver al lugar de uno, lo que más se conoce, después de tanto tiempo lejos. Seguía exultante por la libertad política y social del país, por estar de vuelta, por haber encontrado bien a mi familia y a mucha gente querida, pero me sentía raro, desubicado, perdido. Eso sí que no me había esperado, tonto de mí. No sé por qué estupidez creí que Teresa no iba a seguir con su vida, tantos años. Es decir, sí había contemplado la posibilidad de que hubiera tenido otra pareja, un novio, algo; sin embargo, estaba convencidísimo de que apenas me viera y yo le explicara, dejaría al otro, volvería sin dudarlo. Qué pedazo de... tarambana.

»Desde el principio fue claro que Elena pensaba quedarse, ni lo dudaba. Los dos volvimos a dar clases, ella en escuelas, más tarde entró a universidades; yo en la UBA. La universidad estaba en plena reconstrucción: cátedras que se rearmaban, concursos, discusiones largas sobre programas, mucho entusiasmo y también bastante desorden. Participé en actividades vinculadas a derechos humanos y derecho público, temas que venían muy marcados por la experiencia de la dictadura y del exilio.

»Un poco por desazón, otro poco por encontrar una alternativa que me borrara a Teresa de la mente, me fui dejando arrastrar hacia una relación con una amiga de la infancia, Silvia. Te la hago corta. Con el correr de los años, la situación económica en Argentina se fue

deteriorando. Hacia 1989, llegó la hiperinflación, los salarios se licuaban mes a mes y el trabajo universitario alcanzaba cada vez menos. Yo todavía tenía contactos activos en Europa y cierta posibilidad de volver a insertarme. En 1990 decidí volver a Francia y me pedí una beca para hacer un doctorado en la Universidad de Lyon. Nos fuimos, Silvia se vino conmigo. Para mí el regreso fue relativamente sencillo: fue cuando mi carrera empezó a tomar otro rumbo, alcancé mi auténtico interés profesional, a los cuarenta y pico. Para ella fue distinto. No hablaba francés, no logró armar un círculo propio ni terminó de sentirse parte. Empezó a saturarse. Extrañaba una barbaridad a sus amigas y primas... Así que, después de mucho tira y afloje, la acompañé a Buenos Aires y me volví a Europa. Tuve la suerte de que me aceptaran en una facultad de Coimbra, en Portugal. Estuve seis años magníficos excavando petróleo mental de lo que de verdad me apasionaba, hasta que fueron surgiendo nuevas posibilidades laborales, apareció otro puesto en Lyon en el terreno de la enseñanza pero fundamentalmente en el campo de la investigación, publiqué dos libros. Con este ditirambo, comprenderás cuántas idas y vueltas. Porque están las materiales, las que se pueden fechar, enumerar, contabilizar, y por debajo las otras, las inenarrables, las del alma que viaja más lento o se queda en otro lugar. Las mujeres no me siguieron.

—O te escapaste de ellas.

—O me escapé de ellas, bien pudo ser. De condición autoabsorbente y móvil.

—De la especie de las suculentas... Un hombre inquieto. Y no tuvieron hijos.

—Ninguno de los dos sintió esa inclinación tanto como para pelear por ella.

—¿Te arrepentís? ¿Silvia se arrepintió alguna vez?

—Silvia es muy práctica, sigue siéndolo, nunca se arrepiente de nada. Y yo siempre lo tuve claro: soy muy individualista, paso casi el noventa por ciento de mi tiempo metido en mi trabajo, no sé cuán buen padre habría sido. Me mudé demasiadas veces, no se puede arrastrar críos de esa forma, de un lado a otro.

—¿Cómo sabés si lo tuviste claro o se dio así?

—Conocerás a Duchamp. Él opinaba que, en ciertas personas, no conviene cargar la vida con demasiado peso, demasiadas cosas por hacer, como una pareja, niños, una casa en el campo, un coche, etcétera. Dice que lo comprendió muy pronto y que eso le permitió vivir soltero la mayor parte de su vida. Yo igual. Uno así va y viene más ligero, sin tanta carga ni lastre material o emocional.

—¿Te acordás dónde decía eso Duchamp? Me interesa.

—Ay, leí alguna biografía. Y me acuerdo de un autor, catalán si no me equivoco, que hablaba de una conspiración de vanguardistas y de máquinas solteras a las que llama shandys. Un libro muy curioso, en su momento me divertí muchísimo.

En ese preciso instante vuelven a escena, quiénes si no, las interactivas Archimbolda y Gaudiana con sus respectivas estridencias. La luz tenue apaga un poco sus chillidos textiles, pero el contraste con la paz del lugar aumenta el fulgor de sus voces. Se ríen demasiado, la fumadora tose muy convulsiva, muy húmeda. Al principio no nos ven, se acodan en la barra, piden algo. Me resulta cómico que quieran seducir al mozo, el chico está entrenado para sostenerles el juego y a la vez eludirlas. Eugenio sigue hablando, yo perdí el hilo de su discurso.

Cuando las mujeres se ponen a buscar dónde sentarse, entre las mesas bajas, nos detectan y saludan, casi temo que quieran instalarse con nosotros, que nos empujen para que les hagamos

lugar. La rubia amaga a entablar conversación, medio inclinada sobre nosotros, empieza contando que la excursión al otro hotel resultó frustrante: se comprobó que ayer y hoy habían «repatriado», dijo tal cual, a los alojados ahí.

—Qué manga de sinvergüenzas, y nosotros acá plantificados de forma eterna, ¿a que es para meterle flor de demanda a la aerolínea por daños y perjuicios?

Eugenio enseguida se disculpa y, casi sin mirarlas, empieza a ponerse de pie, con el consabido impulso que le supone levantarse de estos sillones enanos. Está explicando que le entró un enorme cansancio y quiere volver al cuarto, se excusa de un modo cortante, por no decir antipático; a esa edad el cuerpo, sobre todo enfermo, es tan verdugo como en la infancia: en cuanto se acaba la energía, el malhumor es inmediato. Aprovecho para anunciar —en mi español resquebrajado— que lo acompaño y me voy con él, subimos juntos en el ascensor. Antes de bajar en mi piso, me da un efusivo apretón de mano que le devuelvo genuinamente.

En el cuarto, encuentro un mensaje de Vicky:

¿Estás en París? Leí en las noticias que hay un temporal espantoso, ¿llegaste bien? ¿Volviste sola o con Juan al final? Nosotros acá, muertos de calor. Me comparte una foto de los cuatro en la playa. Rosados, salinosos, contentos. Por suerte nos salvamos de los chaparrones de otros lugares, pero qué desastre todo. ¿Vos?

Juan se quedó por el tema de la recuperación de Susana. Amiga, mi familia cree que viajé... en realidad, hice un desvío, no estoy en París.

De inmediato:

¿?? Dame un momento que estoy en una cena con gente, en un rato si seguís despierta, te llamo.

No, ya me voy a dormir.

Charo, me preocupa: ¿qué significa un desvío?, ¿dónde estás?

Ahora no puedo, estoy perfecta, en una especie de retiro personal, necesitaba espacio, aislarme. Pensar, decidir sin tantas voces alrededor sobre lo que hay que, o conviene, hacer. Te prometo que estoy bien. En cuanto llegue a París te escribo, mientras tanto plis, cero información a mi familia. Estoy allá, rodeada de nieve, para vos y para el mundo, ¿ok?

Estás más loca que un puercoespín tifoideo. Cuánto misterio, che. En fin.

Te quiero. Te escribo. Pásenla lindo.

Muy al fondo destellan unos fuegos artificiales, ¿qué se estará celebrando en mi ciudad? Que esynoes. Para verlos mejor, otra vez invertí las sábanas y puse la almohada al pie de la cama. Las mujeres de la limpieza lo enderezan cada mañana: hay una normalidad por seguir, las variaciones son incomprendidas o mal interpretadas. ¿Pensarán que cambio el encuadre nocturno por distracción o por neurótica?

A estas horas, me siento más sola y desprotegida que durante el día; quise acompañar mi silencio con música, solo que la soledad se agrietaba más, la apagué.

Después de dormitar, me despierto: la noche subvertida, como un animal extraño, sigue alerta. Y ese reloj encendido de luces raras me mira como la amenaza de mi conciencia. Me asedia, por fragmentos, la conversación con Eugenio:

—Aparecerá, verás, otro compañero. No tengas dudas.

—Posiblemente no sea argentino.

—¿Y qué? ¿El amor tiene demarcaciones territoriales?

—¿Cómo será querer a alguien en otra lengua? ¿Te pasó?

—Debo admitir que no. Desde aquel matrimonio desencontrado con Silvia, o más bien, desde Teresa, no volví a enamorarme. Tuve aventuras, todas muy pasajeras.

—Igual debe ser raro, adaptarse tan profundamente a alguien que viene de otro lado, que ignora por completo tus códigos más inmateriales. Suponete si le contaras tu historia de la dictadura a un alemán que desconoce por completo la carga de la palabra «milico», que no es un mero militar común y corriente.

—Habría que hacer una doble traducción: de palabras y de sentidos.

—Me encanta cómo lo explica Sylvia Molloy. Dice que cuando uno es bilingüe o vive a dos lenguas usa como punto de apoyo la original, que sigue existiendo por debajo, en tu monólogo mental, como sombra y ausencia de la lengua nueva que empleas para desenvolverte todos los días. Te valés de la lengua adoptada, aunque la tuya sigue empujando por debajo afantasmada, en situación de secuestro, memoria y reclamo.

—La imagen que me provoca es la de una persona amordazada.

—Tal cual. Y Julia Kristeva, filósofa búlgara, tiene otro planteo increíble. En un capítulo que llama «El silencio de los políglotas», una paradoja perfecta, escribe que un expatriado se convierte en la bóveda o la caja fuerte de su idioma natal: aun si no se utiliza, guardado ahí persiste e incluso llega a marchitarse en el interior del hablante, nunca termina de borrarse. La primera vez que lo leí me quedé impactada: una flor marchita flota dentro de un cuerpo, un vientre, supongamos, sin ser expulsada jamás. Lo vi como un bebé que muere dentro del útero, una criatura que, a pesar de no haber sobrevivido, pasará a formar parte de la vida materna para siempre, jamás la abandonará.

—Es muy buena la idea, potente.

—Sigue diciendo que uno adquiere una segunda lengua y hasta puede volverse un virtuoso en el empleo de ese instrumento; sin embargo, será suficiente oír una grabación de la propia voz en el idioma de origen para reconocer de inmediato que esa fonética te representa mucho más, te lleva a un lugar al que es imposible acceder por otro canal. Tu voz en tu propia lengua te arrastra a la verdadera esencia, o al inconsciente diría yo, más cerca de tu vieja que de tu nueva personalidad. Y remata:

«Entre dos lenguas, el verdadero territorio es el silencio».

Lo dijeron, a su manera, otros:
nacer es el primer paso de la migración.
Dejar el útero, emprender el camino del destierro.
Nacemos por fuerza erradicados. Llegamos salidos del eje.
Venimos ya siendo foráneos. Eternos huéspedes del mundo ajeno,
nos volvemos trabajadores para conquistarlo y merecerlo.
Paridos en cualquier tierra, vivimos de alquiler existencial.
Y nuestra madre es la primera extraña que conocemos.
Después de la muerte, no vienen ni el cielo ni el infierno,
solo toca el regreso a la placenta.
Es la ilusión que nos puede aliviar.

DÍA CUATRO

Sabe que voy a subir, que necesito contarle algo, ignora que estoy llorando. Abre la puerta alegre y perfumado, la cierra con consternación, viene detrás de mí:

—¿Qué pasó? ¿Te encontraste con alguien inesperado? ¿Tu padre está bien?

Uso la cabeza para responder no, no, sí, sí, mientras me seco y reseco los ojos con un pañuelo de papel que traje en la mano. Le devuelvo el sombrero que me prestó, digo bajito gracias. Enseguida entiende que necesito recuperarme antes de hablar, sin palabras me ofrece elegir entre la silla de respaldo larguísimo (parecen diseñadas para los Locos Adams), el borde de la cama o la butaca enana.

—Vos tranquila —dice cuando acepto la silla, todavía sin emitir un sonido porque siento que, en cuanto hable, me voy a quebrar.

Para darme espacio, se pone a acomodar detalles en el cuarto: lleva un vaso usado de la mesa de luz al aparador del minibar, apaga la tulipa junto a su lado de la cama, cuelga en una percha y guarda el saco que colgaba del sillón. Con señales mudas me ofrece un té y eso termina por arrancarme una sonrisa que, sin aviso, arrastra primero un leve temblor de la boca y por fin el llanto: todo en uno, sonrisa y rompiente. Deja la taza, viene a pararse al lado, no sabe

cómo reaccionar, qué hacer, me toca el hombro apenas, retira la mano, sigue de pie, lo veo inquieto.

—Perdón, permiso. —Con un gesto pregunto si puedo pasar al baño.

—Por supuesto.

Ahí también la meticulosidad es notoria: ni un peine fuera de lugar, cada producto, vaso y toalla milimétricamente ubicado. Cuando vuelvo de lavarme la cara, más repuesta —la inflamación de los ojos y el lío del pelo algo corregidos con agua—, lo encuentro sentado en la butaca, al borde, como si aguardara una noticia decisoria en una sala de espera. Mueve la cara a un lado y a otro en modo canario alerta.

—Te pido mil disculpas, Eugenio, pensé que lo tenía controlado —elijo sentarme en la silla.

—No hay nada que disculpar, ya me contarás cuando estés preparada.

—Sí, recién en el baño pensaba que mejor me voy y vuelvo más tarde.

Hace un silencio, contrariado.

—Como quieras, por algo viniste.

Dejo la silla y camino unos pasos hacia él, me acomodo junto a sus pies calzados de charol, sobre la alfombra, decidida a usar el somier como respaldo, aunque es difícil tolerar la irregularidad del ramaje de madera contra la espina dorsal. Recojo las piernas y apoyo el mentón sobre las rodillas, una postura informal o infantil, debo lucir como un tenedor plegable. Hay cosas, compruebo con el tiempo, que me es imposible acometer desde un asiento rígido: excepto comer y escribir, para lo demás necesito superficies blandas. Leer, por ejemplo, inaceptable en silla dura. Confesarse, incomodísimo. Confesarse con el posible desenlace del llanto,

inconcebible. Ante mi acercamiento, él se reclina, se distiende, dispuesto a escuchar. Ahora parece Freud.

Entonces le cuento que hace menos de una hora llamé a Juan, a su celular. Serían las nueve. Mientras lo digo verifico que tiene la cama perfectamente hecha y el cuarto es un orden total, a esa hora tan incipiente de la mañana.

—¿Vinieron las chicas a arreglarte la pieza? ¿A qué hora pasan por acá?

—Y sí, yo bajo a desayunar muy temprano y el primer día pedí en recepción si podían pasar siempre a primera hora, detesto estar con el cuarto hecho un lío. Por supuesto les dejaré una buena propina.

—Debés tener luna en Virgo, como mamá. Yo no desayuné.

—Vos con el desayuno sos un poco desastre, ¿querés un té? Tengo unas galletitas que me traje del comedor, ¿te las doy?

—Bueno, si no te importa, después te consigo.

—Olvidate, por favor.

—Yo me preparo el té...

Amago a ponerme de pie, pero él pasa junto a mis piernas, me toca la cabeza:

—Vos quedate ahí tranquila y contame, permitime una atención.

Me alcanza primero las galletas, después el té, le voy contando. Llamé a Juan, decía, y a los dos minutos de estar hablando escuché detrás de él una voz de mujer avisándole que estaba el taxi. En ese momento fue que volví a mirar la hora en mi teléfono: las nueve.

—¿Quién está con vos? ¿Ximena? —le pregunté.

—Sí —a mí, y a ella, o todo junto—, decile que me espere, ya salgo.

—¿Dónde estás, Juan?

—En lo de Xime, vine a buscar una orden del médico que ella

había conseguido para mamá, me hizo la gauchada ayer...

—¿Dormiste ahí?

Una pausa rara, Ximena volvió a comentar algo en voz baja, no entendí qué, los imaginé haciendo señales, él tapando el micrófono del celular.

—¡Juan!, ¿me oís?, ¿dormiste ahí? Te estoy hablando, ¿podés dejar de hablar con las dos? No soy... —Estaba furiosa.

—No, no, dejá de inventar pavadas, nada de eso —Noté que evitaba reiterar el verbo «dormir» para que no oyera ella—. Repito, vine a buscar la orden.

Mientras me informaba con cuentagotas y forcejeos, escuché que Ximena seguía haciendo acotaciones en paralelo, después la puerta, el saludo al taxista, la indicación a un lugar, volvió a hablarme en voz baja, sin duda para que no escuchara el conductor. Es muy pudoroso Juan. ¿Se dice pudoroso? Me entra la duda. Volvió a insistir que no, que durmió obviamente, como todos los días, en casa de su madre, y molesto se quejó de que siguiera con mis sospechas, era insólito que me la pasara desconfiando de él.

Eugenio interviene:

—¿Te resultó sincero, le creíste? ¿Otras veces...?

—Que yo sepa no, y no es el tipo de hombre que vaya por ahí siendo infiel, confío en él, por lo menos, hasta ahora. —Sopeso hasta dónde me quiero abrir—. ¿Sabés que pasa? Este año, más bien los últimos dos años, sin querer, por vorágine profesional en ambos casos, fuimos llevando una vida muy individual, cada uno muy volcado a su necesidad laboral. Juan viajó seguido a Buenos Aires, además, para estar cerca de la madre que dos por tres tiene algo. Y yo, con mi carrera en ascenso, no estuve un minuto quieta, de un país a otro con la compañía, yendo a dar charlas, encerrada en residencias creativas, casi sin parar. Si hiciera cuentas, tal vez

vería que estuvimos más separados que juntos. A veces tengo la impresión de que...

—¿De qué?

—Dejamos entrar demasiado aire, demasiado espacio, en nuestro pequeño estudio parisino y se fue convirtiendo en un globo de helio, bonita relación pegada al techo, inalcanzable o impracticable, no sabemos cómo bajarla, recuperarla, reiniciarla. Y basta que alguien hábil, subido a la escalera apropiada, le acerque una punta de tijera... —De nuevo el llanto—. Me da impotencia.

Luego de unos segundos, dice:

—¿Pensás que la de la escalera podría ser esa tal Ximena?

Me limpio la nariz, me seco los ojos, pongo a prueba mi voz para ver si funciona:

—En particular... En particular por la cantidad de viajes que hizo Juan al país este año y que no controlo. Me daría miedo comprobar que pasó más tiempo con ella que conmigo.

—Sinceramente, querida, no deberías tener necesidad de controlar, debería funcionar con lo que esté dado. —Reflexiona lo próximo—. Disculpá que pregunte esto, ¿y cómo te sentías durante ese periodo que pasaron separados?, ¿lo extrañaste?

—Sí, aunque nunca llegué a sentirme mal porque en el fondo sabía que él estaba, en Buenos Aires o donde fuera, estaba conmigo, sus cosas estaban en casa. Lo que me da espanto es aceptar la ausencia definitiva, pensar que un buen día pueda llevarse sus cosas, ese salto absoluto, y equivocarme en dejarlo ir.

—Eso suena raro, alguna especie de idea deberías tener, ¿lo querés?

Me asombra estar hablando con este señor, mayor y desconocido, esto que casi no hablé con nadie. Algo en él lo hace tan fácil...

—Lo adoro, adoro a Juan como a una parte de mí misma, o más. Empezamos a salir poco antes de que muriera mamá. Y eso, creo, fue clave: me abroquelé a su ser, me integré a su persona, si se puede decir, como a una especie de reemplazo. Se convirtió en un pilar muy fuerte. Por más que en los meses posteriores yo estaba viajando por trabajo, algo interno de los dos se adhirió al otro. Su padre había muerto hacía, no sé, algo así como un año y medio. Claro, estoy hablando de diez años atrás, pasaron diez años, es un montón. En el medio la relación se fue transformando. Y últimamente no sé bien qué quiero desde que apareció con ese planteo. No estaba preparada para que saliera con algo así; de repente fue como estar mirando y escuchando a otra persona, alguien distinto, nuevo.

Nos quedamos un momento callados, entonces dice:

—Lo que te voy a decir tomalo con pinzas, ya que viene de alguien que está escuchando esto por primera vez y conoce muy poquito a los dos, a él a través tuyo. A ver cómo lo expreso sin sonar... Es similar al doble juego entre países y lenguas que hablamos estos días. Hay un origen, tal como acabás de describir, en determinadas condiciones, a las que cada uno se aferra. Un pasado compartido, un dolor en el que se identificaron, un país y una lengua en común, es parte fundante de la relación. Aglutina, une, compacta, pero puede ser un arma de doble filo: no debería ser la razón del vínculo, el vínculo debería trascender las circunstancias, sean las que sean. Cada cual pudo haber evolucionado distinto y ahora quizás tengan necesidades diferentes. Puede que haya que empezar a analizar en qué o cómo se fueron bifurcando los deseos y ver si eso tiene solución.

—Una duda: ¿los estudios esos en los que te metiste con tanta pasión después de tu carrera como abogado fue la psicología? —

Empieza a reírse—. Y me estuviste engañando todos estos días...

—¡Ah! Me habría encantado estudiar psicología, pero no, no.

—Total, cualquiera de las opciones es complicada. Si volvemos a la Argentina, es muy posible que yo viva frustrada, y si tenemos un hijo, no voy a poder viajar tanto. Si Juan se queda en París, siento, ya lo estoy viendo casi a diario, está como atrapado contra su voluntad, como si la mitad de su persona existiera en paralelo en otro lado. Y eso termina generando broncas. Más todavía, si tenemos un hijo en cualquiera de los países, esto es lo peor, quedamos atados al hecho de tener que vivir sí o sí los dos en un mismo lugar, con lo cual... es una encerrona.

—Concuerdo, ese aspecto es el más delicado. Y, creo, lo que te frustra o angustia en este momento es estar acá, en el hotel, sabiendo que estás a centímetros de ahí, de él.

—Me siento una idiota, soplando más y más viento dentro del maldito globo. Se lo estoy regalando a esa mina, en bandeja.

—Nadie se deja «regalar» si quiere de verdad. Así que primero evitá hacerte cargo de la parte que corresponde a otros. Segundo, no te enredes tanto, lo más probable es que te esté diciendo la verdad. Confía en él y en vos.

—Puede ser.

—¿Cuántos días le quedan a Juan en Buenos Aires? ¿Cuándo vuelve a París?

—En teoría tiene el vuelo para dentro de, a ver, siete días, creo. Salvo que lo de la madre se complique y vuelva a modificarlo.

—Ojalá que no, es tiempo de que se reencuentren solos, en paz, en la casa de ustedes, donde puedan resolver este intríngulis. No tiene sentido que deshagas tu...

—Mentira.

—Tu orquestación, si nos vamos mañana.

—¿Mañana?

—Mañana, sí, ¿no sabías? Fijate este papel que me llegó. —Lo recoge de la mesa de luz a sus espaldas y me lo entrega—. Al menos a mí me han puesto en ese vuelo. Quizás vos vayas en otro, nos deben estar repartiendo.

—Sí, salvo por un detalle, Eugenio: el que no se va a ir sos vos, te quedás.

Sonríe, suena su teléfono, atiende, mientras me voy enderezando y poniendo de pie, busco mis anteojos de sol y la gorra que tiré sobre la cama. Uno de sus hermanos le avisa que se prepare para bajar; mientras escucha las instrucciones, me hace señas de que espere, luego corta.

—Era Horacio esta vez, pasa a recogerme en quince minutos. ¿Vas a estar bien? Mirá que puedo suspenderlo, él vive muy cerca. O posponerlo, si...

—No, no, por favor, no hagas eso. Estoy bien, te lo prometo. Necesitaba —suspiro, suelto aire—, necesitaba, qué sé yo...

—Desahogarte. Y estuvo perfecto que vinieras, te agradezco tanto la confianza; sin embargo, me quedo con la sensación de que no te ayudé, no hice nada útil.

—Hiciste las veces de mi familia, de mi mejor amiga, de un psicólogo, ¿te parece poca cosa? Yo te lo agradezco a vos. Me hacía falta.

—Y una cosa, nena, no te anticipes. Si te resultan demasiado lejanos esos siete días, intentá buscar un momento en que puedan hablar serenamente por teléfono, aunque lo ideal sería hacerlo allá, en persona, que puedan verse.

—Sí, sí. Lo más probable es que esté sugestionada, voy a esperar.

Soy la desencajada.
Escribir es el acto por el cual
emancipar nuestra desubicación.
La que se despatria o se despaísa.
El que se desencamina
la que observa
desde una claraboya
el que vive en la claraboya
el que se empantana al desempantarse
la que se encolumna detrás de los desencolumnados
la que esencialmente desconoce cómo se produce
y cómo se logra un encolumnamiento.
Cuando vuelvo a mi país,
tengo la impresión de ser yo fuera de foco.

Antes de recostarse a dormir la siesta, Eugenio me llamó para preguntar cómo me sentía, le dije que mejor, que estaba trabajando un rato y que también había recibido la carta de la aerolínea confirmando el vuelo. Le conté que hablé con Juan por teléfono y su dulzura de siempre, la sinceridad con que pareció decir que no veía la hora de reencontrarse conmigo en casa, me devolvió una buena cuota de calma, al menos provisoria, sé que la grieta es mucho más profunda y hay todavía demasiado por cavar para alcanzar la respuesta. Aparte estoy logrando afinar la obra nueva, empiezo a encontrar los nodos que articularán la trama, me aísla del otro ruido interior. Respondió que se echaba un poquito y más tarde nos comunicábamos.

Sigue lloviendo sin descanso, es insoportable. Cuando bajo para el almuerzo noto cómo ha crecido estos días la densidad humana atrapada en el hotel: tanto los pasajeros varados como los demás, los que van y vienen azarosamente del mundo exterior, que a esta altura juegan el papel de «los otros». Aunque no compartan nuestro comedor, se ha intensificado la concurrencia, el tráfico retenido, en los espacios comunes: lobby, bar, gimnasio. Continúo ocultándome con los diversos tocados de noche y de día —lentes oscuras, gorra, bandana, maquillaje—, y evito permanecer en sitios donde el público se recicla. Entre «los míos» comprobé que estoy fuera de peligro. En líneas generales no me encontraron nada familiar, y los que pudieron haber dudado, como Archimbolda, ya perdieron interés o me

incorporaron a la nueva normalidad.

Esta vez, en mi mesa se sientan la madre lectora y el hijo púber; el chico dura dos minutos, de inmediato vienen a buscarlo los hermanitos rubios y piden permiso —los tres dirigen una cara de súplica a la mujer de gestos de arcilla— para que vaya a sentarse con ellos en otra mesa, oasis libre de algoritmo adulto. Junto al plato, la madre tiene el libro de Cocteau que le vi ayer; de no haber estado yo, sospecho, se habría puesto a leer, incluso en presencia del hijo. Tras ciertos minutos de silencio, hace un esfuerzo por conversar y lo hace en ese sentido que anticipé, en francés:

—¿Usted tiene hijos? —pregunta.

Digo que no, solo tengo dos sobrinos de seis años, mellizos. Si mamá vivió la presión social de haber tenido una única hija, yo me siento perseguida por la posibilidad de pasar el resto de mi vida respondiendo: ninguno. Cero, *rien*.

—¿Sus sobrinos leen, tienen hobbies o están todo el tiempo con el móvil?

El tema no puede interesarme menos, daría lo que fuera por levantarme en este instante y dejarla con la duda. A desgano, contesto que todavía tanta pantalla no utilizan, a veces toman prestado los celulares de los padres, no demasiado, creo, vivo lejos, no los veo a diario.

—Hoy en día es un tema educar a los hijos —continúa, levanta la mirada del tenedor solo cada tanto, a veces para vigilar la actitud del chico con sus nuevos amigos en la otra mesa. Es muy tímida, cautelosa, tendrá alrededor de cuarenta—. Cuando quedé embarazada, hace más de trece años, soñaba con lo que podría enseñar al hijo que venía: libros, idiomas, clases de piano y violín, llevarlo a la ópera cada mes... Pude mientras fue chico y hacía caso, ahora es una resistencia imposible, una pelea interminable. Cuánta

desilusión, formar a un joven hoy resulta un sacrilegio.

Su físico compacto, de extremada delgadez y finura pálida, me recuerda a las mujeres de las pinturas prerrafaelitas, lánguidas, sutiles. Tiene unas manos larguísimas, casi elásticas, muy blancas y livianas como un cuello de cisne: se contorsionan para sostener los cubiertos, levantar el vaso o desarmar el pan. Una verdadera figura de Dante Gabriel Rossetti, modernizada por el cabello corto, a lo *garçon*. Mamá tenía ese estilo físico, solo que con abundante pelo rojo y largo, aparte de bastante más enérgica, incluso nerviosa, interactiva, potente. A esta señora parece que le hubieran dejado funcionando media pila de dos. Corta la comida en pedazos tan chiquitos como para un bebé y mastica suavemente, máxima suspensión, igual que para hablar entre dientes. Una Beata Beatrix rapada.

—Ay, no sé —me animo a decir luego de observar la conducta impecable de su criatura unos metros más allá—. A mí su hijo me resulta súper correcto.

—Es un encanto y se porta bien, es un alumno aplicado, pero ya casi no lee, ¿sabe la pena que me da eso? De hecho, si usted me ve a mí leer sin descanso es que lo hago por él, porque los expertos en educación dicen que los hijos copian no lo que uno instruye sino lo que uno hace. Yo leo porque me gusta, por supuesto, y también para que me vea. —Mirándolo con amor melancólico—. El sacrificio que hice para mandarlo a talleres de lectura, de escritura, de piano, de teatro... Y solo le importa lo que sale ahí, esa masa informe de esa máquina infame. Mi madre opina que es mi culpa por haberle dado el móvil a los once años, pero ¿qué iba a hacer? Fue cuando empezó a andar solo para ir al colegio y cuando nos separamos con el padre, los dos tenemos que poder comunicarnos con él. —De repente recuerda algo—. ¡Ah bueno! Además del bendito *Harry*

Potter. Ese sí que se leyó, la colección completa de atrás para adelante, en francés y en inglés, reiteradas veces, lo termina y vuelve a empezar, no lo entiendo.

—Entonces, leer lee, le gusta, no importa qué libros sean. Quizás hay que dejarlo y confiar, ya volverán las otras enseñanzas, no creo que desaparezcan, serán útiles en el futuro.

—No estoy nada segura. ¡Cuánto se echa de menos el mundo de nuestra infancia! En cualquier caso, no dejaré de insistir. Si uno se fija, en la historia de la literatura los grandes han llegado gracias a la dedicación sobre todo de sus madres. Se ve en las biografías de Camus, Zola, Gary, Proust, Ernaux, Borges, y tantas más.

—¿Es escritora o editora?

—Profesora de francés en instituto. Antes de quedarme embarazada y durante esos nueve meses leí muchas biografías de artistas para inspirarme en cómo educar a Bastien. Quise, y todavía quiero, darle la mejor formación posible. —Segundos después pregunta—: Perdone, no pretendo ser indiscreta, ¿es habitual que use lentes negras en el interior?

—¡Ah! No, es que estoy con conjuntivitis y me cuido de no contagiar.

Como si le hubiera despertado el pavor al contagio, enseguida se excusa, deja la bandeja con los platos sucios en un costado del tablón, vuelve por su libro y se acerca al chico, a quien le comunica unas palabras al oído. Se aleja, preciosamente anémica, rumbo a algún acantilado de mármol donde seguir condensando su fracasado mundo ideal.

Sin ganas de volver al cuarto, me dedico a itinerar por las zonas menos concurridas del hotel, en busca de nuevas sorpresas que hasta ahora me pude haber perdido. Una circulación imprecisa me conduce hacia un lado y hacia otro, corredor tras corredor, donde los

números de las puertas no parecen guardar ninguna lógica. Hay algo de continuidad, de repetición con modificaciones, paredes, puertas, candelabros y cerámicos hipnotizantes, todo idéntico, ligeramente distinto. *Corredores siempre sinuosos, cortados por escaleras y rápidos declives, llenos de vueltas y recovecos, que parecían recorrer como venas la inmensa nave del castillo de Argol.* En estos días, en el afán por no exponerme demasiado, mi inquisición no avanzó más allá del comedor, si bien ese pasillo se extiende bastante, con tres puertas cerradas a cada lado. La última de la derecha, a diferencia de las otras blancas, es de nogal, doble, robusta y sin manija, parece abatible. Empujo y cede, de adentro llega un sonido escaso de voces sofocadas. Lo rarísimo es que del otro lado me topo con una escalera tapizada por alfombra bordó que desciende en la más absoluta oscuridad. Las manos apoyadas a ciegas en unas paredes laterales revestidas de tela negra, bajo mirando con sumo cuidado cada escalón; a medida que me acerco al final, los sonidos ahogados aumentan. Aparte de algunas voces concretas, se oye de fondo un motor y el ruido siseante de una proyección. Tardo en darme cuenta de que quedé enredada dentro de un cortinado de terciopelo espeso, entre cuyos pliegues debo maniobrar un par de veces hasta encontrar la salida. Ahí dentro huele a cartón de antaño, a armario sin abrir por décadas.

En la imagen, un cañón rueda por las calles de París a una velocidad histérica: enseguida reconozco *Entreacto* de René Clair. Sobre un escenario compacto cae una pantalla mediana, medidas de sábana king, no tan grande como las de un cine, a cuyos lados se abre un cortinado denso. Tiene aspecto de paraninfo o vieja sala de teatro reconvertida, las butacas son más bien sillas antiguas de salón y los pocos espectadores se han acomodado dejando abundante espacio entre unos y otros. Hay algo desolador en el

efecto en que el haz de luz del proyector atraviesa la sala como un túnel sólido de resplandor y polvo, tiñendo de un tono perlado al público. Parece un cineclub de barrio, improvisado.

—¿Por qué estos tipos se pusieron a saltar como canguros alrededor del cañón? ¡Ni siquiera se les ven las caras! —se queja Archimbolda—. Esto no tiene pies ni cabeza. ¡Yo pedí una película, no un delirio!

—Son las vanguardias, querida —responde Gaudiana con voz de bostezo—. El arte rupturista consiste en que te duela la cabeza y te sientas culpable por no disfrutarlo. Es como un ruiñón con migraña.

—¡Shhh! Señoras, por favor. —Una voz masculina.

—¿No podrán ponerle volumen? Resulta muy molesto verla así.

—Es cine mudo. Y de lo más ridículo.

—¿Van dando vuelta los planos de la ciudad?

—Es como estar mirando por un caleidoscopio. ¿No ves que gira?

—¿Y esas chicas con cara de hormigas?

—¡Son globos pintados que se desinflan!

—¡Shhh! Señores, por favor. —Una voz femenina.

—Se ve todo borroso como a través del agua. —La voz del chico francés.

—*S'il te plait, Bastien, silence.*

—Mirá, esa torre parece el obelisco.

—Pero si es París.

Un poco a tientas busco la cabina de proyección, donde para mi sorpresa encuentro a Daniela, la chica de la perla, maniobrando detrás de un aparato grueso, pesado, entre latas de celuloide y posters de películas antiguas. Me cuenta que Archimbolda y Gaudiana negociaron la apertura provisoria de un cine personal para esos días, en la sala de conferencias que llevaba tiempo sin

alquilarse a empresas. Y ella se gana unos pesos extra haciendo eso porque lo aprendió en Caracas: estudiaba cine cuando su familia decidió abandonar el país por el hartazgo con la dictadura de Maduro.

—Y aquí aún no he podido retomar mis estudios, pues.

—Siento mucho lo que ocurre en tu *peís*. —En frañol.

—Ya, solo pienso en regresarme. La arrechera que me da el tirano hijo de su madre ese, desgraciado hijo de perra.

La acústica dentro de la sala es horrible, el sonido parece desbordarse de la pantalla y las voces de los espectadores se oyen con eco:

—¿Guirnaldas en un cortejo fúnebre? —Se alarma alguien del público.

—Más que funeral parece un circo. ¿No ves que el coche va tirado por un camello?

—¡Qué ocurrencia!

Advirtiéndole que el corto va a terminar, Daniela prepara la siguiente lata:

—¿Estos días, esta gente ha visto films viejos? No me enteré.

—Posiblemente usted no haya querido sumarse a la lista de querellantes, pues.

—*Ah, c'est exacte.*

—Los que vienen traen una cala en el ojal, es el santo y seña para saber que pertenecen al clan de los reclamantes. Tú..., disculpe, usted no la tiene.

—Soy tú para ti. ¿Deberías echarme, entonces?

—No te preocupes, puedes quedarte por aquí, nadie se fijará.

—Los escucho protestar por las películas, ¿verdad?

—El gerente les aclaró que podíamos darles el servicio con tal de que fuera con las copias disponibles en el archivo del hotel. Y lo que

hay es puro cine dadaísta o surrealista. Buñuel a patadas, y Man Ray, René Clair. Las noches anteriores les puse las pelis que creí que comprenderían mejor, un poco más *mainstream*, pero igual, chama.

—¿Cómo qué?

—Hay de la Nouvelle Vague.

—¿Godard por ejemplo?

—De Godard, unas cuantas. Les puse *Pierrot le fou* y casi incendiaron el salón, vale. Después las señoras, todas, tres de las argentinas junto con la italiana, salieron de la sala como ebrias repitiendo: *Qu'est-ce que je peux faire? Je sais pas quoi faire...* en bucle.

Apenas se acaba *Entreacto*, empieza *Un perro andaluz*, justo cuando veo entrar a Medea con sus dos niños rubios, que buscan dónde ubicarse.

—¡Ah! Por lo menos tiene música, ya es un cambio. —Gaudiana.

—Sí ¿pero por qué tan siniestra? ¡Con escenografía de Dalí! Qué bien.

Y al rato:

—¡Qué asco cortar un ojo así! ¡Me desmayo! —Archimbolda, tapándose con un abanico.

—¡Tapate, tapate, no mires! Es una metáfora de la visión —explica Gaudiana—. El director quiere que veas el mundo de otra manera. Lo que pasa es que, para ver como un genio, primero hay que quedar ciego como un idiota. Es el protocolo del surrealismo.

—¡Silencio! ¿Puede ser?

Las voces se interrumpen obedientes unos segundos. Después:

—Al menos acá París se ve nítido, así da gusto.

—Y la música agarró un vuelo lindo.

—¿Qué le pasó al hombre de la bicicleta, mamá? —Un hijo medeico.

—No sé, le dio como un síncope.

—¿Tiene moscas en la mano? —La niña.

—¡Son hormigas! —El niño.

—¡Una mano muerta en la calle!

—¿¡Por qué guardó la mano muerta en una caja, mamá!? —La criatura a un tris del llanto.

—¡Ay, la pisan, la pisan! ¿Por qué no se mueve de la calle? ¡La atropellaron!

—No, no, chicos, vamos, esta película no es para menores. —La madre se pone de pie alterada y empieza a zamarrearlos hacia la puerta—. Vergüenza debería darles, permitir la entrada del público infantil para ver estas atrocidades.

Salen en atribulado montón. Beata Beatrix y Bastien van con ellos.

—La señora tiene razón, es una impudicia. —Gaudiana.

Hacia la sala de proyección, Archimbolda:

—Nena, ¿no nos podrás pasar otra cosa menos rara?

—Mire, sí, les voy a poner *La caracola y el clérigo*.

Cuando la escucho responder eso, le digo al oído:

—Yo me voy porque si te quisieron incendiar la sala con Godard, con esta van a terminar llamando a un exorcista.

La lateralidad.

Un artista debe ser un marginal en el mundo.

Mirar con los ojos de no entender, de un solo intuir fragmentario, como el niño: inquirirlo todo. Desde esa incompreensión construir una posible respuesta que no afirme nada para poder seguir interrogándose, para indagar con la materia silenciada. La disminución, el volumen bajo, lo infraordinario.

El que mira de fuera.

(desaforado:

actúa fuera de la norma)

Hechas las despedidas de sus parientes durante la tarde, me resulta extraño que Eugenio no haya querido cenar con ellos y con su hermano que vive cerca, sentí envidia de que pudiera permitírselo, aunque por otra parte yo había elegido, estos días, exactamente lo mismo. Peor en mi caso, había optado por el ostracismo pleno, el acto Wakefield más radical. Al parecer lo invitaron, pero prefirió quedarse en el hotel y acostarse temprano. Sin embargo, aquí está pernoctando en nuestro rincón del bar, él con su whisky, yo con mi vino blanco, igual que en cada una de nuestras anteriores veladas, y no da la impresión de tener ningún apuro. Puedo anticipar la nostalgia que sentiré cuando evoque esto más adelante.

—¿Te sentís más extranjero de un lugar que de otro?

—A esta altura por igual, intuyo, en los dos. Como todo lo que se vuelve costumbre, casi he dejado de notarlo. O al menos de pensarlo. Hasta que me encontré con vos e insistís en que me lo replantee. —Sonríe con calidez.

Hago caras que den a entender mi insatisfacción ante la respuesta:

—¿Alguno de los dos países te resulta menos familiar?

—Llevo tal cantidad de años alternando entre un sitio y otro que me es difícil discernir, en ambos me percibo diferente e igual en la misma medida.

—¡Es tan Pirandello!

—Algún día me explicarás también eso.

—¿Qué estamos haciendo, por qué no volvemos? ¿Qué nos retiene allá? Vos, ya hiciste todo, ya lo diste todo, y ahora así..., con la enfermedad..., ¿qué te detiene de volver? A tu edad no tendrás obligaciones tan demandantes.

—Tampoco sé explicarlo. Lo resumiría así: soy de acá pero me hice de allá, querida. Y además, vos lo decís así como que está todo hecho, todo dado, suena tan final... Y yo, te lo dije, me siento todavía joven. ¿Hago mal?

—Por supuesto que no, y *sos* joven. Quise decir, o estaba pensando más bien, en la familia, ¿importan menos los afectos que las otras necesidades personales, que el trabajo, los viajes, lo económico? Pregunto por los dos, por vos y por mí.

—En primer lugar, te puedo responder solo por mí. La familia importa, sin ningún lugar a dudas, más que cualquier otra categoría. Por más que quiero a mi país y me siento intrínsecamente argentino, orgulloso de serlo, no lo puedo racionalizar, no está en mi espíritu afrontar una nueva mudanza. Mal que me pese, algo que no sé identificar me dicta que Lyon es mi lugar. O se ha vuelto mi lugar. O como dijimos de algún modo en estos días, ir y venir se ha vuelto mi modo de vida. Soy un nómada, un peripatético, ahí está mi hogar: en el movimiento.

—Me pasa como a vos, por eso a cada rato me planto frente a la torre del reloj ese inmenso, lo miro y lo miro como si quisiera arrancarle una explicación más allá del lenguaje humano. Interpelo al reloj, a los otros edificios espejados de los costados, a la plaza, a los colectivos rojo Sugus, al árbol de la chica decapitada...

—¿De quién?

—Una pavada... Hay un árbol ahí en la plaza, en diagonal a mi ventana, es el único que de noche y de día da el mismo perfil de sí,

todos los demás cambian, parecen gigantes tenebrosos de noche y viejitos encorvados de día.

—¿Y qué vendría a representar el que no cambia?

—No sé, quizás para mí es la persona que tiene claro adónde pertenece.

—Curioso es que sepa si no tiene cabeza. Más bien ha priorizado no pensar, se deja llevar por las tripas. Mientras que los demás envejecemos vencidos por el tormento de la indecisión, de la dualidad. ¡Y sobre todo de la bendita culpa!

—¿Esa ceguera voluntaria es la misma que usamos para negar o ignorar la edad?

—Qué preguntas más imprudentes las tuyas, ¿qué querés decir?

—Nadie soporta envejecer.

—Es cierto y a la vez tremenda tontería: envejecer es ganarle al tiempo, perdurar.

—Creeme que lo sé, lo pensé mucho con mamá. Murió joven. Ella perdió.

—Lo siento, lo siento realmente, pero tiene que servirte como ejemplo para no temer a la vejez.

—Y, sin embargo, solo atontando la idea es que la toleramos. Es lo absurdo.

—Solo así, no pensar: en el fondo también es sano. Imaginate si yo me dijera a cada rato que en nada alcanzaré los ochenta. ¡Ochenta! Jamás pensé siquiera que sería capaz de llegar a semejante cifra, me resulta increíble. ¿Y sabés por qué?

—¿Por qué?

—Cada uno sigue viendo desde y hacia el interior de uno, y ese interior no cambia: madura, se fortalece, se modifica, pero es consistente con la persona que uno siempre más o menos fue. Por tanto, el paso del tiempo se percibe como algo externo, no se

asimila ni se incorpora a la autopercepción... Incluso si trato de conceptualizar el hecho de que, en términos reales, te llevo ¿cuánto?, ¿cuarenta años?, no me lo creo, es decir, no consigo sentirlo. Ni siquiera comprendo cómo es que me llevo a mí mismo, al nene que fui, setenta y tantos. Ahí tenés el dilema: ¿cómo aceptar un final cuando solamente se está empezando? Cuando cada día se está volviendo a empezar...

Respondo con un gesto ambiguo que significa puede ser.

—A mamá le hubiera encantado conocerte.

—Habría sido mutuo, sin duda. En una frase, ¿cómo resumirías a tu madre?

Lo medito unos segundos:

—Como la mujer que ponía luces navideñas en el balcón cada 8 de enero.

—Original. Y las descolgaba el 8 de diciembre.

—No, cuando se le acababan las pilas.

Algo en ese intercambio me produce tristeza, será por eso que comenta:

—¿Por qué no salís corriendo a abrazar a tu papá, mandás las elucubraciones al diablo y te quedás? —Se acerca al borde del sillón, me mira fijo a los ojos, me toma la mano con las dos suyas—: Si le estás dando tanta vuelta al tema tal vez tenés que quedarte, darle una oportunidad. Sos una niña, tenés margen para retroceder, para donde sea.

—No sé, no sé... —Con delicadeza escurro mi mano—. Cualquiera que no haya emigrado pensaría que este es un diálogo de locos. Dirían: por dios, qué tanta reincidencia, déjense de embromar, vayan o vengán, pero termínenla con la cantinela del desarraigo.

—Cualquiera que nunca haya migrado no debería juzgar.

—¿Y cómo fue saber que tus padres envejecían a la distancia?

Sin mediar otro gesto, tras mi consulta, Eugenio deja caer los dos brazos en simultáneo a cada lado de las piernas, las manos abatidas, dos cadáveres palma arriba sobre el sillón, como si un mortero hubiera impactado en el centro de su pecho. Perdidos, un brazo por cada progenitor. Echa la cabeza hacia atrás, alcanzo a ver cómo sube y baja la respiración en su torso durante unos minutos.

—No solo mis padres —dice al fin, reincorporándose aunque sin mirarme, los ojos han elegido una orientación oblicua, al costado de mí y más atrás, afligidamente quieta—, también los tíos, los amigos, mi hermana Elena, de quien estuve alejado todo este tiempo de su enfermedad, cosa que lamento en particular. Si bien daría la impresión de que ella no se entera y de que nuestros hermanos se ocupan por completo, me cuesta saber que no la acompaño en esa oscuridad abrumadora que debe ser el alzhéimer. Tal vez te suene dramático y no es mi intención asustarte, pero vos sola te metés en estas inquisiciones en mi opinión muy peligrosas. Si ya sabés la respuesta.

Me siento amonestada. Como una araña pérfida, la incomodidad se desplaza unos pasos peludos entre nosotros para recordarnos que hasta hace tres días éramos dos extraños. Interfiere ahora esa evidencia de ¿cómo llamarla?, ¿ajenidad?, la comprobación repentina de ser otro para el otro. Vos desubicada.

—La intuyo y puedo anticiparme en mi visión personal... Solo tuve curiosidad por tu... nada, disculpame, estuve mal, fue un error.

Los codos sobre las rodillas, las manos unidas en medio, la expresión todavía lateral, amarga quizás, casi enojada diría, cuando deja salir un titubeo en un tono que no percibí antes en él, un árido timbre nuevo, lleno de gravedad:

—Creo que al principio y durante una gran cantidad de años, que

al final se vuelven décadas, uno trata de... ¿Cómo decirlo? Vivir anestesiado, esa es la expresión: anestesiado en cuanto a la parte incompleta, la de la familia lejos con tantos pormenores que uno se pierde a diario. Equivale un poco al miembro fantasma del que hablan los psicólogos: ¿viste cuando una persona pierde un brazo, una pierna, pero sigue sintiéndolos como si estuvieran ahí? Tu padre y tu hermano sabrán del tema, por lo menos en su explicación teórica. Vos y yo lo hemos sentido como un gusano vivo en la piel... ¡A que da impresión pensarlo! —Supongo que lo dice por el gesto que se me acaba de escapar sin querer, de rechazo—. Fiestas, cumpleaños, pasaditas a tomar un mate, un cafecito, una charla de a ratos, reuniones o momentos de fin de semana, aniversarios, tantos episodios compartidos y gratos que se diluyen. Uno tiene presente que eso está ocurriendo en un sitio remoto del planeta y de la propia conciencia, en otra estación del año, encima, y a la vez poderosísimamente cerca. No queda más remedio que anular, o fajar, contraer, poner vendas, a la parte sensibilera de uno mismo para evitar un sufrimiento excesivo. Ya que si nos pusiéramos a inventariar esa pérdida..., creo que el ahogo no se toleraría ni una semana.

—Sería como verlo todo desde una gran hiperconciencia, verse vivir desde un panóptico, nadie aguanta eso en ninguna circunstancia, sea emigrado o no.

—Precisamente, esa hiperconciencia es la que se aletarga, la que uno deja funcionando a medias a propósito. A propósito pero de manera inconsciente, las dos cosas, es paradójico. Me explico. Tenemos, cada día, instantes, actos reflejos, despuntes en los que aquellos seres queridos se le aparecen a uno, a vos te pasará. Se los piensa, uno se representa qué estarán haciendo, si se estarán despertando, si irán a acostarse, etcétera, para luego seguir

adelante con las orejeras de burro puestas: acometer las cuestiones personales, avanzar en la rutina, no distraerse con esos pensamientos filosos que pueden lastimar. Pueden paralizarte incluso. ¿No es cierto?

—Sin embargo, muy a menudo es imposible negarlo, abstraerse. Cuando el país enfrenta situaciones complicadas y nos llegan noticias difíciles, ya sean económicas, políticas o climáticas, yo me voy como estropeando; siento tristeza, bronca, ansiedad, es inevitable. Si encima es algo que toca de cerca a mi familia, estoy dale llamar por teléfono.

—Claro, bueno. Lo que quise decir es que, fuera de episodios más troncales, en lo que es la suma de horas y días, la distancia se supera gracias a un tipo de anestesia anímica, de bruma mental... Cada vez que se abre el hueco de la añoranza, hace falta echarle una palada de arena, de ruido, de dispersión casual, y así poder seguir la marcha cotidiana. Luego uno va aprendiendo, o se va acostumbrando, a funcionar con esa sinfonía sentimental en un volumen más bajo, más tenue. La nostalgia como un murmullo, similar a como mi abuelo, el francés, escuchaba la radio. —Hace una pausa melancólica, sonrío con algo de pena—. La tenía encendida cada minuto del día y hasta se la ponía al lado de la almohada para dormir. Jamás la encontré apagada, jamás. De hecho, cuando murió, estuve como una semana sin atreverme a silenciarla yo, requirió mucha valentía de mi parte. Mientras convivía con él me resultaba molesto; hoy comparo ese sonido con el modo en que nos ocupa (en el sentido de instalarse dentro, de habitarnos) la morriña del desarraigo: suena constantemente pero no todo el tiempo se oye. Por suerte...

—¿Con la infancia o el pasado no es igual? Aparecen flashes, fotos sueltas, recuerdos idealizados o distorsionados a los que uno

querría tanto poder volver, recuperar...

Los dos vamos a hablar a la vez e insistimos en cederle la palabra al otro, hasta que él la acepta:

—Iba a decir que, sí, definitivamente, con el pasado es lo mismo: el eterno deseo de volver atrás y amarrar las cosas, a la gente. De cualquier forma, el progreso personal en otro país, en soledad, es posible gracias a que está sostenido por un registro del amor hacia esas personas. Tanto tu cuerpo como tu memoria vuelven a la fuente del recuerdo familiar como sostén. Eso te equilibra en el fondo, te da la base para despegarte y crecer.

—Quizás vos y yo tengamos esa experiencia en común, aunque no le pasará a todo el mundo. Al contrario, hay quienes se escapan de un entorno o de una tragedia, del desamor.

—Puede ser, sí, tenés razón. Hay quienes huyen de un país o de ciertas figuras, incluso con odio. No sé de qué manera se sobrellevará eso, en casos como el mío o el nuestro, sin la anestesia que decía al comienzo, el panorama sería... —persigue la imagen—, sería (metafóricamente y salvando todas las distancias, ya que no se me ocurre cómo expresarlo de otra manera) como los partos en épocas pasadas, cuando las mujeres tenían que parir en crudo, *a capella*, en un alarido de dolor.

Se quita los lentes y se refriega los ojos, tan hondo que da la impresión de hacerse daño. Luego estira su pañuelo azul del bolsillo del saco y lustra los vidrios antes de recolocarlos. Retiro con la cucharita la espuma de mi café adherida a la porcelana, se enfrió mientras lo escuchaba. Continúa:

—Y después, cuando la vejez se apodera de ellos, la cosa empeora. Desde que surgen las enfermedades y las limitaciones físicas se agravan, es..., es una tortura, creeme, porque se suma la lejanía al padecimiento habitual de ver sufrir a los seres queridos.

Se emociona, un nudo cierra su voz, empuja con el índice el puente de metal sobre la nariz, como lo he visto hacer tantas veces. Me inclino hacia él indecisa, la mesa en medio, sin animarme a tocarlo o decir nada específico, aun entonces no me mira. De haber sido mi papá o un abuelo, habría corrido a sentarme al lado para abrazarlo, contenerlo; lamento que esa opción esté vedada.

—Yo... —Quiere continuar, sus dedos enrollan y desenrollan un sobre de azúcar que acaba por romperse y comienza a desgranularse sobre la mesa, él ni siquiera parece darse cuenta, de lo abstraído y tenso que se lo ve.

—No importa, Eugenio, ya entendí, dejalo.

—La muerte es una porquería en cualquier circunstancia.

Escritor

Forastero tanto en su vida como en su obra.

Hábil advenedizo que abusa de la debilidad de sus creaciones.

Y es abusado ilimitadamente por ellas.

Escribir

Mudarse de forma radical.

Vivir en estado de mudanza.

Existir en modo duplicado (sin estampilla oficial).

—Y en tu caso —pregunta—, ¿cómo empezó tu vida de errancia? ¿Cuándo y cómo decidiste partir?

—Después de que mamá murió, todo remitía a su ausencia. Lo móvil y lo inmóvil, lo ordinario y lo subordinario. Qué intenso y cuánto duró ese malestar. Fue como si un obús hubiera dejado un cráter en la tierra, a mis pies, y se moviera conmigo adonde fuera para hacerme tambalear. Me irritaba la gente que no se había enterado de mi pérdida y me hablaba en tono casual de pavadas o protestaba por problemas menores. Tanto como los que sabían y se pasaban de empáticos, de artificialmente comprensivos, e intentaban acercarse más de lo que podía soportar.

»Le di tiempo a papá para que se acomodara, a mis hermanos para que se mentalizaran, a mí misma para rehabilitarme y renovar el pasaporte europeo (me casé, sí, con Juan para que él también lo tuviera), dar con un proyecto teatral acorde a mi experiencia y expectativas en algún país que me interesara, trabajo alimentario ya conseguiría cualquier cosa, lo que fuera. Me mortificaba desatender a papá con su dolor, pero me convencí de que solo sería un periodo, estaban Julián y Rocío, mis hermanos (que son hijos de papá pero no de mi mamá, perdieron a Leila en menor medida), e Inés, mi cuñada, sabíamos que pronto habría nietos que atender. Yo, la que precisa estar para el resto, iba a ir y venir seguido, le juré. En serio, papá, te lo prometo.

»Viajé desatada, ningún lugar me pertenecía y, más allá de

gustarme conocer, en el fondo ninguno me importaba, nada debía trascender, pura promiscuidad de los sentidos. La cuestión era ponerse y sacarse escenarios con la velocidad con que se cambia la curita de las ampollas que causan las sandalias en verano, el ritmo razonable para sostener empleos temporales sin enloquecer. Esa misma apatía, la lente escéptica, estoy convencida, fue lo que me hizo descollar en teatro, hubo una entrega explosiva, un reventarse por dentro, ¿qué podía tener miedo de arriesgar? Si había perdido mucho, si me quedaba poco más que ese terrón de cenizas y la piel cruda de varias ampollas sin cicatrizar, el cráter móvil junto a los pies, inundado de pustalgia. Viajaba con voracidad, me atoraba de gente nueva, idiomas aprendidos apenas, de a mordidas, con rabia.

»Todo pasaba en una especie de raid onírico, de atropello irracional para, una vez en el aeropuerto de turno, dejar las experiencias metidas en una bolsa, apoyada contra una columna de metal. “Disculpe, señora”, me interceptaría un guardia en uniforme, “creo que se olvidó esto”. A lo que respondería: “Disculpe usted, debe haberme confundido con otra. Que se lleven mis vivencias, me da igual, alguien sabrá qué uso darles. Y aquí tiene mis diarios íntimos, mis agendas, un arsenal de poemas”. A mayor cantidad de lesiones acumuladas, más se empequeñecía la causada por mamá, una boya flotando lejos en el mar, ¿un pato o una gaviota? ¿Lo ves?, un paquete a la deriva. Un tajo de luna en el horizonte. Un taquito de polvo. *The rest is silence.*

Hago una reverencia, Eugenio ríe con los ojos vidriosos, y sacude la cabeza a los lados como un abuelo que piensa: esta chica no tiene ni tendrá remedio, bravo.

Mientras se ausenta para ir al baño, reflexiono: solo yo sé, y quizás papá, que me fui del país porque, más allá de que llevaba tiempo soñando con probar otros desafíos profesionales, después de

haber despedido a mamá necesitaba sumergir los sentidos en un universo sin ella, recargar el ojo huérfano con fotos nuevas, volver a empezar en un mundo creado por mí, sin voces familiares, sin miradas de alcance cronológico ni huellas.

Extranjerizarme de pies a cabeza. Quedarme sola incluso de mí.

No tenía idea de cuánto puede lastimar un lugar hasta que lo dejó ella, árido, volátil, un terrón de cenizas que se sopla y se evanesce. Cuánto mal es capaz de producir la geografía cotidiana cuando la abandona tu persona más necesaria. Pueden llegar a doler bestialmente cosas tan ingenuas como un semáforo, un almacén o una marca de galletas. Cada mínimo detalle en la ciudad se resignifica y se adensa, por plano que sea; se vuelve símbolo, se inflama, se renueva. No quedó una cuadra, un negocio, un fragmento de cielo sin minar. Supuraban todos a la vez, una lluvia viscosa de ansiedad.

Solo en ocasiones, cuando tengo margen emocional, hago el ejercicio de situarme ante la puerta de aquella casa de infancia. El Hogar. Hacia la izquierda está la esquina donde nos parábamos las dos en nuestros paseos, ella con el carro de la compra, yo con el de la muñeca o el monopatín. Jugábamos a ser vecinas que se encontraban por casualidad, íbamos del brazo: ella me contaba sobre su hija inventada y yo sobre mi madre ficticia. Charlábamos como cotorras, comíamos helado, planeábamos navidades, cumpleaños o artesanías. Me gustó darle la mano en la calle y apoyarme en su hombro hasta bien de adolescente, sentir sus besos en el centro de la frente o en la cabeza. Esas mismas cuadras ahora me resultan intransitables, una zona infecta. La alcantarilla continúa sin arreglo; mamá se quejaba siempre con el mismo grado de enojo y sorpresa: es un verdadero peligro, no entiendo cómo no la arreglan. La baldosa contra la que me hice un corte en el mentón

por correr a una paloma; hubo que volar —en un taxi al que frenó casi con demencia, entre aspavientos y un reguero de sangre— a la clínica infantil y cerrar la herida con pegamento; una vez que me hubo entregado a las enfermeras, mamá se desmayó en la camilla vecina. Ese hospital infantil también en una época supuso visitas frecuentes, debería llevarse íntegro un tornado.

La vieja lencería: sigue ahí, incólume, idéntica. Puedo vernos a las dos en el interior, a contraluz: desde la calle, la vista sortea el display de bombachas, camisetas, medias de nailon, canacán de lana, pañuelos de tela, exhibidos en las dos vidrieras. Estamos ahí el día que compramos juntas mi primer corpiño, porque mamá insistió e insistió, porque la pediatra me había explicado: Tenés que empezar a ponerte algo porque si no, en el futuro, los pechitos te van a bailar blonga blonga. Y mamá salió disparada a hacerle caso. Es de algodón blanco sin aro ni relleno, en un costado tiene bordado un corazón con pespunte plateado; lo levanta para calcular si es el tamaño adecuado, comenta algo con la vendedora mientras lo sacude —para mi gusto, obscenamente—, lo mide encima de la ropa sobre mi avergonzadísimo pecho retráctil, no sé cómo decirle que pare, que no lo haga, me muero de pudor, todo el mundo está mirando —serán una o dos empleadas, pero para mí es un mundo—, no me escucha, no entiende que pueda darme vergüenza si es una tontería y todas tenemos que usarlos. Salimos de ahí con dos de esos y para festejar la nueva etapa me invita a merendar en una cafetería con tortas monumentales, llenas de bucles merengosos y confites, a las que sabe que no me voy a resistir. O iríamos al cine en el que vi el noventa por ciento de las películas en mi niñez, la mayoría con ella. Un cine lóbrego, ya entonces venido a menos, con las butacas duras de cuero color bordó o marrón a menudo ajado, donde había que poner un suplemento para que yo alcanzara a ver

por encima de las demás cabezas. Lo que queda de ese edificio es su cicatriz humillada, vacía de promociones, cubierta con afiches de películas pasadas, medio arrancados, desteñidos; parece Kosovo, diría Leila; la taquilla con persianas de metal que llevan bajas una eternidad, selladas en su abandono de grafitis. Mamá y yo estamos haciendo la cola para comprar las entradas, nos dan a elegir la fila, lo conversamos, mamá pregunta por los descuentos, me consulta si con pochoclo y gaseosa, aunque ella misma se responde «mejor no» antes de que yo pueda opinar nada, me deja con el tímido «dale» colgando en el aire, asevera mejor compramos una cosita más sana en el kiosco de al lado, del que tampoco queda rastro, ahora hay una rotisería con pollos dando vueltas. La ciudad como un palimpsesto de mierda.

¿Dónde se busca a mamá? ¿Cómo se aprende a prescindir de ella?

Necesito conseguir eso, Eugenio, llegar a esa dimensión sobrenatural.

Hay
algo
del volver
y el releer
que me alucina.
Reintegrarse
a una trama
interrumpida,
a una textura vieja.
Transitar
las mismas
líneas con otro cuerpo.
Ese relámpago
de solaparse
el yo viejo con el nuevo.

Entonces mi naturaleza es estar siempre de regreso
sin llegar a volver realmente nunca al mismo lugar.

—¿Vos, la verdadera Charo, aparte de actuar, escribe?

—Al principio adaptaba textos de otros autores, clásicos sobre todo, a guiones que además interpretaba, los unipersonales eran y son mi especialidad. Al morir mamá, descubrí que me había dejado un manuscrito y una serie de textos caóticos, llenos de indicaciones y notas. En las entrelíneas se leía un pedido indirecto de que yo lo editara y lo publicara como novela. Tardé unos dos años, pude cumplir ese deseo, al libro le fue relativamente bien, aunque más resonancia tuvo la versión que adapté a mi estilo para el escenario. A la salida de ese proceso, no pude dejar de escribir. Obras de teatro personales y, hace tres años, se me ocurrió traicionar mi propia materia, venderme al espíritu materno, de algún modo atreverme a probar el camino que ella pretendía y que en cierta forma titilaba debajo de ese trabajo que me endilgó. Había jurado que no iba a claudicar, que nunca haría lo que ella había decidido por mí. Pero el recorrido y su muerte hicieron que cambiara mi punto de vista, puse otra atención en lo que había querido decirme, en lo que veía ella, como madre, algo tal vez percibía y yo no. Me rendí, digo, acepté, escribí una novela propia. Acaba de publicarse, hace unos meses.

—¡Felicidades! Dramaturga, actriz y ahora novelista. ¿Y cómo se titula?

—*Diario de un animal*. Primero salió acá, en Argentina, por eso mi visita en parte tuvo como propósito hacer presentaciones. Después saldrá en francés allá, este año.

—Quiero ir a comprarla, hay una librería aquí cerca. Si para de llover...

—En algún momento salgo y te la compro.

—¡Le pido a Horacio! ¿Hubo reseñas?

—Unas cuantas, sí, me dijeron que todas buenas, prefiero no leerlas.

—Ya lo haré yo. ¿Y de qué trata?

—Narra, bastante fragmentaria, teatral y poéticamente, la vida de un *homeless*, un hombre que se da por vencido, renuncia a todo y vive en la calle. Primero fue arquitecto, tuvo una familia, mujer, hijos, trabajaba en una empresa de gran prestigio, con un cargo importante. De pronto sintió la necesidad de empezar a pintar y pintar y pintar, hasta que la pintura arrasó con lo anterior: la mujer, el trabajo, la obediencia, las jaulas del sistema. Lo que la gente tan ingenua y sumisamente llama normalidad.

—¿Era buen artista?

—Impresionante. Usaba otros materiales aparte de la pintura, como corteza de árboles, sogas, cáscaras, muy original. Pero en cuanto el mercado quiso apoderarse de su obra, exhibirla, llevarla a itinerar por distintos países, galerías, museos, el hombre empezó a empequeñecerse y se negó a seguir. Entró en una fase irredimible de *preferiría no hacerlo*. Se salvó. Detesto a la gente que hace arte por ser artista, por salir en el diario y figurar en presentaciones o por darle un rumbo equis a su vida; este es lo opuesto, hace arte por pura necesidad. Igual que Dorothea Dodds, una amiga artista de mi mamá.

—¿El hombre dejó de pintar?

—Eso no, pero se volcó a la pequeña escala, más invisible; abandonó las series de cartílagos frondosos que pintaba en gran tamaño para dedicarse al dibujo cada vez más minúsculo, a la

microscopia radical. Como Walser con la escritura. El artista de mi novela deseaba dejar de ser visto, reconocido, y dedicarse a pintar, solo que en nuestra sociedad eso es imposible. Crear nada más es antiproductivo, el gesto anticapitalista por excelencia. Crear o disfrutar del arte, leer, escuchar música, conversar. Hoy en día no alcanza con escribir, por ejemplo, sino que hay que andar detrás del libro para explicar a los lectores lo que ellos de todas formas ya comprendieron, incluso a veces mejor que el propio artista. Hay un culto a la persona, quizás incluso por encima de la obra, que no consigo descifrar y me enoja.

—¿Y el hombre acaba en la calle?

—Perdió ropa, hambre, interacción, pelo. Como en «El retrato oval» de Poe, a medida que el pintor retrata a su esposa y la obra crece en vitalidad, la mujer se extingue. Mi personaje pasó a vivir solo, aislado en una especie de depósito o trastero de la casa de su esposa. En un banco de plaza, desde el principio, hablaba con una mujer anciana. Ella no le exigía, no lo cuestionaba, lo observaba y lo escuchaba. Mientras él pudo comunicarse verbalmente, conversaron, después de que él enmudeció, usaban la escritura. Sin previo aviso, la anciana desaparece...

—No me vas a arruinar la intriga.

—En mi obra no hay intriga, Eugenio, viene arruinada. —Se ríe y de pronto se está riendo tanto que no puedo continuar, se le sacude el pecho arriba y abajo. Me contagia. Al fin me hace señas de que continúe, mientras toma un poco de agua—. En un punto se entera de que a la anciana se la llevaron a un geriátrico, entonces él corta todo vínculo con lo humano. Ella era la última de la especie que le interesaba.

—Medio terrible. Me fascinaría conocer su trabajo.

—A mí también.

—¿Ese libro lo escribiste en París?

—Lo escribí por todas partes, en trenes más que nada. Con la compañía me la paso viajando. Pero la última parte la trabajé en una residencia para artistas, en Suiza.

—¿Suiza dónde?

—En un pueblito muy rural, granjero, ínfimo, cerca de Morges y Lausanne.

—Conozco Ginebra, pero no llegué hasta ahí. ¿Qué es una residencia artística, en qué consiste?

—Varía según la propuesta. Esa vez nos invitaban a cinco artistas de distintos lugares, vinculados al teatro, a postularnos para pasar allí juntos un mes con el fin de trabajar en algún proyecto personal, cada cual en lo suyo. Por más que todas las tardes nos reuniéramos a tomar una copa y comentar los progresos, debatir, teorizar sobre arte...

—¿Y qué tal, funcionó?

—Lo más interesante de esas prácticas es lo que se recoge y se internaliza de la experiencia en sí, lo que te ayuda a procesar, más que lo escrito en sí. Yo me llevé esta idea: Llegás siendo uno, una persona desconocida a esos otros que descubrí ahí, y al separarte, al final de la estadía, reconocés que se formó un nosotros: de ese *los otros* se deriva siempre un *nosotros*. Eso fue lo que rescaté.

—Suená muy interesante.

—Suená a lo que nos pasó aquí mismo ahora. Vos y yo y todos estos pasajeros efímeros —digo señalando en derredor— llegamos siendo un conjunto de otros para los demás, y al tomar ese avión mañana sentiremos que podemos hablar de nosotros. Más allá de que jamás volvamos a vernos, algo habrá quedado y algunas personas puntuales o situaciones seguro no las vamos a olvidar. Además, es algo que no puede expresarse en cualquier idioma. En

inglés y francés no funciona, en español solamente.

—¿Es lo que te marcó más de la residencia?

—Eso y constatar que cargo con una vocación de extranjera.

—Lo decís como si te pesara.

—Es que soy así y ya dejé de combatir con mi esencia, me cuesta quedarme quieta. Desde muy chica me la pasé fantaseando formas de migrar, aun cuando todavía no tenía recursos ni autonomía. Después, una vez que pude, me di cuenta de que me gustaba mucho no solo viajar, pasar, mirar y absorber rápido desde fuera como una turista, al contrario, me hace bien quedarme, conocer las costumbres, los caminos, los detalles, lograr que se vuelvan cotidianos. Las maneras de trasladarse, de saludar, los horarios, las expresiones coloquiales, las rutinas de las casas, de las lenguas, sentir que me incorporo, me instalo, las manejo. Es por lo mismo que soy adicta a la literatura: por la posibilidad de ser otros, vivir esas otras vidas con sus más mínimos detalles. Pero hay que instalarse, no basta con estar de paso. Me interesa ser el extranjero que se arraiga (ese oxímoron), el que se asienta y se adapta, que es capaz de camaleonizarse con la gente del lugar y, aun así, internamente, vivirá con un no sé qué de estar fuera, una distinción que lo separa, una coraza.

—Algo expresa Baudelaire en un poema que me encanta, «Las ventanas», donde dice: *Y me acuesto satisfecho de haber vivido y padecido en la piel de otros.*

—¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Eso, la materialización de un libro.

—Proporcional a mi deseo de inmaterializarme. Conseguir la fórmula para desintegrarme es la urgencia que nace enseguida

después de entregar un manuscrito. María Negroni se lo hace decir a Paul Valéry en una entrevista imaginaria magnífica:

¿Cómo es para usted escribir?

Suprimirse.

¿En qué sentido?

En todos.

»Ser nada, anadarse, fobia por lo mundano, abdicar de todo lo demasiado. Ahí, entonces, nos volvemos dos proscritas, la obra y yo: no logro aceptarla como algo propio, ni me une ninguna relación con ella, aunque aun, dentro de esa ajenidad, nos reconocemos como dos sujetos reunidos bajo el mismo desamparo. Ni yo admito mi autoría, ni el libro tolera su dependencia. Cada una encarna la desposesión de la otra. No somos las que fuimos mientras se nacía, ha terminado, quedamos libres, hemos cambiado. Dar lugar a un libro es anularse y des pertene cerlo, orfanarlo.

—Más que un nacimiento parece un aborto —intenta brome ar.

—Puede, sí, puede.

Eugenio atiende un llamado. Escribo en mi teléfono:

La fingidora es la responsable de que el libro exista. Tremenda tramposa, vos voz intrusa. Sin embargo, a nadie podría identificar tan oscuramente como a esa autora que se me revela por primera y única vez: la que morirá ipso facto tras haber parido. Cuanto más insignificante consiga ser yo, más verdadera será la obra.

Un túnel eterno, sin ejes ni estructura, colgante aéreo, parece ser eso que solo atino a ver cuando escribo. Y lo que sale de ahí no es un libro, es otra cosa: es el estado en sí de la lengua en descomposición, que luego con mucho cincel se acomoda y repliega, se ¿adapta? a las reglas. Pero antes, antes de sojuzgarse a la comprensión, escribir ocurre en ese no lugar: donde se encuentra la cabeza como un sótano sin energía eléctrica ni agua potable,

adormecida de sí. Una cabeza inhabitable: solo esa tiene poder de encender un abismo. No sé dónde está mi cuerpo cuando escribe, pierdo de vista incluso todo lo que les acontece a las coordenadas de espacio y tiempo a mi alrededor: me descolonizo, abjuro de los relojes, de los pendientes, de los estigmas. De pronto quiero abrir los ojos y me encuentro, a flote, no haciendo pie, con el agua más allá de cualquier registro, de cualquier borde. Escribir ocurre durante esa inundación.

Por eso me angustiaría tener que responder con sinceridad a esta pregunta de Rilke: *Confiese si preferiría morir en el caso de que escribir le estuviera vedado*. Si leer y escribir me estuvieran vedados, señor poeta, desconfiaría de mi fortaleza para seguir.

—Una obra es el yo que se permite ser sin concesiones al mundo —intercala, de pronto, desde una lejanía que ahora me resulta infinita, Eugenio.

Me despierto, la frase trajo resabios:

—Eso es Pessoa —digo, casi como en trance; los ojos se me quedaron fijos en una punta de la mesa de vidrio y no consigo separarlos de ahí, no los domino.

—Desconozco, acabás de inspirármelo vos. Vamos, vamos a acostarnos, es tarde y mañana, un gran día.

—Mañana es *e/* día.

¿En el fondo, es otra especie de sintecho el extranjero?
¿Un *homeless*, un huérfano de árboles frutales autóctonos,
de cielo cautivo? ¿Y qué tierra es la que imagina
debajo de sus pies: la propia o la adoptiva?
¿Una real, una inventada o una híbrida?
¿Acaso una síntesis de las que ha habitado,
una suerte de islote personal,
un rincón que es todo
y no es más que
un hoyo en el suelo?
Un vivir en copia,
separado por cortinas
hechas con papeles de arroz,
acá y especularmente allá
hasta que dejás de saber
cuál es cuál.

«¡Ilusos! Aquí se enseña que cada uno debe
construirse por sí mismo la tierra que pisa.»

PIRANDELLO, *Cada cual a su manera*

En el ascensor me pregunta si puede entrar un momentito a mi cuarto, me sorprende, mi actitud debe demostrarlo porque explica:

—No importa si lo tenés hecho un lío, sos joven, podés permitírtelo.

—Depende, un lío no tanto, ¿por qué?

—Quiero ver algo.

Lo hago pasar, dirige una mirada rápida al conjunto —hay un par de prendas sobre la cama, otro par sobre la silla, las ojotas visiblemente enemistadas entre sí, la piel de un paquete de galletas ya consumidas que olvidé tirar, una taza sucia de café, una botella de agua abierta que lleva ahí desde el primer día, tibia y dudosa como el Canal de la Mancha— y va derecho a la ventana:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —pregunto intrigada.

Cada uno movió la pesada cortina desde un costado, observamos hacia afuera.

—La chica sin cabeza.

Hago esfuerzos por mostrársela; en la oscuridad, entre tantos árboles, por más que ahora no llueva, resulta difícil identificarla; es tan improbable distinguir un árbol de otros como que dos personas vean la misma forma en una nube. Por fin entiende a cuál me refiero.

—Bien, vengo a dejarle un mensaje —hace una trompeta con la mano contra el vidrio—, a ver si lo capta: ¡haz tu voluntad!

Me sobresalto, me desbordo, empiezo a caminarle alrededor:

—¿Cómo llegaste a eso? ¿Viste el cuadro de abajo? ¿O la fachada? ¿Conocías a Crowley y la historia de ese lema?

—Tal vez, de hace tiempo. —Evasivo.

—¿Notaste un detalle muy puntual? La ubicación del hotel en la calle Gilardi, según la dirección que figura en la web, va del número 1927 a 1930. —Me pone nerviosa que parezca estar pensando en otra cosa, observa la decoración—. ¿Te acordás que el otro día mencionaste un libro donde Duchamp aparece como personaje y se autodefine como una máquina soltera? Estabas en lo cierto, es de un escritor catalán. Me lo descargué, creo que mamá lo tenía en casa, después me di cuenta de que ella había leído muchos títulos de este escritor, Enrique Vila-Matas. El libro se llama *Historia portátil de la literatura abreviada*, o no, no, *Historia abreviada de la literatura portátil*. ¿Por qué no te sentás? ¿Tenés un minuto?

—Dos, no más. —Se sienta en la punta de mi cama como quien está a punto de irse; me acomodo frente a la notebook, en el escritorio.

—Te leo un resumen para que sea más claro: «El libro narra la historia de los shandys, una sociedad secreta (ficticia obvio) que operó entre 1924 y 1927. Estaba compuesta por un grupo de artistas de vanguardia e intelectuales excéntricos que viajaban juntos y se reunían en distintas ciudades. Su propósito no era político o social, sino estético-vital: aparte de exigirse un alto grado de locura, la condición indispensable era la de funcionar como una máquina soltera. —Levanto la vista y aclaro—: Es decir, liberada de peso, matrimonio, hijos, etcétera. Buscaban alcanzar una forma de literatura y de existencia que fuera ligera, móvil, transportable y sin demasiado sentido. Para ello requerían cumplir con estos requisitos: espíritu innovador, ausencia de grandes metas, nomadismo

infatigable, tensión con la figura del doble, audacia e insolencia. Entre sus filas militaban figuras reales como Marcel Duchamp, Walter Benjamin, García Lorca o Paul Morand, entre otros», bla. Es un relato lleno de absurdo y disparates, genial. Y acá hay dos pistas: primero, entre ellos va Crowley, el mago inglés, el de «Haz tu voluntad». ¿No es mucha casualidad? —Eugenio hace un arco con los hombros y otro los párpados, mientras que una línea de pasmo se dibuja en sus labios—. Este hombre, Crowley, fue nada más y nada menos que el responsable de disolver esa sociedad en 1927. En la vida real fundó, entre otros sitios, una especie de abadía en Cefalú, Sicilia, se la hicieron clausurar por perversiones. Resulta que encima preside este hotel, este, el nuestro, ¿ves la serie de «coincidencias» —marco comillas con los dedos— que se van encadenando? La segunda pista es que para los shandys el veintisiete era el número cábala. ¡Veintisiete! Y 1927.

No hace más que zamarrear la cabeza, interpreto que no me toma en serio. De pronto se pone de pie y se acerca a estudiar el respaldo anonadante de mi cama.

—Nunca vi algo igual —dice, mientras recorre con un dedo algunos de los circuitos de la madera en la punta de las alas.

—Por eso creo que es todo imaginario. —No contesta, me aproximo por detrás y hablo más fuerte—. Bueno, ¿sabés cuándo se encontraron Crowley y Pessoa?

—¿Cuándo, mi ángel? —Sé que intenta no reírse, de espaldas a mí: su ojo enquistado en el ojo del ave galliforme. Acaricia las piedras de color incrustadas.

—En 1930, en Lisboa, fueron juntos hasta Cascais, incluso existe una placa en la Boca del Infierno, donde Crowley simuló haberse suicidado. Pessoa armaba sesudamente las cartas astrales de sus heterónimos, trabajaba la figura de esos personajes a partir de esa

configuración astrológica... Total, se había puesto en contacto con los editores de Crowley porque encontró un error en la carta astral que el mago había hecho de sí mismo. Un nivel de obsesión y perfeccionismo astronómico, escribir por carta a una editorial o lo que fuera para señalarles eso. Crowley, que también era un enamorado de la astrología, el tarot, el *I Ching*, le agradeció y decidió visitarlo en Lisboa. ¿Tenés idea de cómo se llamaba el hotel donde se conocieron? Hotel de l'Europe. ¿Y este, este cómo se llama? ¿Te acordás cómo? —De pronto bajo el tono porque comprendo que fui subiendo el volumen.

Da un paso atrás, me mira serio sin responder; eso no me detiene:

—¡Hotel de Europa! Que dice estar ubicado entre los números 1927 y 1930 de la calle Gilardo Gilardi, que fue un músico. Soy despistada, además de pésima en matemáticas, pero no se me pasa por alto el hecho de que son un número impar y uno par en la misma cuadra; en otras ciudades no sé, en Buenos Aires eso es técnicamente imposible, ¿no? Además, Gilardi es una calle cortísima, apenas un pasaje truncado, un pedacito de vereda que podría no existir, ser tragado en la estratósfera sin que nadie se percatara. ¿No te preguntás cómo es posible que la numeración arranque en 1927? ¿Dónde y cuándo empieza? ¿Así de la nada 1927-1930? ¿En el aire? Para mí todo es simbólico, llevo días metida en el asunto. Veintisiete: Crowley con los shandys; treinta: Crowley con Pessoa. ¡Y la cara de Crowley estampada en la pared!

—¿De dónde sacaste que esa es la numeración de este hotel? — Como quien no quiere la cosa, se encamina hacia la puerta y toma la manija.

—Está en la web. ¿Acaso alguien en toda la capital lamentaría si esta cuadra un día desapareciera? Es insignificante, invisible.

—Las cosas con apariencia de pequeñez suelen ser las más interesantes. Las personas también. Cuanto más minúsculas y grises, mejor.

—Esa de hecho es la tesis de los shandys: son coleccionistas de miniaturas, adoradores de lo minúsculo y la nimiedad. Pero escuchame por favor esto, Eugenio, es fundamental. Mucho antes, en 1907, después de dejar la sociedad Golden Dawn en Inglaterra, Crowley funda otra que se llama ¿cómo? —Hago un suspenso dramático adrede.

—¿Cómo? —Devuelve el gesto histriónico, con las palmas hacia arriba.

—Astrum Argentum, que también encontré como Argentinum, ¿entendés? Astrum Argentinum, en los dos casos significa estrella de plata. ¿Y qué más? Que en 1930, durante el viaje en barco a Lisboa, Crowley tenía intenciones de seguir camino a la Argentina...

—¿Y no vino?

—Parecería que no, me falta confirmar esa referencia. Leí que quería, la tenía en el mapa para expandir su legado esotérico. O sea..., quizás sí vino en 1930 y nadie se enteró, él solía hacer esas trampas, por ahí vino disfrazado, se hizo pasar por otro. Y este hotel es el equivalente de aquel Astrum Argentinum anterior, el de 1907, época que coincide con la estética Art Nouveau.

—En 1930 ya se había agotado hacia rato esa moda en arquitectura.

—Recuperó un edificio viejo que sí la conservaba para que se asemejara al Astrum.

Deja caer ambas manos a los lados de las piernas, abre la puerta:

—*Et peut-être, voilà.* Aquí todo es magia. Oscuridad y magia —dice antes de cerrar y se va.

Es escucharlo pronunciar esas dos últimas palabras y sentir un malestar. Corro a consultar el libro. Con la lupita del ebook rastreo «Oscuridad y magia». Justo a continuación dice: «Picabia insinuó de inmediato que, en esta ocasión, sí que realmente podía tratarse de un signo revelador. ¿Revelador de qué?, preguntaron al unísono Duchamp, Szalay y compañía, visiblemente molestos, ya muy cansados de tanto ver a *Picabia buscando asociaciones gratuitas* que fijaran una dirección dentro del caos». Permanezco tiesa: ¿acaso no es lo que hago yo? Lo de trazar asociaciones absurdas. Sobre todo desde el punto de vista de mi ahora ausente compañero, estufado por mi propensión a las teorías extravagantes. ¿Eso significa que Picabia sería mi odradek o yo el suyo, una especie de prolongación o reencarnación? Busco una foto del pintor, más bien prefería identificarme con alguna de las mujeres de sus cuadros: *Femme à la toque*, un match perfecto con mi bandana, o *Suzanne Romain*. Yo no pinto, pero sí encarno en mi cuerpo una galería de mujeres como estas, fatales, distinguidas, enigmáticas, en mis obras de teatro.

Alguien golpea a la puerta, voy, abro, es Eugenio, sus ojeras acentuadas:

—¿Qué pasó?

—No estaba seguro de si me habías dicho algo. Hablaste cuando cerré. Después me quedé esperando a ver si venías a abrir y completar la frase, y no viniste, aunque desde fuera escuchaba que seguías ahí meta hablar. El ascensor tardó y decidí volver a preguntarte.

—¿Yo? Si estoy sola... ¿Con quién...?

—Todos hablamos solos. ¿En qué persona te dirigís a vos misma?

—A ver..., dejame pensar, yo en segunda, ¿vos?

—Creo que en primera. Sí, en primera: ahora me baño y me acuesto, por ejemplo. ¿En tu caso sería: ahora te bañás, te acostás?

Curioso.

Pienso un momento y repaso hacia adentro cómo sería:

—Sí, exacto, es una especie de tono autoritario. Me ordeno, siempre me hablo más en un estilo dictatorial, diría: dale, andá a bañarte.

—Te estarías ordenando ordenar el cuarto y acostarte.

Miro hacia atrás, hacia el interior de la habitación, por encima del hombro:

—¿Lo ves desordenado? Yo lo veo bien...

—No, no, era una forma de decir. Hablabas con vos, entonces, antes.

—Puede ser, no me di cuenta. En realidad pensaba si Francis Picabia sería mi odradek, o yo el suyo, por lo menos en el marco de este hotel.

—¿Tu qué?

—¿Por qué no pasás un segundito y te lo explico? —digo al soltar la puerta que él se ocupa de retener, mientras vuelvo al escritorio, me instalo ante la notebook—. Durante la itinerancia de la cofradía shandy, aparecen unos inquilinos negros en el hotel en donde están parando, en Praga. Los llaman odradeks (o él los llama, el autor), son como dobles de cada persona, el sí mismo, el *alter ego*, una voz propia, tantas cosas. Viene de un cuento de Kafka, donde el odradek es una especie de carrito de hilo negro, que visto desde lejos más parece una pelusa o un bicho, como el escarabajo de *La metamorfosis*, conocés ese libro supongo. —Hace con la mano un más o menos—. Bueno, nada, las obsesiones de Kafka con lo animalesco irracional inconsciente. Vila-Matas toma esa idea y la convierte en otra cosa: en los inquilinos oscuros de cada persona. Por ejemplo, dice que, para Gómez de la Serna, el odradek es como el espectro de su padre, porque le pasa, qué fuerte, en un momento

le pasa lo mismo que a mí el otro día: se mira en el espejo y ve a su padre, o se ve en su padre. Me pasó igual hace un día o dos acá con mamá, en ese espejo, la vi en mí, me vi en ella. Odradekas una de la otra.

—Voy a decirlo de una vez —conmina, todavía reteniendo abierta la puerta, nunca se desplazó—. Creo que estás grave y deberías hacerte ver. No es una broma, llego a la conclusión nada conveniente de que tenés algún nivel de delirio urgente, merece tratarse cuanto antes. Si vivieran Freud y Lacan, se pelearían por estudiarte. Más todavía te digo, mirá: si no existieras, alguien tendría que haberte escrito.

Cuando él se va, me asalta otra revelación primordial: ¡Francis Picabia es quien redactó con René Clair el guion de *Entreacto*, la película muda que miraban los pasajeros en el cineclub de abajo! Constató en internet: madre santa, también participaron en el film Erik Satie y Duchamp, son demasiados signos amontonados. Estos nuevos datos me arrastran hacia otra verificación apasionante. Devastado porque su novia, la pintora Suzanne Valadon, se negaba a volver con él, Satie dibujaba hoteles-palacios exóticos donde fantaseaba que él y su amada podían vivir protegidos del mundo exterior. Me pongo a buscar y me aparecen los dibujos, a algunos los llamó Suzonnières y, compruebo, uno es un hotel palacio plagado de ventanas-ojos, como el nuestro, mientras que en el otro, es preciso escalar ocho niveles de tierra para acceder al castillo, en el noveno estadio. ¡Exactamente igual que este! ¡Igual! ¡Ocho pisos más la cúpula en el noveno! Hay algo numerológico y dantesco en toda esta situación... Me quedo en blanco por un minuto, no sabiendo a cuál de todas las ideas que vienen en horda atender primero, pero de pronto recuerdo que dejé algo pendiente.

En lo que respecta a Eugenio, me digo mientras voy saliendo del

cuarto, no cabe la menor duda de que está copiando las actitudes de los otros conspiradores shandys. Le doy suficiente margen a que haya subido y entrado en su cuarto, así puedo ir por las escaleras hasta la parte más alta del hotel sin que me vea: quiero llegar a la cúpula. No pienso irme de acá sin haber comprobado semejante escenario.

Del quinto al octavo otra vez en espiral, la sensación volátil de no saber si estoy subiendo o bajando, la repetición continua con algún que otro detalle insignificante sutilmente cambiado. Al pasar junto a la puerta de Eugenio, me acerco a ver si se oye algo, pero nada, ni un movimiento, ya se habrá acostado. Su voz no suena ni en primera ni en segunda persona. Ahora que caigo, guarda cierto parecido también con Max Brod, ¿no lo pensaste? ¿Eugenio? Claro. Puede ser, el Brod que de joven tenía bigotito y las lentes redondas, la cara alargada, hay algo. De viejo no, se puso paposo y se afeitó, según fotos que vi. Pensar que sin la valentía del querido amigo Max no conoceríamos ni una palabra de Kafka, da horror solo pensarlo, y en cuanto lo hago se me presenta la cara del botones de abajo, con el gorrete azul, la tez color oliva y las orejas en punta: ¡es Kafka!, ¡es idéntico! ¿Y si el botones peruano es el odradek del escritor checo? Una carcajada me estalla en la boca, que tapo rápido, a ver si todavía Eugenio me descubre, y me apuro a subir al siguiente piso convencida de que este hotel es un sueño de Franz, que nos vigila y nos narra desde esa entrada tan Belle Époque.

Con cada nuevo piso, las dimensiones del edificio se van estrechando, como ocurre con cualquier construcción en forma piramidal. El noveno vendría a ser el cuello del cuerpo, lo que de fuera se adivinaba como una torre corta. Alrededor del descanso de la escalera cuento seis puertas que no son como todas las demás: estas son blancas pero metálicas, blindadas. Cada una tiene un

cartel, habría esperado ver ahí los nombres de grandes creadores, artistas o frases en clave, sin embargo solo dicen las cosas típicas: ADMINISTRACIÓN, TANQUE DE AGUA, SALA DE ASCENSORES, REPOSICIÓN, CÚPULA Y MIRADOR con un signo de PROHIBIDO PASAR. Pruebo la que conduce al mirador, está cerrada, lógico, podría ser de un riesgo altísimo para cualquier potencial suicida, entre los shandys iba alguno. Por encima, cubriéndolo y a la vez transparentándolo todo, el gran globo de vidrio pintado.

La extrema cercanía de la circunferencia me produce asfixia y vértigo, su punto más alto a lo sumo tendrá dos metros por encima de mi cabeza. Así que opto por sentarme en el piso para poder descifrar mejor el tejido de imágenes que se despliegan. En absoluto podría comparársela con las típicas cúpulas del Art Nouveau más impresionante, esas semiesferas perfectas con armazón de hierro curvado y vidrio emplomado de colores, lleno de nervaduras y vías, donde todo confluye maniática y caóticamente para crear el esqueleto de un mundo de flora, ninfas, cabelleras, libélulas. Esta, al contrario, representa otro clima: imperan los tonos ocre y sienas, terrosos, donde se destaca la imagen de dos rostros masculinos, pegado uno junto al otro de perfil, casi idénticos, sutilmente distintos. Los dos tienen bigote, ceño fruncido, ojos entrecerrados y nariz prominente. Según cómo te posiciones y la interpretes, también podrían ser piernas, en las que los ojos se ven como rodillas, o bien un paisaje en el que la boca roja es el casco de un velero, el bigote toma la forma de las velas y la nariz es un gran mástil que se mezcla con el mar. Pruebo varias maneras de sacar algunas fotos, el ángulo no es sencillo, lo que me queda es insignificante respecto del real.

Ya observé bastante, decido emprender la retirada. Bajo en puntas de pie, sigilosa. Me da un sobresalto de muerte cuando abre

la puerta de su habitación Eugenio y aparece todavía vestido, sin el sombrero, el escaso pelo revuelto, los ojos trasnochados, la piel rosada, como si hubiera estado durmiendo.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —El tono es de reto.

Me quedo mirándolo sin saber qué responder. Solo atino a pronunciar:

—Catherine Morland. —Observo que cambia el peso a la otra pierna, espera a que complete la idea, bosteza—. *La abadía de Northanger*, novela de Jane Austen.

—Antes era la abadía de Sicilia, ahora una inglesa, ¿y qué con esta?

—La protagonista pensaba que la abadía donde se estaba alojando durante una visita estaba embrujada como en las novelas góticas y estuvo dale buscar huellas, pero se desilusionó, no había nada, exceso de realidad. Un bodrio.

—¿Te pasó igual?

—Mjmmm.

—¿Encontraste algo que valiera la pena? Allá arriba. —Señala con la frente.

—Sí, estoy segura de que Franz Kafka es el inquilino negro del botones que nos soñó dentro de este hotel apócrifo. ¿No te fijaste en la cara de pánico que tiene? Los ojos inmensos, blancos, abiertos así —lo imito, pongo ojos de murciélago o de aullido existencial—, como si fuera incapaz de cerrarlos, y las orejas puntudas, no hay duda de que es el escritor checo. Y vos, Eugenio, sos el odradek de Pessoa. Habría dicho de Crowley, aunque no te va su personalidad demoniaca, vas mejor con...

—¿Y quién habrá tenido la clarividencia para organizar todo eso tan perfecto?

—Crowley. Su espíritu, o su odradek, que quizás habita entre

estas paredes. El yanqui ese que compra bolsos compulsivamente por ahí es más británico que yanqui.

—Teoría descartada, paso en falso. Intercambié unas palabras con él, es de Utah. Además le escuchaste el acento, de británico ni jota.

—Sí, pero oí en el bar cuando contaba que nació en Inglaterra y al poco tiempo la familia se mudó a Norteamérica.

—¿En serio? Eso no lo supe.

—¿Te puedo comentar lo último último? Lo prometo.

—Último. —Resignado.

—La mente superior que dispuso nuestra ubicación en el alojamiento tuvo en cuenta la interpretación alegórica de los números.

—No me digas... ¿otra vez lo del veintisiete?

—Aparte. El edificio tiene nueve pisos con la cúpula incluida, y el nueve, en creencias pitagóricas o dantescas, simboliza el más allá, la totalidad, el absoluto. Además, esto es superimportante: a vos te instalaron en el piso siete y a mí en el cinco. ¿Te cuento qué significa cada uno? Lo estuve estudiando.

Se tapa los ojos con las dos manos, entonces reparo que no lleva los lentes, quién sabe si me está viendo toda desdibujada, borrosa.

—El siete representa al pensador: analítico, introspectivo, espiritual, el que busca significados profundos, el que alcanza sabiduría y la imparte, el maestro. Clarísimo, sos vos. El número cinco encarna libertad, curiosidad, cambio, aventura, exploración y ruptura, aunque puede indicar dispersión si está mal aspectado. Me pinta de cuerpo entero, sobre todo en este momento de encrucijada en mi vida, ¿a que sí?

La figura del hombre desaparece del vano, y la puerta se va cerrando despacio, sola. A tal punto que no estoy segura de si acabo

de representármelo, tal vez nunca salió del cuarto y estuve dialogando sola. En cualquier caso, real o soñado, ya no escucha mientras sigo enumerando en mi camino de descenso:

—Solo que nuestro hotel más parece el de Marienbad. También el castillo de Argol, un Suzonnière, la fortaleza de los Tártaros, la abadía thelemita de Gargantúa, el Palacio de los Corazones de Alicia, el palacio de Vathek, las ciudades invisibles de Calvino, el castillo de Otranto, la cúpula en el Panteón de Roma en *El péndulo de Foucault*...

Bajo y bajo en círculo concéntrico, sin darme cuenta de que pasé de largo mi piso y estoy en planta baja mirando de frente al mismísimo Franz, doy un grito.

El pobre se sacude entero, como si le hubieran escupido la cara.

—¿Está bien, está bien? —repite sin dejar de agitar las manos alrededor de mi cuerpo, prudente de no tocarme.

—Sí, sí, no se *preocupé* —digo recuperando la noción de tiempo-espacio y el acento francés—. Me asusté, me asusté por... ¡por esta pelusa aquí en la *escalera*! Pensé que sería un *insecto*.

Hombre y gorrete se agachan. Desenfunda el celular con un movimiento mecánico, casi administrativo, e ilumina la baranda para inspeccionar.

—Pero eso es...

—¡Un odradek! *Attention!* No lo vaya a *ruinar*.

—¿Un qué? —Franz dirige hacia mí su expresión fantasma y, al enderezarse, me encandila con la linterna. Con voz de espía pregunta—: ¿Usted es rusa?

—No, *mais faites attention!* Puede ser parte de una obra especial.

Mientras lo digo, está desprendiendo la hilacha con dos dedos y la mantiene colgada, cabeza abajo, entre él y yo, que me agarro la

cara, desesperada:

—¿Qué es esto? ¿Qué tipo de bicho es? Puede traer problemas —murmuro sin parar.

—Nada, señorita, cálmese, una pluma, como puede ver —dice muy serio, zarandeándola, con la punta hacia el suelo, como si se tratara de un péndulo—. Debió engancharse ahí cuando las chicas pasaron el plumero.

En ese preciso momento aparecen, las cuatro agarradas del brazo como muñecas de papel, Medea, Francesca, Archimbolda y Gaudiana, cantando con ebria entonación: *Qu'est-ce que je peux faire? Je sais pas quoi faire...* y se ponen a subir las escaleras con evidente torpeza etílica. Me asomo al pasillo para ver si detrás de ellas vienen los hombres, pero se multiplica mi sorpresa cuando veo a los cinco —Jasón, los tres huéspedes barbados y Paolo— pacíficamente sentados en los sillones del lobby.

—Mejor os propongo un juego, uno en el que siempre gano.

—Si no puedes perder, no es un juego.

—Puedo perder, aunque gano siempre. He traído esto para jugar.

—Hace sonar una cajita llena de fósforos, amarilla con el típico dibujo de la fragata en blanco y rojo.

—Vamos a probar.

—Si no puedes perder, no es un juego.

—Vamos a probar.

Se sientan uno frente a otro, los demás los rodean para observar, desparraman los fósforos sobre la mesa en cuatro filas de siete, cinco, tres y uno. Mientras me pregunto hasta dónde se supone que vamos a llegar en medio de esta incordura, detecto de nuevo el ruido de cascada, fuerte, como si de pronto cayera más agua. Creo intuir de dónde proviene, el problema es que debo agacharme para ver por entre las piernas de los jugadores, casi reptar sobre la

alfombra que en ese sector cubre el piso de damero, sin dejar de sujetarme el vestido para no exponer mis partes en la misión, como una criatura. Logro por fin acceder al muro detrás de los sillones de terciopelo maíz. Al verme mirar, Jasón me invita:

—¿Quiere sumarse a la partida? Se juega de a dos cada vez, nos turnamos.

—*Ah non, merci*, creí que había olvidado mi botella de agua por aquí.

El yanqui enfundado en una remera de Halloween se detiene junto a los jugadores, observa y se pronuncia en su inglés hiperchillón:

—Qué juego más pavo, prefiero mil veces el ajedrez. —Señala el piso damero—. Para eso tendríamos este inmenso tablero. ¿Qué les parece si invitamos a más gente y actuamos como las piezas? —Dado que nadie le responde, continúa su camino al bar.

Y ahí lo veo: un pequeño rostro de Crowley escupe agua de forma continua sobre una fuente de mármol adherida a la pared. Casi idéntico al de la fachada, la diferencia es que sus ojos están cerrados o entornados, y uno de los párpados revela un golpe donde el material quedó magullado. ¡La Boca do Inferno en Cascais! El agua brota del orificio entreabierto como una lámina de agua constante, pesada, que resbala por la barbilla del mago y cae al cuenco produciendo esa musicalidad de mantra.

Me dirijo a Franz y señalo la fuente sin decir palabra. Me devuelve su mirada de miedo, cada vez más exoftálmica.

—Solo observo lo que tengo permitido ver —dice a modo de respuesta.

—¿Puedes conseguirme un cigarro? —Me sorprendo a mí misma pidiéndolo con tono implorante. No deberías volver a fumar, costó mucho dejarlo—. ¿Tienes? —Sé que sí porque siento el olor de

azufre que exudan su aliento y su piel.

Franz mira primero hacia ambos lados conspirativamente y enseguida, con el mayor disimulo posible, medio oculto detrás de las hojas enormes de una gran costilla de Adán que hay en un macetón, saca un atado de cigarrillos del interior de su casaca, lo hace rebotar contra su puño cerrado y me ofrece el cigarrillo que asoma del paquete mientras continúa vigilando por encima de sus hombros. Lo tomo sin dudarlo y con una leve genuflexión, me agacho para agarrar la cajita de fósforos que quedó arrinconada en una punta de la mesa de juego. Retiro un fósforo y amago a deslizarlo por el costado de la caja mientras cinco pares de ojos, arrancados al juego, me interrogan con incredulidad.

—La traigo *tout de suite*. —Sacudo la cajita, falsa sonrisa inocente, y salgo.

Afuera no llueve, pero es evidente que refrescó, corre una brisa irreconocible en el verano porteño que esynoes. Con la primera pitada, me siento en un escalón seco y me abrazo las rodillas para darme calor, aunque no basta, el sweater es demasiado liviano y el vestido me deja las piernas descubiertas, la piel de gallina lo invade todo. Tres años sin fumar y ahora esto. El olor acre, metálico, del humo asfixiando otra vez el cuerpo. El cuerpo, como volviendo en sí tras estos días de paréntesis, desandando un hechizo, rasgando un sueño. Solo será un cigarro, una fisura: pequeña grieta e impulso para dar el salto, pasar a la próxima etapa, reinsertarse en el cuartel de lo real, desde mañana. O pasado mañana, en París. Lo real como cuartel, vos voz descarnada.

To Juan or not to Juan, that is the question. Más aún: Volver o no volver, el tango eterno.

¿De qué es nostalgia la nostalgia?

¿Es nostalgia de lo igual o de lo otro?

se pregunta Barbara Cassin y se responde:

la nostalgia tiene dos caras, el arraigo y el deambular.

También dice:

Kant afirmaba que los nostálgicos se sienten muy defraudados
pues lo que buscan no es el lugar de su juventud,
sino su juventud misma.

Esta es la nostalgia —opina Rilke en *Canto del alba*—: habitar en las
nubes y no tener nunca patria ni tiempo.

DÍA CINCO

Tenemos todo listo. Desparramados por el hall del hotel y rodeados de nuestro equipaje —como las palomas cuando se paran todas juntas en un mismo cable y provocan una alteración del cielo—, los pasajeros pájaro esperamos la señal para abordar la combi que nos devolverá al aeropuerto.

Sentada en los sillones, frente a una de las mesas bajas, la exmaestra está enseñando a hacer animalitos de papel con las servilletas a los niños rubios; encantados, los chicos revolotean alrededor de ella y prueban sus propios cisnes de cuello retorcido. A su lado, distendida y hasta parecería que alegre, la madre da la mamadera a la beba mientras conversa con la señora de voz ronca sobre —según llegué a captar en un par de frases sueltas— la decisión de amamantar o no, y cómo han cambiado los criterios desde su época. Todas ellas son argentinas —entendí— y viven allá, quién sabe si un día las identifico por París. De pie, con un bolso entre las piernas, los brazos cruzados contra el pecho, el padre comenta con dos de los yuppies españoles los resultados de fútbol y pases de jugadores. El tercer empresario español comparte con el adolescente francés un juego en el teléfono. La madre del chico, Beata Beatrix, no hace otra cosa que leer.

Eugenio baja del ascensor seguido por un joven que le carga el equipaje. Está apuesto con su traje marrón y los detalles en gris, el sombrero orondo, hoy corbata en lugar de moño. Cuando me ve ir hacia él, me saluda con la mirada y le hace señas al joven de que vaya llevando las valijas a la puerta, adonde lo espera un taxi; antes le hunde en el bolsillo, discretamente, un billete doblado. Después viene hacia mí, con una expresión de mucho festejo, y declama:

—¡Oh, tú! Eres la misma de siempre, parece que nos separamos ayer. ¿Qué has hecho todo este tiempo? —Se saca y se vuelve a colocar el sombrero.

Enseguida entiendo qué escena de *Marienbad* está representando, me acoplo con aires divescos:

—Nada, no he hecho nada, por eso soy la misma. —Revoleo dramático de ojos, dorso de la mano contra la frente, como afiebrada.

Me toma ambos brazos, fuerte:

—Me encantó conocerte, querida, ojalá volvamos a vernos pronto, porque no va a ser fácil olvidarte.

—Lo mismo digo.

Mientras habla, saca dos monedas de un peso de su bolsillo y me entrega una.

—Vení, seguime —me indica. Se detiene frente a la fuente descascarada de Crowley—: Para que podamos volver. —Lanza su moneda al cuenco donde el satanista escupe agua, lo imito, tiro la mía.

Nos quedamos mirándolas como si esperáramos que, en su contacto con el agua, desprendieran soplos de incienso verde o fucsia. Se asientan en el fondo, junto a otras que debió arrojar más gente.

—Anoche no vi que hubiera dinero ahí, lo que me hace

sospechar que Franz, quiero decir el botones, se las está encanutando, ¿no? Lo asume como dádivas o propinas que indirectamente le corresponden.

—O se las traga el gordito ese de la máscara de yeso.

Hacemos unos pasos, hasta que me saca del ensimismamiento:

—Tenés garantizada una habitación en Lyon..., lo sabés. Y voy seguido a París.

—Ah, ¿sí? No dejes de avisarme, estaremos encantados de recibirte en casa.

—Me gusta la expectativa de ese plural, bravo. Gracias.

—El plural es provisorio, no lo tomes literal.

—¿Lo decidiste? —Me mira con intensidad, los anteojos caídos hasta el punto más empinado de la nariz.

Me cuesta enfrentar su pregunta tan directa, me avergüenza.

—Sigo igual. Estoy cerca, pero me falta, no sé, un empujón.

Niega con la cabeza, aprieta los labios:

—Bueno, bueno, no pasa nada, ¿qué apuro tenés? Estas cosas llevan su tiempo, es normal, hacés bien, meditalo con calma — asegura paternalmente, lo más probable es que piense otra cosa.

—Creo que Juan y yo merecemos hablar de todo con más profundidad, luego veremos, tarde o temprano decantará.

—Es así, es así. Una decisión muy sabia. —Va a retomar su camino hacia la puerta cuando parece recordar algo—. No sé si te comenté que tengo un departamento disponible en París. Es de una pareja de excelentes amigos míos, argentinos también. Como ahora de viejos se la pasan viajando a ver a los hijos a distintas partes del mundo, sobre todo en invierno, casi no están nunca. Me dicen que vaya cuando quiera y lo hago, tengo llave.

—Maravilloso, qué gran noticia, entonces vamos a vernos sí o sí.

Le ofrezco el brazo para que avancemos juntos. Andamos

callados, la inestabilidad de su peso desbalancea apenas el mío.

—Por suerte no está tan caluroso hoy —comenta en su dicción replegada, en un tono muy bajo, algo pastoso, y reconozco que me voy acostumbrando a deducir sus frases aunque no las comprenda enteras de inmediato.

—Está lindo el día —confirmo—. Por lo que vi, vas a tener una buena semana en la ciudad, baja un poquito la temperatura. Y la bendición mayor es que no va a llover.

—Sí, ya vi, es un milagro.

Unos metros previos a la entrada principal nos detenemos. Le palmeo la espalda con afecto y al separarme le deseo lo mejor: estoy muy orgullosa de la iniciativa que tomó, del acto de coraje que va a enfrentar.

—Por favor, en mi nombre, no flaquees —le pido—. Está todo iniciado, no se puede volver atrás, prométeme que les vas a contar todo con absoluta sinceridad.

—Esta vez sí, mérito tuyo —asiente, emocionado—. Qué curioso que se me ocurriera comentarlo con mis sobrinos antes que con mis hermanos. No sé qué me dio, habrá hecho efecto tu perseverancia.

—Y el detalle de que tu sobrino sea oncólogo no es menor. No entiendo cómo no se te encendió la lamparita antes.

—Te dije, estaba bloqueado. Me llamó hace media hora, voy esta tarde a su consultorio.

—Vamos, te acompaño.

—Chau, querida, chau. —Me aprieta la muñeca como un signo de cariño pero, al mismo tiempo, noto una intención de detenerme.

Había pensado ir con él hasta el auto, entiendo que prefiere seguir solo. Lo observo atravesar la puerta de espigas, rodeada de follaje vivo, se dirige a un taxista que sostiene un cartel en alto, intercambian unas palabras. Mientras Franz mete el equipaje en el

baúl, el conductor asiste a Eugenio al acomodarse en el asiento trasero, para eso deja el cartel apoyado contra la rueda del auto. Como no llego a leer lo que está escrito, me adelanto hasta el ventanal y tuerzo la cabeza: no es su nombre, dice «Señor Gregorio Rousset» o «Roussot». Lo llamo, golpeo el vidrio, no oye, ninguno de los tres me ve, me apuro a salir, el taxista está dando la vuelta para sentarse al volante:

—Eugenio —grito, no escucha—, señor, espere... —Lo alcanzo justo cuando pone el motor en marcha. Se sorprende al verme ahí, arquea las cejas a modo de pregunta, baja la ventanilla trasera de ese mismo lado, le pide al conductor que espere—. Ojo, este no es tu taxi. —Los miro primero a él y después al conductor, con desconfianza—. Él no se llama Gregorio —explico agitada al hombre, que, desde adelante, desconcertado, gira e interroga a su vez al pasajero con la mirada.

El viejo reafirma con la cabeza. Lentamente saca de un bolsillo interno del saco la billetera, se pone a buscar algo, extrae una tarjeta con sus uñas inmaculadas:

—Nos pasamos los teléfonos móviles, me olvidaba esto —me entrega el papel—, no dejes de contactarme. Nos vemos la próxima en casa. Cuidate.

Sube de a tramos la ventanilla, voy perdiéndolo detrás de la oscuridad polarizada. La palabra *casa* ahuecó el aire, el auto arranca. Miro la tarjeta blanca, de textura rugosa, que en una tipografía negra un poco antigua pone:

Gregorio Rousset
Professeur en Études Lusophones
Titulaire de la Chaire Pessoa d'Études Portugaises
Université de Lyon

Un teléfono francés, un correo y una dirección. Levanto la vista, aturdida. Debajo de su sombrero ladeado, el guapo del 900 me observa a través del vidrio trasero del auto que frenó para dejar pasar el grupo de turistas. Hace una reverencia con la frente, me guiña un ojo que adivino, intuyo, algo pícaro, casi infantil. ¿O es una sonrisa tensa? ¿Está asustado por mi reacción? ¿Se siente culpable? Atónita, sigo con la mirada la forma de su silueta a contraluz a medida que se aleja; inconsciente, amago a seguirlo, enseguida me freno. Durante unos segundos no consigo reaccionar, debo hacerlo porque estoy interrumpiendo la salida de más autos. Al llegar a la puerta, sus ojos de vampiro alarmado, Franz se acerca a preguntarme si necesito ayuda con mi equipaje. Primero niego en silencio, después digo muy suave: lo tengo allá, gracias, indico hacia donde esperan conversando todos los demás. Me siento sobre el apoyabrazos de un sillón cercano a la puerta y lo siguiente que hago, por supuesto, es indagar este nuevo nombre en Google, para quedar todavía más anonadada con lo que encuentro:

Catedrático de Estudios Lusófonos
Titular de la Cátedra Fernando Pessoa de Estudios Portugueses
Universidad de Lyon

Especialista en literatura portuguesa moderna y contemporánea, el profesor Gregorio Rousset dedica sus investigaciones a la obra de Fernando Pessoa y a la recepción de su literatura en el mundo. Sus estudios se centran principalmente en los conceptos de heteronimia, identidad literaria y producción poética. Además, imparte cursos sobre literatura portuguesa del siglo xx, teoría de la poesía moderna y cultura lusófona en perspectiva comparada. Asimismo, dirige

diversos proyectos de investigación alrededor de la producción pessoana en colaboración con el Instituto Camões y el Centro de Estudios Lusófonos de Lyon.

Participa con frecuencia en congresos internacionales y coordina seminarios dedicados al poeta portugués. Entre otros títulos, se cuentan sus publicaciones: ¿Existió Pessoa? Una figura homérica de nuestro tiempo (Premio Camões de Ensayo en Lengua Portuguesa, otorgado por el Instituto Camões y el Ministerio de Cultura de Portugal, 2002); Pessoa en tanto que no pessoa (Medalla de Mérito Cultural de la República Portuguesa, en la categoría de Estudios Literarios, 2010); De P a P: espejos comunicantes entre Pessoa y Pirandello (Premio de Excelencia en Investigación de la Universidad de Lyon, 2013); Ofelia y Felice, transposiciones femeninas de Pessoa y Kafka (Prix de l'Académie Française – Essai Étranger, 2019), entre otros.

Títulos honoríficos y menciones: doctor *honoris causa* por la Universidade de Lisboa, por su contribución a los estudios pessoanos y la promoción de la cultura portuguesa. Oficial de la Orden das Artes e das Letras de Francia. Miembro Honorario del Instituto Internacional Fernando Pessoa.

Entre las muchas fotos tuyas, aparece un Eugenio de diferentes edades, siempre con traje, moño o corbata, sombrero, bigote, lentes. Inmóvil, indecisa, los hombros caídos, las mejillas abombadas de calor, las manos frías, sin conseguir ordenar el desastre de pensamientos, preguntas, imágenes sueltas de los días pasados que procuro, sin fuerza, recomponer a la luz de esta novedad. Todo lo que me respondo enseguida se desdibuja y disgrega, pierde sentido; oscilo entre el enojo y el deslumbramiento ante el acto de

prestidigitación en el que participé de la forma más ingenua. Y yo bromeando con él: Eugenio, ingenuo. La burladora burlada, vos. Fenómeno fantasista, él, el conejo blanco de Alicia.

De reojo advierto que Daniela ha quedado atrapada en las redes infames del yanqui; atorada, mira a un lado y al otro buscando por dónde huir. Cuando estoy a punto de ir en su auxilio, veo que Medea la llama con impetuosos ademanes, incluso por el nombre. Rodeada de Archimbolda, Gaudiana y Francesca, las cuatro organizan un frente de rescate para la venezolana. A pesar del desagrado que debe provocarle a la chica la madre de los niños, acude sin pensar hacia su liberación real.

Un hombre en uniforme de aerolínea está invitando al grupo a subirse al transfer que nos conducirá al aeropuerto: las huestes se precipitan con bolsas, niños, bastones, maletas. Apenas consigo extraer poco a poco mi cuerpo de esa órbita invisible en la que estuvo inmerso. Mientras me dejo mezclar con los demás, la tropa me arrastra sin esfuerzo, y sin embargo percibo una ingravidez nueva en mi equilibrio, cierta liviandad o incompletud en el contrapeso que hacía Eugenio; casi puedo palpar el espacio de su omisión. No solo él se apoyaba en mí. Si no volvemos a vernos, me conozco, pasaré el resto de mi vida merodeando su sombra, intentando reconstruir esa peculiar figura, tan enigmática, la pista de su huella, la atmósfera que llevaba auestas, envuelta en una constelación de imaginarios.

Entrego mi valija para que sea guardada en el maletero. Una vez instalada, igual que el primer día, en el segundo asiento de la derecha contra la ventanilla, me pregunto en qué lugar viajaba él, cómo es que no lo vi entonces, embutido en el traje asfixiante. Quizás no le pesaban las prendas porque no existían. Un segundo, me inquieto, ¿no fue él quien depositó en mi mano el brote que lo

inspiró todo?

... tomó el último vuelo a París; justo después las fronteras se cerraron.

Disculpe, señor, no pude evitar oír, ¿a qué hora fue, en qué avión?

Pero sí, cabeza de ñu, fue él quien lo dijo y luego completó la información, el fantasista puso, sin querer, mi plan en movimiento. No fuimos más que una comparsa orquestada por él.

Cuando el desfile de pasajeros concluye en el interior de la combi y están todos por fin ruidosamente ubicados, el motor se enciende, alguien desde fuera —Franz— grita esperen, esperen, por la ventana veo venir corriendo al americano. Llega agitadísimo, enfosforecido, sudando, se abre paso empujándolo todo con su bolso de mano, se desploma —no lo vas a creer—, sí, señor, justo a mi lado. Las ruedas se dejan ir rampa abajo en un claro artilugio de *rewind*. ¿Y si estuviéramos llegando? ¿Quién sabe o puede asegurarnos que este es el inicio y no el final? Enseguida se diluye el perfil del hotel, con sus luces distinguidas y su esencia de ónix. Casi me atrevo a creer que, apenas hayamos hecho dos kilómetros, va a desaparecer. Unos nosotros han quedado ahí atrapados por la eternidad, como en la isla de Morel.

—English?

—Only a little —miento sin despegar la vista de la ventanilla.

—I'd love to show you the bags I bought for my girlfriend. Unos bolsos bonitos —me traduce por si no entendí.

—Sorry, odio los bolsos.

Confuso, detiene el gesto de buscar fotos en el teléfono.

—But these are Louis Vuitton, a limited edition of Murakami...

Me doy vuelta para mirarlo de frente; por primera vez desde que llegamos me quito, un poco artísticamente, los anteojos:

—*No! I absolutely hate all sorts of bags, all of them, look at mine.* —Levanto del suelo, de entre mis piernas, una mochila negra, básica, de oficinista, y se la muestro.

No sé si la fuerza de mi voz o de mis ojos verde espirulina logra silenciarlo, retrae el cuello dentro de sus pliegues de gallo colorado. Toma el bolso (gris, berreta, con marcas de pisadas color tierra, comprado en un bazar chino o en el bendito Amazon) y se cambia de asiento, al lado del único de los barbudos que viaja solo, una fila más atrás, justo en diagonal a mí. Me asomo al pasillo y en español le suelto:

—¡Y el único Murakami que me interesa es el escritor!

Responde con un fruncimiento de nariz como de desagrado, los ojos momificados. Ya reincorporada en mi asiento, escucho que le pregunta a su acompañante:

—*What did she just say?* —Lo que me provoca una tentación enorme. Tras oír la explicación, pronuncia en un español pegajoso—: Estoy perplejo.

De inmediato consulta a su vecino qué era eso a lo que jugaban en recepción. El otro le describe que se trata de un juego chino, el Nim: hay que tener dieciséis piezas de lo que sea, cualquier cosa vale.

—*Oh, I see. Me, I love to play chess.* —Y se autotraduce—: Amo el ajedrez.

Damos la vuelta ahora a la plaza, alrededor del reloj, su turba de árboles guardaespaldas a la izquierda, la estación de trenes postcentenaria a la derecha, y nos vamos mezclando con los taxis negros de techo amarillo que hacen maniobras raras, los colectivos ansiosos, los vendedores ambulantes con sus despliegues de chucherías. De tripas corazón cada despedida, no importa cuánto venga y vaya, todas las veces estruja igual. Eugenio estará con su

familia, imagino los abrazos, las preguntas, la preocupación, las caras incluso, su forma entusiasta de abrirse paso en alguna casa familiar, a la que le invento la fachada y los muebles, veo cómo gesticula cuando llega el turno inevitable de dar explicaciones.

Saco del bolsillo del jean la tarjeta. Tras observarla un rato, se me ocurre girarla. Del reverso está escrito, con una caligrafía fina, minúscula, de otra época:

«Lo recuerdo ya en el futuro con la saudade que habré de sentir entonces.» FP.

Es de Eugenio, ahora Gregorio, también Pessoa, que agrega abajo:

Ese, querida, es el hilo que nos une a vos y a mí. 93 93/93

Y yo, la vista fija en la luz de atardecer cada vez más argentina, justo cuando pasamos frente al imponente antiguo Palacio de Correos, completo casi en voz alta:

Que habré de sentir entonces, con la lengua de la nostalgia.

Todos somos extranjeros para los demás
mientras no aproximamos
nuestros relatos.

ATERRIZAJE

Cuando levanté la frente y volví a mirar el mundo aturrido del aeropuerto, algo adentro de mí se había desplazado. Mientras esperaba el embarque, hice tres cosas.

Volví a consultar la página web del hotel: tras esmerarme, encontré la reproducción de la cúpula, no muy bien encuadrada. Al ampliarla en el teléfono, con mucho trabajo logré leer el texto minúsculo del epígrafe: el copyright del fotógrafo y el nombre de la obra. Era una copia del cuadro *Dos*, de Xul Solar, la busqué en internet. Pintado en 1918, el análisis más o menos decía que se trataba de una composición expresionista con tintes figurativos y simbólicos, místicos. Las dos caras casi idénticas representaban la dualidad humana (lo masculino y lo femenino, lo consciente y lo inconsciente, o el yo terrenal y el yo espiritual). El pintor argentino estaba profundamente inmerso en la teosofía y la astrología, en la que el concepto del par de opuestos es fundamental. En otro lado se comentaba que esas obras tempranas reflejaban la búsqueda de conexión del artista durante su soledad en Europa, donde pasó varios años, y buscaba personificar el encuentro o la comunicación telepática entre dos seres. Eso me interesó por todo lo que había estado conversando con Eugenio acerca de vivir lejos de casa. Y por

el hecho, no menor, de cómo nos habíamos conectado él y yo, desde un lugar tan simétrico, análogo.

Tenía una vaga idea de que Xul y Crowley se habían conocido, así que indagué hasta encontrar que habían encontrado en París en 1914, pero recién habían establecido una relación en 1924, en la misma ciudad, donde Crowley le había enseñado al argentino a trabajar sus visiones a través del *I Ching*. Muchos años después, en 1961, cuando el mago británico llevaba años fallecido, Xul pintó su retrato, al que tituló *Muy mago. Retrato de Aleister Crowley*. Ansiaba saber si la amistad había influido para que se incluyera esa obra de Xul como cerebro de un edificio presidido por el satanista inglés, templo de su orden Astrum Argentinum, pero fui consciente de que exigiría tiempo, energía, contactos y dije: ¿todo para qué? Antes me resultaba más acuciante entender qué jugada maestra había hecho Eugenio, o Gregorio, o quien fuera al final ese hombre del que me había encariñado como si se tratara de un abuelo y como si lo conociera de toda la vida.

A continuación, invertí una buena dosis de energía matemática en entender qué cuernos quería decir ese 93 93/93 que me había escrito en el reverso de su tarjeta personal, tras la frase: *Ese, querida, es el hilo que nos une a vos y a mí*. Lo más sencillo era pensar que me había mentido respecto de la edad y en lugar de ¿setenta y tres había dicho al principio?, tenía realmente noventa y tres, aunque no lo aparentara. De todas maneras, ¿por qué lo triplicaba? Durante un minuto dudé si había sido la edad en que había muerto Pessoa al revés: treinta y nueve, tampoco, porque busqué y comprobé que murió a los cuarenta y siete. Continué haciendo cuentas inútiles durante un rato.

Tenía que ser algo más. Alguna cuestión que nos vinculara a él y a mí, por el contexto en que lo ponía. Escribí «Pessoa 93» en

internet, salieron cosas sin relevancia. Entonces puse «Crowley 93» y ahí ocurrió, apareció una página de Wikipedia en la que se explicaba que el número 93 es de gran significado dentro de Thelema, la filosofía religiosa de Crowley, asentada en su *El libro de la ley*. Usando la técnica griega de la isopsefía, que aplica valores numéricos a las letras, en cada palabra deben sumar 93. Luego de exponer ejemplos de cómo se obtiene esa cifra, más abajo continuaba diciendo que se había convertido en un modo de saludo y reconocimiento entre miembros de esa orden: «Es común para los thelemitas saludarse entre ellos con “93” en persona, así como saludo y cierre en correspondencia escrita. La combinación “93 93/93” al final significa: “Amor es la Ley, amor bajo voluntad”».

Me rugieron las tripas, un rugido del que me avergoncé. Miré a los costados para ver si las personas sentadas a cada lado lo habían oído, pero uno tenía puestos los auriculares y la otra hablaba con alguien sentado atrás. Sin duda era una combinación de nervios, sobreestimulación mental y hambre, ya que el desayuno había quedado bastante atrás y tampoco había comido demasiado. Me paré para buscar una de esas máquinas expendedoras donde comprar café y comida. Cuando apoyé la tarjeta para pagar, vi que la fecha de vencimiento era septiembre de 2030. Me quedé helada: en ese momento se cumplirían cien años del encuentro entre Pessoa y Crowley en Lisboa. Un temblor muy leve me reptó por las piernas, me apoyé en la máquina mientras esperaba a que se cargara el café. Como noté que empezaba a formarse una fila atrás, marqué rápido un paquete de galletas de avena, retiré el café y volví a sentarme.

Los números me daban vuelta en la cabeza como muñecos de una calesita: 93, 2023, 27, 1927, 1930, 2030. Y así, así casi sin querer —pese a lo horrorosa que soy para los cálculos espontáneos—, la cuenta se organizó sola ante mis ojos. Saqué el celular para

confirmarlo: 2023 (nuestro año) menos 1930 (año en que se conocieron P y C) daba, desde luego, 93.

¿Significaba que había sido testigo de un nuevo encuentro entre Pessoa y Crowley, bajo la cúpula de Xul Solar y su alquimia astrológica, en una Buenos Aires fabularia? ¿Me habían elegido como atestiguante? ¿Significaba, peor aún, que el sujeto rapado ese, el yanqui molesto y desgredado, era la encarnación del esoterista inglés? Y yo lo había tratado mal, lo había tratado fatal, me había burlado de él, ¿mirá si me lanzaba una ráfaga de su magia negra?, ¿si me crucificaba por la eternidad?, ¿si me dejaba infértil o colifa? Al sumarme a los pasajeros que se iban acercando a la formación de mi grupo para embarcar, repasé el lugar a ver si detectaba al hombre, con la intención de plantarme cerca y mostrarme agradable: es más, le rogaría que me descargara completo, con todo lujo de pormenores, el relato de las carteras Murakami. El problema era que él estaba casi al principio de la fila y yo carecía de excusa para saltarme a tanta gente. Con suerte lo tendría cerca en el avión, le cedería el postre que nos darían con la cena, excusaría mi comportamiento de antes con el mal genio que producen los ciclos hormonales.

Lo tercero que hice fue mandar un mensaje a papá:

Ya que te gusta tanto la cuestión de la arquitectura y la historia de Buenos Aires, ¿conocés un hotel estilo modernista, Art Nouveau, de nueve pisos, al costado del Sheraton, entre la Torre de los Ingleses y el río? Sobre la calle que tiene el nombre de un músico para mí ignoto, un tal Gilardi. ¿Es nuevo?

27. DÉPAYSEMENT [fr. despaísamiento].

Dícese de cómo los momentos de mayor claridad sobre uno mismo y de máxima creatividad se producen lejos del hogar o la rutina. No de vacaciones, sino desplazado, en estado de desconcierto: allí donde se interrumpe lo habitual y se suspenden los automatismos. Apartado de lo familiar (*heimlich*), sumido en lo extraño (*unheimlich*), el ojo despierta y el mundo se presentiza nuevo, todo está por descubrir(se): ARTE.

Días después de aterrizada en París, lo llamé. La nevada, para entonces una anécdota, había dejado las calles intervenidas por gruesas rocas de hielo que se derretían destilando un aguanieve sucia y resbaladiza. Los servicios municipales aún trabajaban levantando árboles con grúas, desenterrando autos, rehabilitando parques.

—Hola, Eugenio, aquí Charo, desde una París distópica.

—Ah, querida, esperaba con ansias este llamado, hace rato a decir verdad.

—Como verás no puedo quitarme la manía de llamarte Eugenio.

En cuanto terminé de decirlo, reconocí que Eugenio era la persona con quien había construido complicidad, mientras que el nombre Gregorio Rousset me sonaba anónimo y vacío, una denominación neutra en una tarjeta equis. Un señor, un tipo. ¿Cómo iba a conciliar las dos caras de lo mismo, si tenían un eco incompatible para mí?

—Lo bien que hacés, me gusta más, va con mi personaje.

Para empezar quise saber cuál había sido la reacción de su familia y qué tal se habían tomado la noticia de su enfermedad:

—Siempre y cuando eso sí fuera cierto, no estoy segura.

Se rio como de costumbre. Primero aclaró que sus parientes habían actuado con naturalidad porque el sobrino médico les había adelantado toda la historia, sabían que iba a llegar y con qué fin. Solo hubo abrazos, palabras reconfortantes, un ametrallamiento de

opiniones sobre lo que convenía hacer. Insistieron en que debía quedarse en Buenos Aires, en que de ninguna manera podía volver solo a Francia: ese nudo iba a ser el más difícil de disolver, seguían perseverando, dale y dale, me comentó con un dejo de hartazgo. El sobrino le hizo de escudo emocional y logístico, orquestó todo. Lo citó en el Fleni, revisó los estudios, lo sometieron a diversos chequeos, organizaron una interconsulta con el médico francés. La conclusión a la que llegaron coincidía con la que le habían dado en Lyon: es un cuadro tratable, controlable.

—«Bien medicado, vas a vivir mucho más», me informaron. Así que mis parientes están tranquilos porque no se me ha dictado sentencia de caducidad. El sábado me vuelvo. No veo la hora de estar allá, ocupándome de mis asuntos, mi trabajo.

—Asuntos y trabajo que serían ¿en el campo del derecho o de la ficción? Digo, después de tu partida y esa tarjeta así entregada, me quedó una pequeña duda.

Estuvo otra serie de segundos riendo y tosiendo, se aclaró la garganta:

—Perdoname un poco por eso.

—Un poco nada más, sí.

—Solo te engañé parcialmente en lo profesional. Y en el nombre, claro está.

—¿Solo? ¿La historia de la dictadura, las idas y vueltas al país...?

—Todo eso existió, ojalá justo esa parte hubiera sido un cuento.

—¿Y se puede saber por qué? Estoy de verdad intrigadísima.

—Se puede y se debe, esperaba que me sometieras a este interrogatorio. Mirá, es cierto, soy las dos cosas: abogado y profesor universitario de literatura portuguesa. Hasta mis cuarenta, trabajé en el área del derecho, después hice el doctorado que te conté, solo omití decirte que eso ya fue en letras. Desde entonces, más de

treinta años ahora, he dejado cada uno de mis días rendidos al estudio y la academia literaria, en particular a la obra de Pessoa. Me pervirtieron el arte, mi hermana con su perseverancia filosófica y poética, Pessoa con su quimera. Me cambié de bando. Mi estadía en Portugal y en Lyon tuvieron ese sentido. Me tentaba saber cómo se sentiría ser el heterónimo de uno mismo, ser el otro de sí. Y se me presentó la ocasión en el hotel. Más aún, vos me diste la idea.

—¿Yo?

—Con la evidencia de tus mentiras y los disfraces, esa actuación tan estupenda. Me sumé a tu plan sin que te enteraras. Por otra parte, muy rápido intuí, con lo fanática y ávida que sos, que si te hubiera develado desde el principio mi actividad, no habríamos hecho más que hablar de libros, autores, obras. Y sinceramente, querida, me interesaba mucho más descubrir tu persona.

—¿Y cómo vamos a hacer para creer, de aquí en adelante, el uno en el otro? Que lo que nos contamos es real.

—¿Para qué precisaríamos eso? Si compartimos la misma religión.

—Que vendría a ser...

—La literatura, por supuesto.

POSDATA[1]

[1] Días después, audios de papá: Me dejaste intrigado con la cuestión esa del hotel modernista en Retiro. Aproveché a dar una vuelta con el auto ayer a la tarde que estuve en lo de un amigo. Di un par de yiros alrededor de la plaza donde está la Torre de los Ingleses. (Silencio, piensa). Incluso crucé para el lado del puerto, ¿te acordás las veces que fuimos al Hotel de Inmigrantes? Le dije a Horacio que quiero volver, que un día vamos juntos, es un fanático, se lo conoce de memoria. // O sea, estuve dando vueltas de aquí para allá y no vi nada con esas características, Charola. ¿Podrás mandarme la nota o lo que hayas leído? Sabés cuánto me encantan a mí los temas relacionados con la arquitectura de la ciudad y seguir descubriendo. // (Segundos después) ¿La calle que decís es Gilardo Gilardi? Ahí solo vi unos puestitos de ropa y comida. Por lo que encontré, Gilardi fue un músico bastante reconocido, de finales del XIX. Pobre, tener ahora el nombre lleno de humo, fritura y cenizas de carbón. // (Silencio introductorio, está pensando). Horacio tampoco tiene la menor idea de que exista o haya existido algo así en la zona. El único hotel, sobre esa

Plaza de la Fuerza Aérea, es el Sheraton, una torre alta, espejada, súper común, no creo que te hayas confundido, es imposible. Aparte está el Hotel Plaza, en la Plaza San Martín, eso es enfrente, del lado guitudo. Ese sí fue una pieza histórica, una belleza, lleva un tiempo cerrado, leí algo de un proyecto para recuperarlo, posiblemente te estés refiriendo a ese que sí ha tenido, entiendo, algo de decoración Art Nouveau. // Un sitio extraño en internet sugiere que hubo un viejo edificio importante en la calle Gilardi al 1927-30, es la única referencia, ahí suelta y perdida en la web, poco fiable, debió ser hace décadas cuando existía el Paseo Japonés. ¿Además número impar y par en la misma cuadra? Ahora, en cambio, hay un cartel de esos azules en mitad de la vereda que pone: Paseo Xul Solar, como el pintor. Sin número. // (Media hora más tarde). Ah, Charo, otra cosa, hija, me olvidé de comentarte, importante. El mismo Horacio que te nombré antes tiene un hermano viviendo en Francia, pero no en París, en otra ciudad me dijo, ahora no recuerdo. No sé si era... Orleans o Dijon, por ahí. En fin, ellos son cinco hermanos, quizás te acuerdes, a mi amigo y la esposa los has visto algunas veces en casa cuando eras chica. Tiene un hijo médico, oncólogo. Te digo más: fue un médico fundamental en el tratamiento de tu mamá, Ignacio Rousset, un pibe joven entonces, muy respetado. Él y Matías Chacón, el Chacón hijo, fueron sus doctores, pero te repito datos que conocés. En fin, que te quería decir otra cosa en realidad y se me voló. Ya me voy a acordar. // (Un rato después). Sí, esto era. El hermano mayor de mi amigo se fue con la otra hermana a Francia por lo del Proceso, se tuvieron que escapar, la pasaron fulero, después ella se volvió y él se quedó allá, tal vez dijo Lyon, puede ser. Es un tipo muy culto, un verdadero erudito... Horacio el otro día me insistió que cualquier cosa, cualquiera que

precisen vos o Juan allá, en París, no dejes de avisarme y los contactamos. Y por lo que yo recuerdo, el hermano era un tipo entrador, simpático. Lo vi una sola vez, hará años. Es algo mayor que yo. Tu mamá lo conoció también, en una reunión que hizo Horacio. Tu mamá se pasó la reunión conversando con este señor (no me viene el nombre, estoy fatal), hablaron horas de literatura, ni se movieron del asiento. Hasta, mirá qué loco, me dieron celos. (Se emociona). No sé por qué me estoy acordando de esto, me había olvidado por completo. Creo que te llevamos, dejame pensar, vos tendrías... ¿siete, ocho años? Sí, sí, por supuesto, claro que fuiste. Más todavía te digo, el hombre este se quedó fascinado con vos. La verdad sea dicha: con vos y con tu mamá, esto lo pienso yo, él no paró de decir la criatura extraordinaria que eras. Le encantaba el hecho de que fueran pelirrojas ustedes. La cuestión es que te mandó por correo, desde Francia, una edición ilustrada de Pessoa para chicos. Lindísima edición, una exquisitez, bilingüe si mal no recuerdo. Tu mamá le escribió para agradecerle, de parte de los tres, claro. ¿Qué habrá sido de ese libro con tanta mudanza? En la dedicatoria puso algo como: «A la insólita, o inaudita, hechicera de pelo rojo y ojos verdes», algo así. Yo dije: ¿a cuál de mis chicas se refiere? ¿O es un tiro por elevación? // (Hora después) ¿Vos no te acordás? ¿Estará por acá o lo tenés allá? ¿Por qué no te fijás a ver si te lo llevaste con tus otros libros? Haceme ese favor cuando puedas.

Así no puedes continuar, tú no puedes vivir en dos lados,
el lado de la realidad y el lado del sueño,
eso provoca alucinaciones,
eres como un sonámbulo que atraviesa un paisaje
con los brazos extendidos y todo aquello que tocas
pasa a formar parte de tu sueño.

ANTONIO TABUCCHI, *Réquiem*

AGRADECIMIENTOS

A la historiadora Marina Franco, por su atenta respuesta a mis preguntas alrededor de su libro *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura* (Siglo XXI, 2008). Y a la historiadora Guillermina Georgieff por su revisión de los hechos durante el Proceso militar.

A la escritora Clara Obligado por la conversación acerca de su propio exilio en Madrid, en 1976, luego ampliado en el libro *Exilio* (Páginas de Espuma, 2026).

A Isabel Márquez, por su delicada e inteligente lectura.

A Enrique Redel, por que las conversaciones y los juegos literarios sigan su curso eterno.

A Pilar Adón, por su sabio ojo alerta moviéndose en un mundo de casandras.

A Augusto y Malena Di Marco, por cada panadero que vuela.

Una mujer pierde un vuelo y aprovecha el incidente para desaparecer de su propia vida. El libro más audaz y personal de Mariana Sáñez: emotivo, hermoso, lleno de duelo y de humor.



Una tormenta en Francia obliga a cancelar un vuelo de Buenos Aires a París, dejando varada a una comitiva de pasajeros en un hotel modernista que parece pertenecer a otra época. Entre ellos va Charo Almeida, actriz y dramaturga argentina radicada en Europa. En lugar de avisar a su familia, que la cree en pleno viaje, decide quedarse de incógnito a pocos kilómetros del hogar. Lo que sigue es el diario de una desaparición voluntaria: la crónica de alguien que se ha colocado fuera de cuadro para meditar, desde el retiro lujoso y anacrónico del hotel, lo que no consigue pensar en movimiento. La maternidad. La pareja. El regreso o el no regreso. El duelo por la

madre. Sin embargo, el hotel, con su pavo real de madera tallada, sus lámparas Tiffany, su botones de orejas de gnomos y la máscara de Aleister Crowley presidiendo la fachada, cobra una vida propia que escapa a cualquier lógica y distrae a Charo de su propósito. Entre la bruma onírica donde el tiempo pierde linealidad, entabla conversación con un anciano muy particular. Y no puede evitar ver literatura en todas partes.

Convocando a Erik Satie, Antonio Tabucchi, Enrique Vila-Matas y Adolfo Bioy Casares, Mariana Sánchez construye un libro distinto a sus novelas anteriores: más libre, más digresivo, más cercano al sueño que a la trama. El resultado es una aguda reflexión sobre la extranjería, la identidad y la nostalgia, donde se confirma que a veces perderse es la única forma

CITAS

«Mariana Sánchez sigue en sus libros la huella de la narrativa de Natalia Ginzburg o Iris Murdoch.» —*Babelia*

«Un libro emocionante y de gran maestría técnica.» —Enrique Vila-Matas

«Una fábula irresistible. Hipnotiza de principio a fin.» —*El cultural*

Mariana Sáñez nació en Buenos Aires en 1973, y actualmente vive en Madrid. Es escritora, periodista y gestora cultural. Estudió Letras en Buenos Aires, Literatura Inglesa en Manchester y un posgrado en Teoría Literaria y Literaturas Comparadas en Barcelona. Ha dirigido diversos programas culturales destacados en su país. Desde 2005 colabora con los suplementos literarios de los diarios argentinos *La Nación* y *Clarín*, y, desde 2021, con *El periódico de España*. Es autora del libro de entrevistas y ensayos *El cine de Manuel: un recorrido sobre la obra de Manuel Antín* (2010), del libro de cuentos *Algunas familias normales* (2021) y de las novelas *Una casa llena de gente* (Impedimenta, 2022), *La vida en miniatura* (Impedimenta, 2024) y *Falso nocturno*, que publicamos ahora en Impedimenta.

Título original: *To be Read at Dusk*

Edición en ebook: octubre de 2026

Copyright © Mariana Sáñez, 2026

Imagen de cubierta: Birdhouse, Bomo Art, Budapest.

Equipo de diseño de Impedimenta

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA

Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es



Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

ISBN: 979-13-88412-01-1

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Falso nocturno

Día uno

Día dos

Día tres

Día cuatro

Día cinco

Aterrizaje

Postdata

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mariana Sánchez

Créditos